

Boletín del Obispado de Tui-Vigo

2014

Nº 2.762

ENERO - MARZO

FOTO PORTADA:

Serie imágenes arciprestazgo de “A Guarda-Tebra”
Resurrección. Parroquia Santa María de Oia.

Edita: OBISPADO DE TUI-VIGO

Dirige: Manuel Lage Lorenzo

Administra: Alfonso Fernández Galiana

Dr. Corbal, 90 - 36207 Vigo

Teléfono 986 375 153

E-mail: bispado@diocesetuivigo.org

D.L. VG. 46

Imprime: Imprenta Medios - O Rosal - Telf. 986 610 112

Supcripción anual (2014): 26 €

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

Del Sr. Obispo

Carta Pastoral con ocasión de la Visita Pastoral	9
Carta Pastoral con ocasión da Visita Pastoral	13
Carta Pastoral sobre el Obispo Rosendo Salvado Rotea, Apóstol del Evangelio en Australia y desde Australia	17
Carta Pastoral sobre o Bispo Rosendo Salvado Rotea, Apóstolo do Evanxeo en Australia e dende Australia	27
Manos Unidas: “Un mundo nuevo, proyecto común”	37
Na morte de Mons. D. José Delicado Baeza	39
Mensaje del Obispo promotor del Apostolado del Mar ante el naufragio en Asturias	41

Cancillería-Secretaría

Nombramientos	45
Sagradas Órdenes y Ministerios Eclesiásticos	47
En la Paz de Cristo	49

Vida Diocesana

Agenda Diocesana	55
------------------------	----

IGLESIA UNIVERSAL

Del Santo Padre

Audiencias Generales	63
Homilias:	
<i>Santa Misa en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios.</i>	
<i>XLVII Jornada Mundial de la Paz</i>	87
<i>Santa Misa en la solemnidad de la Epifanía del Señor</i>	89
<i>Celebración de las vísperas en la solemnidad de la conversión del Apóstol San Pablo</i>	93
<i>Fiesta de la presentación del Señor. XVIII Jornada de la Vida Consagrada</i>	97
<i>Celebración de la penitencia. Rito para la reconciliación con la confesión y la absolución individual</i>	99
Mensajes:	
<i>XLVII Jornada Mundial de la Paz</i>	101
<i>Mensaje del Santo Padre Francisco para la Cuaresma 2014</i>	115

IGLESIA DIOCESANA



1. DEL SR. OBISPO

- 1.1 Carta Pastoral con ocasión de la Visita Pastoral
- 1.2 Carta Pastoral con ocasión da Visita Pastoral
- 1.3 Carta Pastoral sobre el Obispo Rosendo Salvado Rotea, Apóstol del Evangelio en Australia y desde Australia
- 1.4 Carta Pastoral sobre o Bispo Rosendo Salvado Rotea, Apóstolo do Evanxeo en Australia e dende Australia
- 1.5 Manos Unidas: “Un mundo nuevo, proyecto común”
- 1.6 Na morte de Mons. D. José Delicado Baeza
- 1.7 Mensaje del Obispo promotor del Apostolado del Mar ante el naufragio en Asturias

2. CANCELLERÍA - SECRETARÍA

- 2.1 Nombramientos
- 2.2 Sagradas Órdenes y Ministerios Eclesiásticos
- 2.3 En la Paz de Cristo
Don José Manuel Bernárdez Gándara (1963-2014)
Don José Delicado Baeza (1927-2014)
Don Agustín Alonso Táboas (1930-2014)

3. VIDA DIOCESANA

- 3.1 Agenda Diocesana

1. DEL SR. OBISPO

CARTA PASTORAL CON OCASIÓN DE LA VISITA PASTORAL

Queridos sacerdotes, religiosos/as, miembros de vida consagrada y fieles laicos de la comunidad diocesana de Tui-Vigo.

En vísperas de iniciar la Visita pastoral a vuestras comunidades parroquiales, deseo dirigiros unas palabras para expresaros mi más profundo afecto e invitaros a preparar con esmero y vivir con entusiasmo esta acción pastoral, de reconocida trascendencia en la tradición de la Iglesia. En efecto, la Visita pastoral, conocida también por el nombre de canónica, es una institución de antigua raigambre en la Iglesia, “confirmada por siglos de experiencia” (Juan Pablo II, Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos “Apostolorum sucesores” (2004), n. 220).

Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica Pastores gregis, describe la Visita pastoral como “auténtico tiempo de gracia y momento especial, más aún, único, para el encuentro y diálogo del Obispo con los fieles... expansión de la presencia espiritual del Obispo entre sus fieles... Es el momento en que ejerce más cerca de su pueblo el ministerio de la palabra, la santificación y la guía pastoral, en contacto más directo con las angustias y las preocupaciones, las alegrías y las expectativas de la gente, con la posibilidad de exhortar a todos a la esperanza” (nº 46).

Esta descripción sugiere aquella visita de Cristo a su pueblo, de la que nos habla Zacarías en el himno Benedictus: “Bendito el Señor Dios de Israel porque ha visitado y redimido a su pueblo” (Lc 1, 68). A la luz de estas palabras, el Obispo, cuando lleva a cabo la Visita pastoral, aparece como signo e instrumento mediante el cual Jesucristo, el Buen Pastor, sigue cuidando y guiando a su Iglesia.

Resplandece así la genuina naturaleza de la Visita pastoral que, lejos de ser una realidad meramente administrativa, un acto de protocolo, o una inspección, aparece como un verdadero acontecimiento eclesial, una auténtica actividad apostólica y un especialísimo momento de gracia para la comunidad cristiana. Tanto es así, que Juan Pablo II, en la Exhortación apostólica Pastores gregis la describe como el alma, la esencia del ejercicio pastoral del Obispo (cf nº 46).

Quisiera que mi presencia entre vosotros la contemplarais desde esta pers-

pectiva, con los ojos de la fe. El Obispo, en el ejercicio de su función de enseñar, ha de transmitir seguridad en la fe, firmeza en la esperanza y un¹ deseo grande de crecer en la caridad (Cf. Ch..D., 12-15); en el ejercicio de su función de santificar, es el dispensador de los misterios de Dios, moderador, promotor y custodio de la vida litúrgica en su diócesis (Cf Ibidem, 15; Const. SC 22, 1); y en su función de padre y pastor, es el servidor de la caridad pastoral que impulsa las obras de caridad, anima la acción apostólica e invita a todos a la renovación de la propia vida cristiana (Cf Ibidem, 16).

A la luz de estas enseñanzas del concilio Vaticano II, descubrimos cómo la Visita pastoral está íntimamente ligada al ministerio episcopal y llamada a ser un elemento importante para la edificación de la Iglesia local, para la revisión de la pastoral y el fortalecimiento del proyecto de la evangelización. Permitidme que insista. La Visita pastoral es uno de los modos más significativos por el que los obispos ejercemos el ministerio apostólico. Urgido por la caridad pastoral, el Obispo va hasta donde se encuentran y viven sus diocesanos para compartir con ellos sus preocupaciones y sus problemas, sus gozos y sus esperanzas. Os animo, pues, a todos vosotros -sacerdotes, religiosos, laicos, movimientos apostólicos, asociaciones...- a que preparéis con espíritu de comunión, con esmero y dedicación, este acontecimiento eclesial.

La preparación comenzará con el “Anuncio a la Comunidad” por parte del párroco, que se esforzará en presentar la Visita como un acontecimiento de gracia en el que toda la comunidad debe sentirse directamente interesada. Este anuncio deberá también ayudar a que los fieles descubran al Obispo como predicador del evangelio y pastor de su grey. En este marco adquieren todo su relieve las actividades que, con una clara dimensión espiritual y apostólica, se organicen, como son: las celebraciones eucarísticas y penitenciales; las predicaciones y catequesis, los encuentros con las personas y grupos (consejos de pastoral y economía, asociaciones, movimientos apostólicos, familias, jóvenes, niños, enfermos, ancianos, pobres...). Asimismo, la Visita deberá ir precedida de estudios adecuados sobre la situación sociorreligiosa y pastoral de las parroquias, para que el Obispo pueda conocer mejor las condiciones reales de las comunidades y, en un profundo clima de comunión, compartir y discernir con todos nuestros fieles las luces y las sombras de nuestras vidas.

Por su parte, los fieles deben secundar con entusiasmo las iniciativas que los párrocos programen con el fin de que se haga más visible la unión de todos los fieles en la única Iglesia de Cristo.

Por eso, os exhorto encarecidamente a que abráis las puertas de vuestras igle-

sias y comunidades y, sobre todo, vuestros corazones, para recibir al Señor que os visita en la persona del Obispo. Con espíritu de fe, con disponibilidad al² diálogo y a la escucha, con ánimo sincero y alegría pascual, unidos y perseverantes en la oración, disponeos a este acontecimiento de gracia, de modo que produzca en todos abundantes frutos de vida cristiana.

En los días inmediatos a la conclusión de la Visita pastoral, tendré una reunión con cada uno de los sacerdotes de la zona o arciprestazgo. Será de carácter personal, en un ambiente de cordialidad y sinceridad, tal como debe ser un diálogo entre los amigos, o entre un padre y un hijo. Me gusta releer las palabras que el Concilio nos dirige a los Obispos: “Abracen siempre con caridad especial a los sacerdotes..., considerándolos siempre como hijos y amigos, y por tanto, estén siempre dispuestos a oírlos, y tratando confidencialmente con ellos, procuren promover la labor pastoral íntegra de toda la diócesis” (Concilio Vaticano II, Decr. CH.D., nº 16).

Ya desde ahora pongo en las manos de María Santísima, así como de san Telmo, Patrono de nuestra diócesis, la preparación, el desarrollo y los frutos de esta Visita pastoral.

Con profundo afecto, vuestro en Jesucristo,

Vigo, 8 de marzo de 2014



Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Tui-Vigo

CARTA PASTORAL CON OCASIÓN DA VISITA PASTORAL

Queridos sacerdotes, relixiosos/as, membros de vida consagrada e fieis laicos da comunidade diocesana de Tui-Vigo.

A piques de iniciar a Visita pastoral ás vosas comunidades parroquiais, quero dirixirvos unhas palabras para expresarvos o meu máis profundo afecto e invitarvos a preparar con esmero e vivir con entusiasmo esta acción pastoral, de recoñecida transcendencia na tradición da Igrexa. En efecto, a Visita pastoral, coñecida tamén polo nome de canónica, é unha institución de antiga raizame na Igrexa, “confirmada por séculos de experiencia” (Xoán Paulo II, Directorio para o ministerio pastoral dos Bispos “Apostolorum sucesores” (2004), n. 220).

Xoán Paulo II, na Exhortación Apostólica Pastores gregis, describe a Visita pastoral como “auténtico tempo de graza e momento especial, máis aínda, único, para o encontro e diálogo do Bispo cos fieis... expansión da presenza espiritual do Bispo entre os seus fieis... É o momento no que exerce máis preto do seu pobo o ministerio da palabra, a santificación e a guía pastoral, en contacto máis directo coas mágoas e as preocupacións, as alegrías e as expectativas da xente, coa posibilidade de exhortar a todos á esperanza” (nº 46).

Esta descrición suxire aquela visita de Cristo ao seu pobo, da que nos fala Zacarías no himno Benedictus: “Bendito o Señor Deus de Israel porque veu visitar e redimir o seu pobo” (Lc 1, 68). Á luz destas palabras, o Bispo, cando leva a cabo a Visita pastoral, aparece como signo e instrumento mediante o cal Xesucristo, o Bo Pastor, segue coidando e guiando á súa Igrexa.

Resplandece así a xenuína natureza da Visita pastoral que, lonxe de ser unha realidade meramente administrativa, un acto de protocolo, ou unha inspección, aparece como un verdadeiro acontecemento eclesial, unha auténtica actividade apostólica e un especialísimo momento de graza para a comunidade cristiá. Tanto é así, que Xoán Paulo II, na Exhortación apostólica Pastores gregis descríbea como a alma, a esencia do exercicio pastoral do Bispo (cf nº 46).

Quixera que contemplárades a miña presenza entre vós desde esta perspectiva, cos ollos da fe. O Bispo, no exercicio da súa función de ensinar, ha transmi-

tir seguridade na fe, firmeza na esperanza e un desexo⁴ grande de medrar na caridade (Cf . Ch..D., 12-15); no exercicio da súa función de santificar, é o dispensador dos misterios de Deus, moderador, promotor e custodio da vida litúrxica na súa diocese (Cf Ibidem, 15; Const. SC 22, 1); e na súa función de pai e pastor, é o servidor da caridade pastoral que impulsa as obras de caridade, anima a acción apostólica e invita a todos á renovación da propia vida cristiá (Cf Ibidem, 16).

Á luz destas ensinanzas do concilio Vaticano II, descubrimos como a Visita pastoral está intimamente ligada ao ministerio episcopal e chamada a ser un elemento importante para a edificación da Igrexa local, para a revisión da pastoral e o fortalecemento do proxecto da evanxelización. Permitídemme que insista. A Visita pastoral é un dos modos máis significativos polo que os bispos exercemos o ministerio apostólico. Urxido pola caridade pastoral, o Bispo achégase a onde se atopan e viven os seus diocesanos para compartir con eles as súas inquiredanzas e os seus problemas, os seus gozos e as súas esperanzas. Anímovos, pois, a todos vós -sacerdotes, relixiosos, laicos, movementos apostólicos, asociacións...- a que preparedes con espírito de comunión, con esmero e dedicación, este acontecemento eclesial. A preparación comezará co “Anuncio á Comunidade” por parte do párroco, que se esforzará en presentar a Visita como un acontecemento de graza no que toda a comunidade debe sentirse directamente interesada. Este anuncio deberá tamén axudar a que os fieis descubran ao Bispo como predicador do evanxeo e pastor da súa grea. Neste marco adquiren todo o seu relevo as actividades que, cunha clara dimensión espiritual e apostólica, se organicen, como son: as celebracións eucarísticas e penitenciais; as predicacións e catequeses, os encontros coas persoas e grupos (consellos de pastoral e economía, asociacións, movementos apostólicos, familias, mocidade, nenos, enfermos, anciáns, pobres...). Así mesmo, a Visita deberá ir precedida de estudos adecuados sobre a situación socio-relixiosa e pastoral das parroquias, para que o Bispo poida coñecer mellor as condicións reais das comunidades e, nun profundo clima de comunión, compartir e discernir con todos os nosos fieis as luces e as sombras das nosas vidas.

Pola súa banda, os fieis deben secundar con entusiasmo as iniciativas que os párrocos programen a fin de que se faga máis visible a unión de todos os fieis na única Igrexa de Cristo.

Por iso, exhortovos encarecidamente a que abrades as portas das vosas igrexas e comunidades e, sobre todo, os vosos corazóns, para recibir ao Señor que vos visita na persoa do Bispo. Con espírito de fe, con dispoñibilidade ao diálogo e á escoita, con ánimo sincero e alegría pascual, unidos e perseverantes na⁵ oración, dispoñédevos a este acontecemento de graza, de modo que produza en todos

abundantes froitos de vida cristiá.

Nos días inmediatos á conclusión da Visita pastoral, terei unha reunión con cada un dos sacerdotes da zona ou arciprestado. Será de carácter persoal, nun ambiente de cordialidade e sinceridade, tal como debe ser un diálogo entre os amigos, ou entre un pai e un fillo.

Gústame reler as palabras que o Concilio nos dirixe aos Bispos: “Abracen sempre con caridade especial aos sacerdotes..., considerándoos sempre como fillos e amigos, e xa que logo, estean sempre dispostos a oílos, e tratando confidencialmente con eles, procuren promover o labor pastoral íntegro de toda a diocese” (Concilio Vaticano II, Decr. CH.D., nº 16).

Axiña poño nas mans de María Santísima, así como de san Telmo, Patrón da nosa diocese, a preparación, o desenvolvemento e os froitos desta Visita pastoral.

Con profundo afecto, voso en Xesucristo,

Vigo, 8 de marzo de 2014



Luis Quinteiro Fiuza
Bispo de Tui-Vigo

CARTA PASTORAL SOBRE EL OBISPO ROSENDO SALVADO ROTEA, APÓSTOL DEL EVANGELIO EN AUSTRALIA Y DESDE AUSTRALIA

Con ocasión del Bicentenario del nacimiento en la ciudad de Tui del obispo de Puerto Victoria y fundador de Nueva Nursia en Australia

1.- En el Bicentenario del nacimiento

Conmemoramos doscientos años del nacimiento del obispo Rosendo Salvado, un gigante de la evangelización en Australia y desde Australia. Especialmente la ciudad de Tui, así como el pueblo gallego en general, siempre ha conservado como un maravilloso legado el recuerdo de la persona y de la obra de Rosendo Salvado¹. Sin embargo, tengo la convicción de que esta memoria está llamada a ser potenciada en nuestros tiempos para acometer nuevos retos.

La ingente labor evangelizadora, llevada a cabo en Australia por el obispo Rosendo Salvado, no es todavía suficientemente conocida. Los que somos depositarios de la memoria de su heroica labor con los aborígenes australianos, debemos difundirla con entusiasmo para que se muestre diáfana a los ojos de nuestra sociedad. Pues su gran obra eclesial no se limitó a Australia, sino que, desde allí, irradió importantísimas influencias en Europa, con especial incidencia en España y, particularmente, en Galicia. El obispo Salvado tuvo una singular capacidad para unir mundos distintos y distantes y para ensamblar armónicamente en su personalidad los más variados talentos.

En el centenario de su nacimiento, rastreando los abundantes escritos del obispo Rosendo Salvado, sobre todo los epistolares, diseminados en los más diversos archivos y en manos de particulares, se agigantó su dimensión cosmopolita. Su dedicación audaz a dignificar y evangelizar a los indígenas australianos lo convierte en una figura extraordinaria de la historia de la misionología y del indigenismo.

En 1945 se conmemoró el centenario de su partida para evangelizar a los

aborígenes australianos. En aquella ocasión se elaboró un amplio programa de actos y se erigió el monumento de la plaza de la Inmaculada de Tui, delante de los Juzgados, en el punto céntrico del paseo de la Corredera, obra del escultor ponteareano Alfonso Quintero Alonso.

En el año 2001, con ocasión de los cien años de su muerte, se celebró una importante exposición en el patio de Palacio de Justicia de Tui y se publicaron monografías y artículos².

Ahora, con las celebraciones del bicentenario de su nacimiento, estamos en el momento de publicitar aún más la dimensión universal y poliédrica de este religioso excepcional, que lo mismo manejaba los aperos de labranza, que cortaba el pelo a los aborígenes, o bien daba un concierto para financiar la construcción del poblado de Nueva Nursia.

Uno de los grandes logros de Rosendo Salvado fue ganarse el cariño y la admiración del pueblo australiano, especialmente de sus aborígenes y de las clases más deprimidas. Una admiración y devoción que perdura con los años. A este respecto, hemos podido comprobar hasta qué punto esa memoria sigue viva con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid en 2011. Para participar en ella, peregrinaron a España un numeroso grupo de jóvenes de la archidiócesis australiana de Perth, acompañados por su obispo auxiliar, Donald George Sproxton. Antes de las celebraciones finales en Madrid, aquellos jóvenes, de los cuales diez eran aborígenes, pasaron con su Obispo una semana entre nosotros, alojados en las casas de familias de nuestra Diócesis. Fueron unos días de vivencias intensas y que ellos centraron especialmente en Tui, en torno a los lugares históricos de la vida de Rosendo Salvado. Es difícil expresar la intensa emoción de aquellos jóvenes al pisar con sus pies y ver con sus ojos aquellos lugares largamente imaginados. De aquellos días, recuerdo especialmente un momento que, sin duda, arroja luz para la comprensión de nuestro personaje. La primera vez que el señor Obispo, acompañado de sus jóvenes australianos, entró en la sacristía de nuestra Catedral, se quedó profundamente conmovido al constatar, según sus palabras, que la sacristía de la Catedral de Perth era una copia de la de Tui. Algo que a los familiarizados con la figura de Salvado no les resultará extraño, por conocer su profunda vinculación afectiva con su ciudad natal.

2.- Rosendo Salvado, en el corazón de los problemas del siglo XIX

El siglo XIX, en el que vivió y misionó el padre Salvado, fue una época convulsa, plagada de crisis revolucionarias y de sorprendentes cambios provocados

por la revolución francesa y por la llamada segunda revolución industrial. Esto hizo despertar, además de profundos cambios sociales, políticos y eclesiales, el afán colonizador, el espíritu de aventura, no exento de un hálito de romanticismo. En 1848, cuando Rosendo Salvado empezaba su hazaña de la evangelización de los aborígenes en las selvas australianas, Carlos Marx y Federico Engels publicaban en Londres el Manifiesto Comunista.

Por otra parte, España se desangraba en una prolongada lucha sucesoria en la que se enfrentaban las denominadas “dos Españas”. Todo ello potenciado por agentes exógenos que debilitaban la capacidad de incorporar las innovaciones y avances socioeconómicos, culturales y políticos con madurez racional y responsabilidad histórica. Las sucesivas revoluciones y contrarrevoluciones produjeron un empobrecimiento material y moral tan profundo que aún se perciben sobrados síntomas en nuestros días.

A grandes trazos, este fue el marco sociocultural en el que se desarrolló la gran epopeya del obispo Salvado, una persona extraordinariamente dotada, con inteligencia portentosa, voluntad férrea, exquisita amabilidad, y una fe tan robusta que le hacía repetir el refrán: “Cuando Dios quiere, a todos vientos llueve”. Se ha dicho que su método misional fue el mismo de los primitivos monjes que evangelizaron Europa.

Sus numerosos escritos están alimentados por el historicismo, el cientifismo y el romanticismo de su época, pero al tiempo están penetrados por un espíritu que se evade de las fronteras del tiempo. Efectivamente, para defender su renovación en la forma de evangelizar Australia y, además asegurar la estabilidad y continuidad de la misión de Nueva Nursia, realizó cinco viajes a Europa. En ellos defendió su misión en los más diversos ámbitos, especialmente eclesiales.

Estando en Italia, escribió en la lengua de Dante "Memorias históricas sobre la Australia y la misión benedictina de Nueva Nursia"³. Una obra capital para comprender toda la transcendencia de su misión evangelizadora y que sería traducida al español en 1853, al francés al año siguiente y, finalmente, al inglés en el año 1977. El libro, escrito con intención apologética, se divide en tres partes. La primera la dedica a la historia de Australia: geografía, zoología, ornitología, botánica, colonización. La segunda trata del origen y progreso de la misión benedictina, destinada a la conversión y civilización de los salvajes. En la tercera parte hace un estudio antropológico y etnológico de los australianos, añadiendo al final un vocabulario, a tres columnas, con las palabras del “dialecto del este de Nueva Nursia, al del norte” y la tercera columna al significado en español.

Merece también particular mención el sencillo y fresco relato que el padre Salvado hizo del primer contacto con la civilización de los dos jóvenes negros que, procedentes de Australia, le acompañaron por Europa y que tomaron el hábito benedictino de manos del papa Pío IX. Este texto lo redactó durante su estancia en Londres en 1849.

Recientemente, en el año 2011, ha sido publicada la edición crítica del texto de la Relación que el obispo Rosendo Salvado envió a la Congregación de Propaganda Fidei en el año 1883. Este documento tiene un valor extraordinario, tanto por los datos que aporta como por la originalidad de su forma en este tipo de relaciones oficiales. Se le puede definir como una relación libre en la que el relator desarrolla en forma de crónica su propio itinerario personal. Este carácter atípico le permite a Rosendo Salvado, en su calidad de relator, fundir estrechamente la crónica de los acontecimientos importantes y de los hechos con la descripción de los lugares y de los hombres, la exposición progresiva del programa misional y de su realización, la expresión de las convicciones religiosas y de los sentimientos personales, de sus gozos y de sus dolores. En él puede haber lugar para una anécdota superflua, pero nunca para un análisis indiferente y frío. El interés excepcional de este testimonio reside en que, junto a los acontecimientos y a los hechos, está siempre la persona de Rosendo Salvado⁴.

El obispo Salvado tiene en su biografía una nota constante de universalismo y de catolicidad, que hace su figura doblemente atractiva. Nada le es ajeno. Desde Australia sueña la restauración benedictina en España, y, en sus viajes, la gestiona y la logra; sería injusto no atribuir en primer término a su iniciativa nuevas glorias de Montserrat, de Silos o de Samos. A veces su universalismo nos parece casi fuera de sentido y, sin embargo, da granados frutos en ese magnífico monasterio que es hoy Nueva Nursia. El hecho de que, en los comienzos de la misión, trazase un plan de vida ajustado a la regla monástica, en plena lucha con la selva, o que se preocupase, en su soledad, de la pureza del gregoriano o del cuidado del rito, es algo que nos maravilla y que, al tiempo, nos habla de un religioso excepcional.

Todo lo anterior no se explicaría fácilmente sin la configuración que su personalidad adquirió durante el tiempo en que formó parte de la comunidad benedictina en el monasterio de San Martín Pinario de Santiago de Compostela. Ese modo monástico de vivir imprimirá tal carácter a su proyecto misional que le hace preocuparse por igual en formar una biblioteca de sólidas referencias patristicas, como de deforestar bosques para roturarlos en la procura del pan de cada

día, de cuidar y seleccionar los animales domésticos que les proporcionen recursos, de procurar ladrillos y madera para no dormir al sereno, como siempre habían hecho los aborígenes.

En la formidable capacidad para transformar y organizar las cosas de la vida, tiene también mucho que ver el ámbito familiar en el que vivió el obispo Salvado, así como los primeros años de su vida, previos al despertar vocacional.

3.- Raíces tudenses y formación benedictina

Rosendo Salvado y Rotea nació en el barrio tudense de “Riomolinos”. Hoy, al inicio de la calle que conduce desde la Avenida de Portugal al lugar de la Sarabia, un rótulo reza así: “Rúa Obispo Salvado. Antes Riomolinos”. La fachada de la casa número 7 tiene una placa de mármol blanco, primorosamente tallada, que muestra la siguiente inscripción: “El día 1º de marzo de 1814, nació en esta casa el que fue obispo de Puerto Victoria y últimamente de Aduani, y abad de nueva Nursia en la Australia Occidental, el Ilmo. y Rvdmo. Padre Fray Rosendo Salvado y Rotea. “Los hijos de Tuy” le dedican este recuerdo a su gloriosa memoria. Tui 7 de abril de 1902”.

Lucas José Rosendo Salvado y Rotea nació el 1 de marzo de 1814. Según consta en la partida bautismal, fue cristianizado al día siguiente del nacimiento, fiesta de San Rosendo, fundador del monasterio de Celanova. Fue el penúltimo de 7 hermanos y después de realizar sus primeros estudios en el convento de San Francisco, el actual Seminario Menor de Tui, en 1828 ingresó en el monasterio de San Martín Pinario de Santiago de Compostela, donde ya estaba su hermano Santos. Al año siguiente tomó el hábito benedictino, pero fue despojado del mismo en 1835 con la desamortización de Mendizábal, regresando a su casa de Riomolinos, en Tui. Estos años que Rosendo Salvado formó parte como miembro de la comunidad benedictina del Monasterio de San Martín Pinario son decisivos, como se ha dicho antes, para comprender el talante espiritual y la novedad de la obra evangelizadora de Rosendo Salvado.

En Santiago de Compostela, Rosendo Salvado compartió la vida del claustro monacal con el catalán Benito Serra. Este último, después de la desamortización, se había trasladado al importante monasterio de Cava dei Tirreni (Nápoles), donde impartía clases de teología, griego y hebreo, y le habló al abad de su amigo Salvado para que lo recibiese, indicándole que sería un buen profesor de música.

El 11 de noviembre de 1838 sale Rosendo Salvado del puerto de Vigo rumbo a Nápoles para incorporarse al monasterio benedictino de Cava dei

Tirreni. El 23 de febrero de 1839 recibe la ordenación sacerdotal y el día 1 de marzo siguiente, fecha de su nacimiento y onomástica, celebra la primera santa misa.

Los dos monjes españoles acogidos en Cava, Rosendo y Serra, y dos italianos fueron recibidos en audiencia por el papa Gregorio XVI el 5 de junio de 1845 y luego partieron para una gran aventura desde el puerto de Civitavecchia. El 21 de julio llegaron a Londres y ocho días después salieron para el monasterio benedictino de Downside, a unos 200 kms. al oeste de la capital, en donde se pusieron a estudiar inglés con todo empeño. El 17 de septiembre de 1854 zarpaba del puerto de Gravesand la fragata "Isabella" con la expedición misionera que el futuro obispo Brady capitaneaba rumbo a Australia, y que comprendía treinta y ocho personas en total, de las que sólo eran españoles el padre Serra y el padre Salvado. Al cabo de 113 días de penoso viaje, el 7 de enero de 1846, al anochecer, arribaron a Freemantle, antepuerto de Perth.

Brady formó varios grupos de misioneros y a cada uno le asignó un campo de acción. Pronto se vio que el monje irlandés quería a sus hombres más bien para atender a los colonos blancos que para predicar la fe a los nativos de los bosques. Pero Serra y Salvado insistieron tanto que finalmente les dejó adentrarse en la selva, con unos pocos compañeros, para evangelizar a los aborígenes. Con ellos gastará su vida Rosendo, entregándoles las inmensas energías que Dios le concedió.

Rosendo Salvado fue un hombre de Dios por encima de todas las cosas. Sobresalía singularmente por la alegría y la piedad. Totalmente desprendido, decía: "Un maletín y un breviario es todo mi equipaje". Nota destacadísima de su vida fue la tierna y filial devoción a la Virgen. Cuando veía que el horizonte se cubría de nubes, que sus más acariciados planes se desbarataban, que arreciaba el peligro, que surgían dificultades humanamente insuperables, entonaba la Salve, su canción favorita, y su alma recobraba la tranquilidad y su corazón se llenaba de entusiasmo.

El obispo Salvado falleció en el convento benedictino de San Pablo Extramuros de Roma el 29 de diciembre de 1900.

4.- Compromiso radical con los aborígenes y rescate de la mujer de la marginación

En sus escritos de memorias, Rosendo Salvado nos ha dejado un relato extraordinario de lo que un hombre de Dios como él fue capaz de realizar para

entrar en la intimidad de los aborígenes y hacerse uno como ellos para anunciarles a Jesucristo y rescatarlos de aquella condición inhumana. El primer gran milagro de la obra misionera de Rosendo Salvado con los aborígenes es que llegaron a aceptarlo como uno de ellos. Para eso, no escatimó ningún esfuerzo, por heroico que pudiese ser. Así, llegó a compartir plenamente la vida de los aborígenes en el sentido más literal de la palabra. Vestía como ellos, comía como ellos, fue uno de ellos. Junto a ellos emprendió un camino de evangelización verdaderamente renovador en el que la fortaleza humana y espiritual de Salvado fue decisiva. Porque Rosendo Salvado no sólo fue un misionero polifacético y lleno de celo de Dios, sino un ser humano con unas capacidades físicas y psíquicas únicas. Su formidable resistencia a las dificultades del medio físico y a las adversidades, hizo que algunos que llegaron a conocer bien su obra misionera se acordasen del carácter paciente y tenaz de las gentes de su Galicia natal. En verdad, la obra de promoción humana y espiritual de Rosendo Salvado junto a los aborígenes australianos es una de las páginas más brillantes y ejemplares de la historia de la misionología.

El misionero Salvado fue también un pionero en la promoción social y cultural de la mujer en Australia y desde Australia. Ciertamente, en la selva australiana la degradación de la mujer y la violencia machista alcanzaban cotas impensables. En sus “Memorias”, hay relatos estremecedores de la marginación y de la violencia a la que eran sometidas las mujeres aborígenes. Su actitud no fue sólo de denuncia, sino de defensa decidida y arriesgada en medio de aquella situación envenenada de violencia, aceptada como normal por los hombres:

“Una noche, mientras estaba rezando, oí un gran ruido de golpes y gritos femeniles, lo que me hizo presagiar algo funesto. Acudí inmediatamente al lugar de la escena, y vi que alrededor del fuego se estaban dando furiosos garrotazos con sus llanas o grandes garrotes, ocho mujeres de salvajes. Traté de ponerme en medio para ponerlas en paz; pero mis palabras eran desoídas por aquellas no ya mujeres, sino fieras encarnizadas. Entonces cogí yo también un pequeño bastón, y repartiendo unos cuantos palos en las espaldas a las más enfurecidas logré poner fin a la pelea, de la que habían resultado ya cabezas rotas y otras heridas, chorreando algunas de ellas sangre por todo su negro cuerpo. Durante esta refriega los maridos se estaban sentados con la mayor tranquilidad e indiferencia alrededor de la lumbre, y se reían de la disputa, viendo lo cual les reñí severamente: “¡Cómo!, les dije, ¿vuestras mujeres se están matando, y vosotros, lejos de separarlas, os reís y aún os divertís con su disputa?”. “¿Pues quién queréis que se encargue, me respondieron ellos, de apaciguar las riñas de las mujeres?”. “Vosotros que sois sus maridos”. “¿Nosotros? Pues en verdad que nos

importa muy poco". "¿Cómo que no os importa? Y si alguna de ellas queda muerta, ¿tampoco os importará nada?". "Nada absolutamente; por una que muera, nos quedan mil"⁵.

Rosendo Salvado comprendió que el primer fruto de la religión en un pueblo es la erradicación de la violencia familiar. En este sentido, tuvo la clara convicción de que si en la sociedad humana la vida tiene algún valor, se lo debe al Evangelio de Jesucristo, pues entre los salvajes uno se ve reducido al último grado de abyección.

El obispo Salvado fue un campeón de la dignidad de la mujer y de su misión providencial para salvaguardar, transmitir y proteger la vida humana y su dignidad. Con su profundo sentido pragmático, para erradicar la deplorable situación del hábitat familiar de los aborígenes, fundó un colegio de niñas en Nueva Nursia que contribuyó a la instrucción y capacitación de la mujer en aquellas tierras.

5.- Rosendo Salvado, un modelo para la evangelización

Para afrontar los desafíos actuales de la nueva evangelización con el coraje del obispo Salvado, es digna de atender la reflexión que hacía Álvaro Cunqueiro en un precioso artículo que publicó en 1945, al conmemorarse el centenario de la partida del padre Salvado para Australia. Así se expresa el ilustre escritor en el siguiente párrafo:

"San Pablo dijo aquello de hacerse todo para todos; para los salvajes de la selva australiana Dom Salvado se hizo criatura selvática. Pero esto no hubiera sido suficiente, pese a su enorme e inagotable caridad, si el padre Salvado no hubiera sido capaz de realizar obras, uncir bueyes al arado y de forjar la reja de este, de labrar la tierra y amasar el barro de los ladrillos, de construir puentes y abrir caminos, de cantar con su hermosa voz la Salve Regina Mater cuando se estaba muriendo de hambre, sed y soledad, y de dar un concierto de piano en Perth vestido de harapos y calzado con los calzados de una lady compasiva... [...]. Es un misionero, pero es igualmente un fundador; tiene la talla de cualquiera de los grandes fundadores españoles de Indias y pasma la insobornable lealtad de su alma a su tarea. Cinco veces corre desde Australia a Roma en defensa de su grey remota [...]. Y aunque murió en Roma, su cuerpo fue llevado "a la tierra donde tengo la mayor parte de mi sangre y de mis sudores". Por su Nueva Nursia, este gallego sonriente y suasorio se hizo incluso zarzal y espino..."⁶.

Para concluir estas reflexiones en torno a la vida y a la obra del obispo Rosendo Salvado en la conmemoración del bicentenario de su nacimiento en

nuestra Diócesis, os invito a meditar juntos lo que el papa Francisco expone en su Exhortación Apostólica "Evangelii Gaudium", sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, especialmente en los dos números que citamos:

“En estos dos milenios de cristianismo, innumerable cantidad de pueblos han recibido la gracia de la fe, la han hecho florecer en su vida cotidiana y la han transmitido según sus modos culturales propios. Cuando una comunidad acoge el anuncio de la salvación, el Espíritu Santo fecunda su cultura con la fuerza transformadora del Evangelio. De modo que, como podemos ver en la historia de la Iglesia, el cristianismo no tiene un único modo cultural, sino que, “permaneciendo plenamente uno mismo, en toda fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado”⁷.

“La evangelización reconoce gozosamente estas múltiples riquezas que el Espíritu engendra en la Iglesia. No haría justicia a la lógica de la encarnación pensar en un cristianismo monocultural y monocorde. Si bien es verdad que algunas culturas han estado estrechamente ligadas a la predicación del Evangelio y al desarrollo de un pensamiento cristiano, el mensaje revelado no se identifica con ninguna de ellas y tiene un contenido transcultural”⁸.

Estos mismos eran los principios del insigne misionero de nuestra Diócesis de Tui-Vigo. A la distancia de dos siglos se agigantan la grandeza, el heroísmo y la santidad de su vida de apóstol y se llenan de luminosidad los hechos geniales de sus gestas, urgidos siempre por el amor de Dios y el servicio abnegado a los excluidos. Toda nuestra Diócesis sentirá de nuevo, con la celebración de esta importante efeméride, el júbilo y el entusiasmo de aquellos días del mes de septiembre de 1852 que permaneció en su ciudad natal, cuando por primera vez Rosendo Salvado vino a España, después de haber sido elevado a la dignidad episcopal.

En la hora actual de la historia de la Iglesia en la que el Papa Francisco nos invita a “acudir a evangelizar las periferias” y a “ser pastores con olor a oveja”, la figura de este paisano nuestro -amante apasionado de su tierra gallega que se fue a las antípodas para mezclarse y hacerse próximo con los olvidados aborígenes australianos, deseoso de descubrirles el amor de Jesucristo- es una llamada para todos nosotros a comprometernos en una profunda renovación eclesial. Esta celebración ha de ser una ocasión providencial a mirarnos en su espejo y a acrisolar aquí y ahora en nosotros el espíritu y las ansias evangelizadoras.

Con los mejores deseos de una fructuosa celebración diocesana y eclesial del bicentenario del nacimiento de este bendito hijo de nuestra Diócesis, me encomiendo con todos vosotros a la intercesión de la Santísima Virgen y de nuestro Patrón, San Telmo.

Vigo, 1 de marzo de 2014, Bicentenario del nacimiento de Rosendo Salvado.



Luis Quintero Fiuza
Obispo de Tui-Vigo

NOTAS

¹ Cfr. BOUZÓN GALLEGU, Avelino, *O Padre Salvado, un tudense cosmopolita e rexionalista*, en “Exposición Frei Rosendo 1814-1900. O Bispo dos sen alma”. Consello da Cultura Galega (Santiago 2001), pag. 53s.

² Cfr. AA. VV., “Exposición Frei Rosendo Salvado 1814-1900. O Bispo dos sen alma”, o. c.

³ SALVADO ROTEA, *Rosendo, Memorias Históricas sobre la Australia y la misión benedictina en Nueva Nursia, con introducción y notas de un padre benedictino de la Real Abadía de Samos*, Biblioteca de Autores Cristianos (Madrid 1946).

⁴ Cfr. CIPOLLONE, Giulio - ORLANDI, Clara, *Aborigeno con gli aborigeni per l'evangelizzazione in Australia. Il testo della Relazione (1883) per la Propaganda Fide del vescovo Rudesindo Salvado*, Libreria Editrice Vaticana, (Città del Vaticano 2011).

⁵ SALVADO ROTEA, *Rosendo*, o.c., p. 303s.

⁶ CUNQUEIRO, Álvaro, *Dom Salvado, fundador o un misionero gallego en Australia*, en “Catolicismo” (julio 1945), p. 9s.

⁷ PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gadium*, 116.

⁸ PAPA FRANCISCO, o. c., 117.

CARTA PASTORAL SOBRE O BISPO ROSENDO SALVADO ROTEA, APÓSTOLO DO EVANXEO EN AUSTRALIA E DENDE AUSTRALIA

Con ocasión do Bicentenario do nacemento na cidade de Tui do bispo de Puerto Victoria fundador de Nova Nursia en Australia

1.- No Bicentenario do nacemento

Conmemoramos douscentos anos do nacemento do bispo Rosendo Salvado, un xigante da evanxelización en Australia e desde Australia. Especialmente a cidade de Tui, así como o pobo galego en xeral, sempre conservaron como un maravilloso legado o recordo da persoa e da obra de Rosendo Salvado¹. Con todo, teño a convicción de que esta memoria está chamada a ser potenciada nos nosos tempos para acometer novos retos.

O inxente labor evanxelizador, levado a cabo en Australia polo bispo Rosendo Salvado, non é aínda suficientemente coñecido. Os que somos depositarios da memoria do seu heroico labor cos aborixes australianos, debemos difundilo con entusiasmo para que se mostre diáfano aos ollos da nosa sociedade. Pois a súa grande obra eclesial non se limitou a Australia, senón que, desde alí, irradiou importantísimas influencias en Europa, con especial incidencia en España e, particularmente, en Galicia. O bispo Salvado tivo unha singular capacidade para unir mundos distintos e distantes e para ensamblar harmonicamente na súa personalidade os máis variados talentos.

No centenario do seu nacemento, rastrexando os abundantes escritos do bispo Rosendo Salvado, sobre todo os epistolares, diseminados nos máis diversos arquivos e en mans de particulares, axigantouse a súa dimensión cosmopolita. A súa dedicación audaz a dignificar e evanxelizar aos indíxenas australianos convérteo nunha figura extraordinaria da historia da misionoloxía e do indixenismo.

En 1945 conmemorouse o centenario da súa partida para evanxelizar aos aborixes australianos. Naquela ocasión elaborouse un amplo programa de actos e

foi erixido o monumento da praza da Inmaculada, diante dos Xulgados, no punto céntrico do paseo da Corredera, obra do escultor ponteareano Alfonso Quintero Alonso.

No ano 2001, con ocasión dos cen anos do seu pasamento, celebrouse unha importante exposición no patio do Pazo de Xustiza de Tui e publicáronse monografías e artigos².

Agora, coas celebracións do bicentenario do seu nacemento, estamos no momento de publicitar máis aínda a dimensión universal e poliédrica deste relixioso excepcional que o mesmo manexaba os apeiros de labranza, que cortaba o cabelo aos aborixes, ou ben daba un concerto para financiar a construción do poboado de Nova Nursia.

Un dos grandes logros de Rosendo Salvado foi gañarse o agarimo e a admiración do pobo australiano, especialmente dos seus aborixes e das clases máis deprimidas. Unha admiración e devoción que perdura cos anos. A este respecto, puidemos comprobar ata que punto esa memoria segue viva con ocasión da Xornada Mundial da Mocidade de Madrid en 2011. Para participar nela, peregrinaron a España un numeroso grupo de mozos e mozas da arquidiocese australiana de Perth, acompañados polo seu bispo auxiliar, Donald George Sproxton. Antes das celebracións finais en Madrid, aqueles mozos, dos que dez eran aborixes, pasaron co seu Bispo unha semana entre nós, acollidos nas casas de familias da nosa Diocese. Foron uns días de vivencias intensas que eles centraron especialmente en Tui en torno aos lugares históricos da vida de Rosendo Salvado. É difícil expresar a intensa emoción daquela xuventude ao pisar cos seus pés e ver cos seus ollos aqueles lugares tanto tempo imaxinados. Daqueles días, recordo especialmente un momento que, sen dúbida, proxecta luz para a comprensión do noso personaxe. A primeira vez que o Señor Bispo, acompañado da súa mocidade australiana, entrou na sancristía da nosa Catedral, quedou fondamente conmovido ao comprobar, segundo as súas palabras, que a sancristía da Catedral de Perth era unha copia da de Tui. Algo que aos familiarizados coa figura de Salvado non lles resultará estraño, por coñecer a súa profunda vinculación afectiva coa súa cidade natal.

2.- Rosendo Salvado, no corazón dos problemas do século XIX

O século XIX, no que viviu e misionou o padre Salvado, foi unha época convulsa, ategada de crises revolucionarias e de sorprendentes cambios provocados pola revolución francesa e pola chamada segunda revolución industrial. Isto fixo

espertar, ademais de profundos cambios sociais, políticos e eclesiais, o afán colonizador, o espírito de aventura, non exento dun hábito de romanticismo. En 1848, cando Rosendo Salvado empezaba a súa proeza da evanxelización dos aborixes nas selvas australianas, Carlos Marx e Federico Engels publicaban en Londres o Manifesto Comunista.

Por outra banda, España desangrábase nunha prolongada loita sucesoria na que se enfrontaban as denominadas “dúas Españas”. Todo iso potenciado por axentes esóxenos que debilitaban a capacidade de incorporar as innovacións e avances socioeconómicos, culturais e políticos con madurez racional e responsabilidade histórica. As sucesivas revolucións e contrarrevolucións produciron un empobrecemento material e moral tan fondo que aínda se perciben sobrados síntomas nos nosos días.

A grandes trazos, este foi o marco sociocultural no que se desenvolveu a grande epopea do bispo Salvado, unha persoa extraordinariamente dotada, con intelixencia portentosa, vontade férrea, exquisita amabilidade, e unha fe tan robusta que lle facía repetir o refrán: “Cando Deus quere, a todos ventos chove”. Díxose que o seu método misional foi o mesmo dos primitivos monxes que evanxelizaron Europa.

Os seus numerosos escritos están alimentados polo historicismo, o cientifismo e o romanticismo da súa época, pero ao tempo están penetrados por un espírito que se evade das fronteiras do tempo. Efectivamente, para defender a súa renovación na forma de evanxelizar Australia e, asegurar ademais a estabilidade e continuidade da misión de Nova Nursia, realizou cinco viaxes a Europa. Neles defendeu a súa misión nos máis diversos ámbitos, especialmente eclesiais.

Estando en Italia, escribiu na lingua de Dante "Memorias históricas sobre a Australia e a misión benedictina de Nova Nursia"³. Unha obra capital para comprender toda a transcendencia da súa misión evanxelizadora e que sería traducida ao español en 1853, ao francés ao ano seguinte e, finalmente, ao inglés no ano 1977. O libro, escrito con intención apoloxética, divídese en tres partes. A primeira dedícaa á historia de Australia: xeografía, zooloxía, ornitoxía, botánica, colonización. A segunda trata da orixe e progreso da misión benedictina, destinada á conversión e civilización dos salvaxes. Na terceira parte fai un estudo antropolóxico e etnolóxico dos australianos, engadindo ao final un vocabulario, a tres columnas, coas palabras do “dialecto do leste de Nova Nursia, ao do norte” e a terceira columna ao significado en español.

Merece así mesmo particular mención o sinxelo e fresco relato que o padre Salvado fixo do primeiro contacto coa civilización dos dous mozos negros que, procedentes de Australia, acompañárono por Europa e que tomaron o hábito beneditino de mans do papa Pío IX. Este texto redactouno durante a súa estancia en Londres en 1849.

Recentemente, no ano 2011, foi publicada a edición crítica do texto da Relación que o bispo Rosendo Salvado enviou á Congregación de Propaganda Fidei no ano 1883. Este documento ten un valor extraordinario, tanto polos datos que aporta como pola orixinalidade da súa forma neste tipo de relacións oficiais. Pódese definir como unha relación libre na que o relator desenvolve en forma de crónica o seu propio itinerario persoal. Este carácter atípico permítelle a Rosendo Salvado, na súa calidade de relator, fundir estreitamente a crónica dos acontecementos importantes e dos feitos coa descrición dos lugares e das persoas, a exposición progresiva do programa misional e da súa realización, a expresión das conviccións relixiosas e dos sentimentos persoais, dos seus gozos e das súas dores. Nel pode haber lugar para unha anécdota superflua, pero nunca para unha análise indiferente e fría. O interese excepcional deste testemuño reside en que, xunto aos acontecementos e aos feitos, está sempre a persoa de Rosendo Salvado⁴.

O bispo Salvado ten na súa biografía unha nota constante de universalismo e de catolicidade, que fai a súa figura dobremente atractiva. Nada lle é alleo. Desde Australia soña a restauración beneditina en España, e, nas súas viaxes, xestiónaa e lógraa; sería inxusto non atribuír en primeiro termo á súa iniciativa novas glorias de Montserrat, de Silos ou de Samos. Ás veces o seu universalismo parécenos case fóra de sentido e, con todo, dá abondosos froitos nese magnífico mosteiro que é hoxe Nova Nursia. O feito de que, nos comezos da misión, trazase un plan de vida axustado á regra monástica, en plena loita coa selva, ou que se preocupase, na súa soidade, da pureza do gregoriano ou do coidado do rito, é algo que nos marabilla e que, ao tempo, fálanos dun relixioso excepcional.

Todo o anterior non se explicaría fácilmente sen a configuración que a súa personalidade adquiriu durante o tempo en que formou parte da comunidade beneditina no mosteiro de San Martín Pinario de Santiago de Compostela. Ese modo monástico de vivir imprimirá tal carácter ao seu proxecto misional que o fai preocuparse por igual en formar unha biblioteca de sólidas referencias patristicas, como de deforestar bosques para traballalos na procura do pan de cada día, de coidar e seleccionar os animais domésticos que lles proporcionen recursos, de procurar ladrillos e madeira para non durmir ao sereno, como sempre fixeran os aboríxenes.

Na formidable capacidade para transformar e organizar as cousas da vida, ten tamén moito que ver o ámbito familiar no que viviu o bispo Salvado, así como os primeiros anos da súa vida, previos ao espertar vocacional.

3.- Raíces tudenses e formación benedictina

Rosendo Salvado e Rotea naceu no barrio tudense de “Riomolinos”. Hoxe, ao comezo da rúa que conduce desde a Avenida de Portugal ao lugar da Sarabia, un rótulo reza así: “Rúa Obispo Salvado. Antes Riomolinos”. A fachada de casa número 7 ten unha placa de mármore branco, primorosamente tallada, que mostra a seguinte inscrición: “El día 1º de marzo de 1814, nació en esta casa el que fue obispo de Puerto Victoria y últimamente de Aduani, y abad de Nova Nursia en la Australia Occidental, el Ilmo. y Rvdm. Padre Fray Rosendo Salvado y Rotea. “Los hijos de Tuy” le dedican este recuerdo a su gloriosa memoria. Tui 7 de abril de 1902”.

Lucas José Rosendo Salvado e Rotea naceu o 1 de marzo de 1814. Segundo consta na partida bautismal, foi cristianizado ao día seguinte do nacemento, festa de San Rosendo, fundador do mosteiro de Celanova. Foi o penúltimo de 7 irmáns e logo de realizar os seus primeiros estudos no convento de San Francisco, o actual Seminario Menor de Tui, en 1828 ingresou no mosteiro de San Martín Pinario de Santiago de Compostela, onde xa estaba o seu irmán Santos. Ao ano seguinte tomou o hábito benedictino, pero foi desposuído do mesmo en 1835 coa desamortización de Mendizábal, regresando á súa casa de Riomolinos, en Tui. Estes anos que Rosendo Salvado formou parte como membro da comunidade benedictina do Mosteiro de San Martín Pinario son decisivos, como xa se dixo antes, para comprender o talante espiritual e a novidade da obra evanxelizadora de Rosendo Salvado.

En Santiago de Compostela, Rosendo Salvado compartiu a vida do claustro monacal co catalán Bieito Serra. Este último, logo da desamortización, trasladouse ao importante mosteiro de Cava dei Tirreni (Nápoles), onde impartía clases de teoloxía, grego e hebreo, e faloulle ao abad do seu amigo Salvado para que o recibise, indicándolle que sería un bo profesor de música.

O 11 de novembro de 1838 sae Rosendo Salvado do porto de Vigo rumbo a Nápoles para incorporarse ao mosteiro benedictino de Cava dei Tirreni. O 23 de febreiro de 1839 recibe a ordenación sacerdotal e o día 1 de marzo seguinte, data do seu nacemento e onomástica, celebra a primeira santa misa.

Os dous monxes españois acollidos en Cava, Rosendo e Serra, e dous italia-

nos foron recibidos en audiencia polo papa Gregorio XVI o 5 de xuño de 1845 e logo partiron para unha grande aventura desde o porto de Civitavecchia. O 21 de xullo chegaron a Londres e oito días despois saíron para o mosteiro beneditino de Downside, a uns 200 kms. ao oeste da capital, onde se puxeron a estudar inglés con todo empeño. O 17 de setembro de 1854 partía do porto de Gravesand a fragata "Isabella" coa expedición misioneira que o futuro bispo Brady capitaneaba rumbo a Australia, e que comprendía trinta e oito persoas en total, das que só eran españois o padre Serra e o padre Salvado. Ao cabo de 113 días de penosa viaxe, o 7 de xaneiro de 1846, á noite, arribaron a Freemantle, antepuerto de Perth.

Brady formou varios grupos de misioneiros e a cada un asignoulle un campo de acción. Pronto se viu que o monxe irlandés quería aos seus homes máis ben para atender aos colonos brancos que para predicar a fe aos nativos dos bosques. Pero Serra e Salvado insistiron tanto que finalmente deixounos internarse na selva, cuns poucos compañeiros, para evanxelizarse aos aborixes. Con eles gustará a súa vida Rosendo, entregándolles as inmensas enerxías que Deus lle concedeu.

Rosendo Salvado foi un home de Deus por enriba de todas as cousas. Sobresaía singularmente pola alegría e a piedade. Totalmente desprendido, dicía: "Un maletín e un breviario é toda a miña equipaxe". Nota destacadísima da súa vida foi a tenra e filial devoción á Virxe. Cando vía que o horizonte se toldaba de nubes, que os seus plans máis acariñados se desbarataban, que arreciaba o perigo, que xurdían dificultades humanamente insuperables, entoaba a Salve, a súa canción favorita, e a súa alma recobraba a tranquilidade e o seu corazón enchíase de entusiasmo.

O bispo Salvado faleceu no convento beneditino de San Pablo Extramuros de Roma o 29 de decembro de 1900.

4.- Compromiso radical cos aborixes e rescate da muller da marxinação

Nos seus escritos de memorias, Rosendo Salvado deixounos un relato extraordinario do que un home de Deus como el foi capaz de realizar para entrar na intimidade dos aborixes e facerse un coma eles para anunciarlles a Xesucristo e rescatalos daquela condición inhumana. O primeiro gran milagre da obra misioneira de Rosendo Salvado cos aborixes é que chegasen a aceptalo coma un deles. Para iso, non escatimou ningún esforzo, por heroico que puidese ser. Así, chegou a compartir plenamente a vida dos aborixes no sentido máis literal da palabra. Vestía coma eles, comía coma eles, foi un deles. Xunto a eles emprendeu

un camiño de evanxelización verdadeiramente renovador, no que a fortaleza humana e espiritual de Salvado foi decisiva. Porque Rosendo Salvado non só foi un misionero polifacético e cheo de celo de Deus, senón un ser humano cunhas capacidades físicas e psíquicas únicas. A súa formidable resistencia ás dificultades do medio físico e ás adversidades, fixo que algúns que chegaron a coñecer ben a súa obra misioneira lembrasen o carácter paciente e tenaz das xentes da súa Galicia natal. En verdade, a obra de promoción humana e espiritual de Rosendo Salvado xunto aos aborixes australianos é unha das páxinas máis brillantes e exemplares da historia da misionoloxía.

O misionero Salvado foi así mesmo un pioneiro na promoción social e cultural da muller en Australia e desde Australia. Certamente, na selva australiana a degradación da muller e a violencia machista alcanzaban cotas impensables. Nas súas “Memorias” hai relatos estremecedores da marxinação e da violencia á que eran sometidas as mulleres aborixes. A súa actitude non foi só de denuncia, senón de defensa decidida e arriscada no medio daquela situación envelenada de violencia, aceptada como normal polos homes:

“Unha noite, mentres estaba rezando, oín un gran ruído de golpes e gritos feminiles, o que me fixo presaxiar algo funesto. Acudín inmediatamente ao lugar da escena, e víñ que ao redor do lume estábanse dando furiosos garrotazos coas súas llanas ou grandes garrotos, oito mulleres de salvaxes. Tratei de poñerme no medio para poñelas en paz; pero as miñas palabras eran desoídas por aquelas non xa mulleres, senón feras encarnizadas. Entón collín eu tamén un pequeno bastón, e repartindo uns cantos paus nas costas ás máis enfurecidas logrei poñer fin á pelexa, da que resultaran xa cabezas rotas e outras feridas, chorreando algunhas delas sangue por todo o seu negro corpo. Durante esta liorta os maridos estaban sentados coa maior tranquilidade e indiferenza arredor do lume, e ríanse da disputa, vendo o cal rifeilles severamente: “¡Como!, díxenlles, as vosas mulleres estanse a matar, e vós, lonxe de separalas, rídesvos e aínda vos divertides coa súa disputa?”. “¿Pois quen queres que se encargue, respondéronme eles, de tranquilizar as rifas das mulleres?”. “Vós que sodes os seus maridos”. “¿Nós? Pois en verdade que nos importa moi pouco”. “¿Como que non vos importa? E se algunha delas queda morta, tampouco vos importará nada?”. “Nada absolutamente; por unha que morra, quedánnos mil”⁵.

Rosendo Salvado comprendeu que o primeiro froito da relixión nun pobo é a erradicación da violencia familiar. Neste sentido, tivo a clara convicción de que se na sociedade humana a vida ten algún valor, débello ao Evanxeo de Xesucristo, pois entre os salvaxes un vese reducido ao último grado de baixeza.

O bispo Salgado foi un campión da dignidade da muller e da súa misión providencial para salvagardar, transmitir e protexer a vida humana e a súa dignidade. Co seu profundo sentido pragmático, para erradicar a deplorable situación do hábitat familiar dos aborixes, fundou un colexio de nenas en Nova Nursia, que tanto contribuíu á instrución e capacitación da muller naquelas terras.

5.- Rosendo Salgado, un modelo para a evanxelización

Para afrontar os desafíos actuais da nova evanxelización coa coraxe do bispo Salgado é digna de atender a reflexión que facía Álvaro Cunqueiro nun precioso artigo que publicou en 1945, ao conmemorarse o centenario da partida do padre Salgado para Australia. Así se expresa o ilustre escritor no seguinte parágrafo:

“San Paulo dixo aquilo de facerse todo para todos; para os salvaxes da selva australiana Dom Salgado fíxose criatura selvática. Pero iso non sería suficiente, pese á súa enorme e inagotable caridade, se o padre Salgado non fose capaz de realizar obras, xunguir bois ao arado e de forxar a rella deste, de labrar a terra e amasar o barro dos ladrillos, de construír pontes e abrir camiños, de cantar coa súa fermosa voz a Salve Regina Mater cando se estaba morrendo de fame, sede e soidade, e de dar un concerto de piano en Perth vestido de farrapos e calzado cos calzados dunha lady compasiva... [...]. É un misionero, pero é igualmente un fundador; ten a talla de calquera dos grandes fundadores españois de Indias e abraia a insobornable lealdade da súa alma á súa tarefa. Cinco veces corre desde Australia a Roma en defensa da súa grea remota [...]. E aínda que morreu en Roma, o seu corpo foi levado “á terra onde teño a maior parte do meu sangue e das miñas suores”. Pola súa Nova Nursia, este galego sorrinte e suasorio fíxose ata silveira e espiño...”⁶.

Para concluír estas reflexións en torno á vida e á obra do bispo Rosendo Salgado na conmemoración do bicentenario do seu nacemento na nosa Diocese invítovos a meditar xuntos o que o papa Francisco expón na súa Exhortación Apostólica "Evangelii Gaudium", sobre o anuncio do Evanxeo no mundo actual, especialmente nos dous números que citamos:

“Nestes dous milenios de cristianismo, innumerable cantidade de pobos recibiron a graza da fe, fixérona florecer na súa vida cotiá e transmitírona segundo os seus modos culturais propios. Cando unha comunidade acolle o anuncio da salvación, o Espírito Santo fecunda a súa cultura coa forza transformadora do Evanxeo. De modo que, como podemos ver na historia da Igrexa, o cristianismo non ten un único modo cultural, senón que, “permanecendo plenamente un mesmo, en toda fidelidade ao

*anuncio evanxélico e á tradición eclesial, levará consigo tamén o rostro de tantas culturas e de tantos pobos en que foi acollido e arraigado*⁷.

*“A evanxelización recoñece gozosamente estas múltiples riquezas que o Espírito xera na Igrexa. Non faría xustiza á lóxica da encarnación pensar nun cristianismo monocultural e monocorde. Aínda que é verdade que algunhas culturas estiveron estreitamente ligadas á predicación do Evanxeo e ao desenvolvemento dun pensamento cristián, a mensaxe revelada non se identifica con ningunha delas e ten un contido transcultural*⁸.

Estes mesmos eran os principios do insigne misionero da nosa Diocese de Tui-Vigo. Á distancia de dous séculos axigántanse a grandeza, o heroísmo e a santidad da súa vida de apóstolo e échense de luminosidade os feitos xeniais das súas proezas, urxidos sempre polo amor de Deus e o servizo abnegado aos excluídos. Toda a nosa Diocese sentirá de novo, coa celebración desta importante efemérides, o xúbilo e o entusiasmo daqueles días do mes de setembro de 1852 que permaneceu na súa cidade natal, cando por primeira vez Rosendo Salvado veu a España, logo de ser elevado á dignidade episcopal.

Na hora actual da historia da Igrexa na que o Papa Francisco nos convida a “acudir a evanxelizar as periferias” e a “ser pastores con cheiro a ovella”, a figura deste paisano noso -amante apaixonado da súa terra galega que se foi ás antípodas para mesturarse e facerse próximo cos esquecidos aborixes australianos, desexoso de descubri-lles o amor de Xesucristo- é unha chamada para todos nós a comprometernos nunha fonda renovación eclesial. Esta celebración ha ser unha ocasión providencial a mirarnos no seu espello e a acrisolar aquí e agora en nós o espírito e as ansias evanxelizadoras.

Cos mellores desexos dunha frutuosa celebración diocesana e eclesial do bicentenario do nacemento deste bendito fillo da nosa Diocese, encoméndome con todos vós á intercesión da Santísima Virxe e do noso Patrón, San Telmo.

Vigo, 1 de marzo de 2014, Bicentenario do nacemento de Rosendo Salvado.



Luis Quinteiro Fiuza
Bispo de Tui-Vigo

NOTAS

¹ Cfr. BOUZÓN GALLEGO, Avelino, *O Padre Salvado, un tudense cosmopolita e rexionalista*, en “Exposición Frei Rosendo 1814-1900. O Bispo dos sen alma”. Consello da Cultura Galega (Santiago 2001), pag. 53s.

² Cfr. AA. VV., “Exposición Frei Rosendo Salvado 1814-1900. O Bispo dos sen alma”, o. c.

³ SALVADO ROTEÁ, *Rosendo, Memorias Históricas sobre la Australia y la misión benedictina en Nueva Nursia, con introducción e notas dun padre beneditino da Real Abadía de Samos*, Biblioteca de Autores Cristianos (Madrid 1946).

⁴ Cfr. CIPOLLONE, Giulio - ORLANDI, Clara, *Aborigeno con gli aborigeni per l'evangelizzazione in Australia. Il testo della Relazione (1883) per la Propaganda Fide del vescovo Rudesindo Salvado*, Libreria Editrice Vaticana, (Città del Vaticano 2011).

⁵ SALVADO ROTEÁ, *Rosendo*, o.c., p. 303s.

⁶ CUNQUEIRO, Álvaro, *Dom Salvado, fundador o un misionero gallego en Australia*, en “Catolicismo” (xullo 1945), p. 9s.

⁷ PAPA FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gadium*, 116.

⁸ PAPA FRANCISCO, o. c., 117-

MANOS UNIDAS: “UN MUNDO NUEVO, PROYECTO COMÚN”

Queridos hermanos y hermanas: La Campaña de Manos Unidas es un acontecimiento que se repite cada año, pero que no pierde con el pasar del tiempo su significado e importancia, porque el compromiso de entrega solidaria a los demás es la mejor respuesta que podemos ofrecer pues surge de lo que vemos que hizo por todos nosotros Jesús quien, como enseña el Concilio Vaticano II, “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (GS 22).

El lema de Manos Unidas para este año - “*Un mundo nuevo, proyecto común*” - nos sitúa ante un nuevo paradigma de desarrollo, en el que se hace cada vez más evidente la fraternidad.

Al hablar de “*un mundo nuevo*” hay que rechazar un modelo de desarrollo basado en un sistema económico mundial que, en lugar de situar en el centro de sus intereses y actuación a la persona, pone como lo más importante, el mayor beneficio con el menor esfuerzo. Por el contrario, la “novedad” del mundo que queremos se basa en un desarrollo integral y sostenible, que se concibe como un proceso, ante todo de cada persona, que incluye no sólo la obtención de recursos para responder a las necesidades tangibles, sino también al crecimiento personal –la dignidad, la libertad, la responsabilidad, la igualdad-, y que beneficia a todos y cada uno, preferentemente a los más pobres.

¿En qué dirección debemos trabajar para construir este “mundo nuevo”? Cultivando la “lógica del don” y desterrando la “lógica del interés”. Frente a la excusa “yo solo no puedo cambiar nada”, la “lógica del don” me lleva a descubrir que “cada uno puede hacer lo que está en su mano”: en la familia, en su barrio, en la escuela, en la empresa, en la parroquia...

Al hablar de un “proyecto común” nos referimos a los desafíos que todos los países, ricos y pobres, los organismos internacionales, las organizaciones civiles y empresariales, así como cada una de las personas, deben afrontar para que todos tengan acceso a los alimentos, las tierras, la educación, la salud, el empleo, la vivienda...

La cooperación al desarrollo es fruto de la solidaridad generosa y gratuita de

todos, individuos y comunidades. A esta unión de fuerzas se refería Pablo VI en la encíclica *Populorum progressio*: “El desarrollo integral del hombre no puede realizarse sin el desarrollo solidario de la humanidad, mediante un mutuo y común esfuerzo”.

Para Manos Unidas trabajar entre todos –involucrarse en un “proyecto común”-, por un “*mundo nuevo*” nace del encuentro con Cristo y de nuestra pertenencia a la Iglesia que, como la familia de los hijos de Dios, ilumina e impulsa el desarrollo fraterno de toda la humanidad. Construir un “mundo nuevo” es un proyecto de amor, un proyecto de hermanos, un proyecto común. El Papa Francisco al comienzo de su pontificado, nos animaba a “preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón”.

Os invito a todos a colaborar con Manos Unidas para que nuestra Diócesis de Tui-Vigo acoja la llamada de una misión eclesial tan urgente y necesaria.

Con todo mi afecto y gratitud.



A handwritten signature in black ink, which appears to read "Luis Quinteiro" followed by "Obispo de Tui-Vigo".

Luis Quinteiro
Obispo de Tui-Vigo

NA MORTE DE MONS. D. JOSÉ DELICADO BAEZA

Hoxe, martes 18 de marzo, recibirá cristiá sepultura na Catedral de Valladolid, o que foi bispo desta Diocese de Tui-Vigo, Excmo. e Rvdmo. Sr. D. José Delicado Baeza, Arcebispo Emérito de Valladolid, falecido onte luns 17 de marzo, en Valladolid, aos 87 anos de idade.

D. José Delicado Baeza naceu en Almansa (Albacete) o 18 de xaneiro de 1927. Despois de cursar o bacharelato, incorporouse en 1944 ao Seminario de Málaga onde realizou os estudos de Filosofía, e en 1947 trasladouse á Universidade Pontificia de Salamanca para estudar Teoloxía. Foi ordenado sacerdote en Almansa o 22 de xullo de 1951.

O 7 de agosto de 1969 foi designado Bispo de Tui-Vigo polo Papa Pablo VI, facendo a súa entrada na Diocese o 4 de outubro. Tras seis anos como pastor da nosa Diocese, o 21 de abril de 1975, anunciouse o seu nomeamento como Arcebispo Metropolitano de Valladolid.

Damos grazas ao Señor por tanto ben recibido a través da súa persoa. A súa tarefa episcopal na nosa comunidade diocesana deixou mostras do seu bo facer, como froito dos seus dotes intelectuais, da súa bondade e cordialidade, e da súa preocupación pastoral. Dinamizou as estruturas da Diocese, puxo en marcha diversos organismos que abriron canles de participación a sacerdotes e laicos, creou novas parroquias, promoveu a catequese, impulsou as programacións pastorais, alentou reunións-encontros a nivel arceprelato e diocesano... E todo iso nun clima de sinxeleza fraternal, comunión eclesial e profunda espiritualidade.

A morte de D. José Delicado Baeza é para todos nós un anuncio do Evanxeo, como o foi a súa vida. Nela ensínanos a pór a nosa esperanza no Señor. As nosas vidas son do Señor e para o Señor, El e só El é “o noso lote”, nosa herdade (Lm 3, 24).

Ao transmitir aos diocesanos de Tui-Vigo a dolorosa noticia do seu falece-

mento, desexo que a nosa gratitude polo seis anos de servizo episcopal nesta Diocese, maniféstese na nosa oración por el. Invito os sacerdotes, relixiosos/as e fieis laicos ás celebracións exequiales, que proximamente se anunciarán.

Que o Señor premie a súa longa e fecundo labor episcopal.

VIGO, 18 de marzo de 2014.

MENSAJE DEL OBISPO PROMOTOR DEL APOSTOLADO DEL MAR ANTE EL NAUFRAGIO EN ASTURIAS

Las gentes del mar están de luto nuevamente a causa del trágico naufragio del pesquero "Santa Ana", ocurrido en días pasados, ante el cabo Peñas en Asturias. El Apostolado del Mar llora con las familias de las dos personas desaparecidas y las seis fallecidas, algunas de ellas emigrantes, muertas lejos de sus patrias, al hundirse el pesquero de Muros, y encomienda sus vidas al Señor a través de la Virgen María, Estrella de los Mares.

Nuevamente como en otras ocasiones similares y todavía con el corazón encogido y estremecido por esta nueva tragedia, queremos hacer llegar la solidaridad y la oración de la Iglesia, recordando la inseguridad en la que viven día a día los hombres y las mujeres del mar. Es fácil hermanarse en momentos tan crueles, pero hay otras muchas situaciones difíciles en la vida diaria de la gentes del mar que no son noticia, y en las que hay que estar también cerca y hermanados hacia ellos. Con una sensibilidad permanente ante la dureza de su trabajo, su dolor y las dificultades de todo tipo con las que se encuentran. Por eso es necesario volver a repetir una llamada de atención a todas las instituciones implicadas para que procuren siempre unas condiciones de trabajo justas que faciliten una vida digna y protegida.

Pedimos también el apoyo y las especiales ayudas sociales que se puedan ofrecer en estas circunstancias.

Una vez más quisiéramos que toda la sociedad sea consciente de la dureza del trabajo de los hombres del mar, con jornadas largas y en condiciones a veces difíciles de imaginar, siempre con la incertidumbre del tiempo, siempre con la angustia de "los golpes traicioneros del mar".

Las gentes del mar recordaban en la reciente Asamblea del Apostolado del Mar en Huelva que "no podemos olvidar a los pescadores, quienes a menudo son

llamados 'los marineros olvidados'. Las larguísimas horas de trabajo, el esfuerzo y los peligros del mar hacen que su vida sea arriesgada y problemática". Los complejos efectos de la globalización a veces les ocasionan una mayor vulnerabilidad por lo que queremos no bajar la guardia para hacer más atenta la solicitud de la Iglesia.

Dirigiéndonos especialmente a las familias de los fallecidos y desaparecidos, y a todos a los que les afecta esta tragedia pedimos, desde el dolor inmenso, que Nuestra Señora la Virgen del Carmen, Stella Maris, alumbré siempre su esperanza.



+ Mons. Luis Quinteiro Fiuza, obispo de Tui-Vigo
Obispo Promotor del Apostolado del Mar

2. CANCELLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

El Sr. Obispo ha firmado los siguientes nombramientos:

20 de enero de 2014

Don José Antonio García Coba, *Secretario General de Cáritas Diocesana de Tui-Vigo.*

3 de febrero de 2014

Doña María Paz Alonso, *Propuesta para su nombramiento de Encargada del Servicio de Asistencia Religiosa, en el Centro Penitenciario de A Lama (Pontevedra).*

5 de febrero de 2014

Don Xosé Uxío Nerga Mendiña, *Delegado Diocesano del Apostolado de la Oración.*

Don Xosé Uxío Nerga Mendiña, *Confesor Ordinario de las Monjas Benedictinas del Monasterio de la Transfiguración del Señor, Trasmañó.*

14 de febrero de 2014

Don David Romero Boullosa, *Capellán del Monasterio de la Transfiguración del Señor, de Monjas Benedictinas.*

27 de febrero de 2014

Don Manuel Fernández Gayoso y Don Carlos Lorenzo Santiago, *Capellanes del Cementerio Municipal del Pereiró, Vigo.*

28 de febrero de 2014

Don Antonio Mendiña Santomé, *Director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas a Distancia “San Agustín”; extensión de Vigo.*

24 de marzo de 2014

El Sr. Obispo ha firmado el siguiente nombramiento:

Doña María Aurora Martín-Caloto Alonso, *Presidenta de la Cofradía del Santísimo Cristo la Victoria, de Vigo*; por cuatro años.

25 de marzo de 2014

El Sr. Obispo ha firmado el siguiente nombramiento:

Rvdo. Sr. Lic. D. Carlos Elizalde Apezteguía, *Presbítero de la Prelatura del Opus Dei y de la Santa Cruz, Doctor en Derecho Canónico y Civil, Juez Diocesano*.

SAGRADAS ÓRDENES Y MINISTERIOS ECLESIAÍSTICOS

El día 15 de marzo de 2014, en la Capilla del Seminario Mayor “San José”, de Vigo, fueron admitidos como Candidatos al Presbiterado, los Acólitos:

Don Sergio Gómez Núñez, y

Don Samuel Montes Costas

El día 16 de marzo de 2014, Segundo Domingo de Cuaresma, el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo, Don Luis Quinteiro Fiuza, confirió el Sacramento del Diaconado, en la Celebración que tuvo lugar en la Santa Iglesia Catedral de Tui, a los Acólitos

Don Sergio Gómez Núñez,

Don Samuel Montes Costas, y

Hno. Enrique García Gutiérrez, OFMCap

de esta Diócesis, los dos primeros, y fraile profeso de la Orden de Hermanos Menores Capuchinos, con divisoria de su Ordinario, el tercero.

El día 21 de marzo, Viernes de la II Semana de Cuaresma, en el templo parroquial de O Corazón Inmaculado de María, de Vigo, El Sr. Obispo de la Diócesis, instituyó Acólitos, a los dos Lectores candidatos al Diaconado Permanente:

Don José María Fernández Carrera y

Don Andrés Fontenla Vázquez

EN LA PAZ DE CRISTO

• Don José Manuel Bernárdez Gándara (1963-2014)

- 4. Feb. 1963 Nace en San Paio de Alxén
- 25. Sept. 1988 Ordenado Presbítero en la Catedral de Tui
- 2. Dic. 1988 Vicario Parroquial de O Sagrado Corazón de Xesús, Vigo
- 1. Mar. 1994 Consiliario Diocesano del Movimiento Junior de Ac. Católica
- 1998 - 2000 Estudios y preparación de Misionología en Londres y Madrid
- 1. Dic. 2000 Misionero en Zambia (Diócesis de Solwezi)
- 13. Ene. 2014 Fallece en Chivata (Zambia)

Xose Manuel Bernárdez Gándara nace na Parroquia de Alxén, Concello de Salvaterra de Miño, o 4 de febreiro de 1963; era o primogénito do matrimonio formado por Antonio e Luz; despois nacerá seu irmán Antonio, e no seo desa familia fundamente cristiá, Gándara (así o coñecíamos os curas) deu os seus primeiros pasos na vida. No curso 1974/1975 ingresa xunto con outros dous amigos de Alxén no Seminario Menor de Tui, para facer dende 6º de Ensino Xeral Básico ata o Curso de Orientación Universitaria.

No curso 1981/1982 pasa ao Seminario Maior de Vigo, rematando os estudos seis anos despois, para facer un curso de Pastoral en Tui. Na Catedral é ordenado sacerdote por Mons. Cerviño, o 25 de setembro de 1988, xunto con outros catro compañeiros.

A inqueda misioneira xa prendera nel dende os anos do Seminario Menor, e foi tomando forma nas convivencias do IEME (Instituto Español de Misiones Extranxeras), en Madrid, ás que asistía todos os cursos que pasou no Maior. Poco despois da súa ordenación foi nomeado Vicario Parroquial do Sagrado Corazón de Xesús, de Vigo; poder asistir a clases de inglés, lingua necesaria para a misión, foi unha das razóns que o levaron a quedarse en Vigo.

Pero o seu horizonte non se apagaba nesta cidade e a misión seguía sendo o seu obxectivo, e África o destino soñado, aínda que estaría ao que os do IEME lle dixeran. Nos anos 1998-2000 vaise a Londres e Madrid, para rematar a súa preparación e incorporarse a labor que sempre quiso realizar, ser misioneiro en África.

No 2000, por fin, pon rumbo a Zambia, e dende entón é un africano máis. A súa vida era servir e vivir no medio dos seus irmáns de Kasempa, e nos últimos meses en Kamakechi; alí fundaría unha nova parroquia... ilusións, proxectos, esperanza...: a realización plena da súa vida sacerdotal. Nunca deixou de todo a súa terra, visitas frecuentes a súa familia e os seus amigos, e comunicación constante cando os medios llo permitían. A nosa diócese sentiuse católica-universal con él; moitos sentíamos xa a Kamakechi como unha parroquia máis da nosa diócese.

O 13 de xaneiro de 2014 recibimos a triste nova da súa morte; a tristeza, a dor, a incompreensión, a impotencia apoderouse do corazón de centos de amigos que tiña nesta terra (...) Seguiremos vivindo a fe con entrega e xenerosidade...

Benquerido Gándara, descansa en paz.

(Nota de Don Xosé Manuel Pereira Vidal, sacerdote, también natural de Alxén).

Don José Manuel faleció de muerte súbita por la caída de un árbol, en una población cercana a Chivata.

Recibió cristiana sepultura en el cementerio de la Misión de St. Francis, la primera misión católica de la Diócesis de Solwezi.

Vivas cum Christo in aeternum!

• Don José Delicado Baeza, Obispo que fue de Tui-Vigo (1927-2014)

El 17 de marzo de 2014, descansó en el Señor el **Excmo. y Rvdmo. Sr. Don JOSÉ DELICADO BAEZA, Arzobispo Emérito de Valladolid. Obispo que fue de Tui-Vigo (1969 – 1975).**

Había nacido en Almansa (Albacete) el 18 de enero de 1927. Cursó el bachi-

llerato en su ciudad natal, y se afilió a la Acción Católica. En 1944 ingresa en el Seminario de Málaga, donde realiza los estudios de filosofía. Tres años más tarde pasa a la Universidad Pontificia de Salamanca, graduándose en Sagrada Teología. Ordenado Presbítero el 22 de julio de 1951 por Mons. Arturo Tabera Araoz, primer Obispo de Albacete, es nombrado Coadjutor (Vicario Parroquial) de la Parroquia de la Inmaculada Concepción, de Albacete, y Profesor de Religión del Instituto de Enseñanza Media de la misma Ciudad.

Consiliario Diocesano de los Movimiento Obreros, tanto de Jóvenes como de Adultos. Canónigo (1952). Director Espiritual del recién fundado Seminario Mayor (1953), en el que también impartió enseñanza. De 1953 a 1954, Director Espiritual del Post-Seminario.

Dirige numerosas tandas de ejercicios espirituales a sacerdotes y seminaristas, convivencias sacerdotales y cursillos de pastoral...

Como becario de la Iglesia Nacional Española de Monserrat en Roma, prepara y realiza diversas publicaciones sobre temas sacerdotales.

Desde 1964 hasta la fecha de su Elección episcopal (1969), Vicario General de Pastoral.

El 4 de agosto de este último año, es preconizado por Su Santidad Pablo VI **Obispo de Tui-Vigo**. La Ordenación episcopal tiene lugar en Almansa el 28 de septiembre, y la entrada en la Diócesis, el 4 de octubre, en la Santa Iglesia Catedral de Tui; en la Concatedral de Vigo, el día siguiente, domingo 5 de octubre de 1969.

El 18 de abril de 1975 se anuncia su promoción a la Sede Arzobispal-Metropolitana de Valladolid, tomando posesión el 7 de junio.

Después de 27 años (el período más largo en los casi cuatrocientos años de historial de la Diócesis/Archidiócesis), al cumplir la edad canónica (2002) es aceptada por el Romano Pontífice el 28 de agosto del mismo año.

A partir de entonces fijó su domicilio en la Residencia de las Hermanitas de los Pobres (de la Beata Juana Jugan), de Valladolid.

El último día de su vida (domingo 16), celebró la Santa Misa para la Comunidad y residentes; asistió a la Bendición Eucarística de la tarde; y tras la cena se retiró a descansar. Dios vino a recoger su alma en las horas de la noche.

Nos ha precedido con la señal de la fe. *¡Descanse en paz!*

• **Don Agustín Alonso Táboas (1930-2014)**

Don Agustín Alonso Táboas, de 83 años de edad, tras larga y dolorosa enfermedad, se durmió en el Señor, en el Hospital do Meixoeiro, de Vigo, el lunes 31 de marzo de 2014. Era natural de San Pedro de Cela, nacido el 16 de diciembre de 1930, hijo de don Agustín y Doña Concepción.

Concluida su formación sacerdotal en el Seminario Conciliar de Tui, en esta misma ciudad recibió el Presbiterado el día 31 de mayo de 1958.

Sus dos primeros ministerios fueron los de Ecónomo de San Mamede de Sabaxáns y de Santa María de Gargamala, ambos en 28 de septiembre de 1958, cesando el 18 de enero de 1961, en la primera, y el 16 de noviembre, en la segunda. En este mismo mes y año, Ecónomo de San Fausto de Chapela, hasta septiembre de 1963, en que pasa, como Ecónomo, a San Xoán de Paramos y San Vicente de Soutelo.

Arcipreste de Entenza, desde el 20 de noviembre de 1979 al 6 de octubre de 1980.

Con fecha 15 de diciembre de 1988, se ratifican sus nombramientos, como Párroco de Paramos y de Soutelo, y poco después, se le añade el de Párroco de Santiago de Baldráns, Parroquias que ha regido hasta su fallecimiento.

Fue sepultado en el cementerio parroquial de Cela

¡Dale, Señor, la Paz y el Descanso eterno!

3. VIDA DIOCESANA

AGENDA DIOCESANA

ENERO

Día 2 al 5	Ejercicios espirituales para jóvenes en Santiago
Día 2	Eucaristía Universitaria en Santiago de Vigo a las 20:30 horas
Día 5	Domingo de la Caridad
Día 8 as 15	Semana de la Infancia Misionera.
Día 10	Oración de Taizé en el Colegio de Cluny.
Día 13	Ágora
Día 14	Formación permanente del Clero
Día 18 al 25	Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos.
Día 18	Retiro musical en Ourense organizado por la Pastoral Juvenil.
Día 19	Jornada Mundial de las Migraciones.
Día 20	Ágora.
Día 21	Formación permanente del Clero
Día 24	Oración de Taizé en el colegio de Cluny. Curso de Pastoral Juvenil en Santiago.
Día 25	Fiesta de Santo Tomás.
Día 26	Jornada de la Infancia Misionera.
Día 27	Jornada Interdiocesana de SARHs en Santiago.
día 28	Conferencia en el Instituto Teológico.

FEBRERO

Día 1	Jornada de la Vida Consagrada.
Día 2	Domingo de la Caridad
Día 3 al 5	V Ciclo de Cine Social organizado por Cáritas Diocesana
Día 4	Formación permanente del Clero
Día 5	Reunión Diocesana de Pastoral de la Salud.
Día 6	Celebración de Santo Tomás Eucaristía Universitaria en Santiago de Vigo a las 20:30..
Día 8	Jornada Diocesana de Formación de Pastoral de la Salud.
Día 9	Campaña contra el Hambre de Manos Unidas.
Día 10	Ágora.
Día 11	Formación permanente del Clero Jornada Mundial del Enfermo
Día 14	Oración de Taizé en el Colegio de Cluny.
Día 17	Ágora
Día 18	Formación permanente del Clero.
Día 22	Jornadas de formación para directivos de Cáritas.
Día 25	Formación permanente del Clero.
Día 28	Oración de Taizé en el Colegio de Cluny.
Día 28 al 4	Peregrinación a Fátima, organiza Pastoral Juvenil de Lugo

MARZO

Día 1-2	Curso para profesores de Enseñanza Religiosa.
Día 2	Domingo de la Caridad
Día 6	Eucaristía Universitaria en Santiago de Vigo a las 8:30.
Día 8	Retiro cuaresmal de la CONFER en Canedo. Retiro cuaresmal organizado por el Secretariado Bíblico. Reunión de Directivos y Delegados de Cáritas en Santiago
Día 10	Ágora.
Día 12	Convivencia sacerdotal de Cuaresma
Día 14	Oración de Taizé en el Colegio de Cluny.
Día 15	Encuentro vocacional en el Seminario Diocesano de Vigo
Día 15-16	Retiro de la Juventud.
Día 17	Ágora.
Día 18	Formación permanente del Clero.
Día 19	Día del Seminario
Día 22	Encuentro anual de niños en torno a las misiones.
Día 25 al 27	Jornadas Bíblicas.
Día 25	Formación permanente del Clero. Jornada Pro-Vida: Operación bebé
Día 28	Oración de Taizé en el Colegio de Cluny.

IGLESIA UNIVERSAL



1. DEL SANTO PADRE

1.1 Audiencias Generales

1.2 Homilías

- *Santa Misa en la solemnidad de Santa María, Madre de Dios. XLVII Jornada Mundial de la Paz*
- *Santa Misa en la solemnidad de la Epifanía del Señor*
- *Celebración de las vísperas en la solemnidad de la conversión del Apóstol San Pablo*
- *Fiesta de la presentación del Señor. XVIII Jornada de la Vida Consagrada*
- *Celebración de la penitencia. Rito para la reconciliación con la confesión y la absolución individual*

1.3 Mensajes

- *XLVII Jornada Mundial de la Paz*
- *Mensaje del Santo Padre Francisco para la Cuaresma 2014*

1. DEL SANTO PADRE

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles 8 de enero de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy iniciamos una serie de catequesis sobre los Sacramentos, y la primera se refiere al Bautismo. Por una feliz coincidencia, el próximo domingo se celebra precisamente la fiesta del Bautismo del Señor.

El Bautismo es el sacramento en el cual se funda nuestra fe misma, que nos injerta como miembros vivos en Cristo y en su Iglesia. Junto a la Eucaristía y la Confirmación forma la así llamada «Iniciación cristiana», la cual constituye como un único y gran acontecimiento sacramental que nos configura al Señor y hace de nosotros un signo vivo de su presencia y de su amor.

Puede surgir en nosotros una pregunta: ¿es verdaderamente necesario el Bautismo para vivir como cristianos y seguir a Jesús? ¿No es en el fondo un simple rito, un acto formal de la Iglesia para dar el nombre al niño o a la niña? Es una pregunta que puede surgir. Y a este punto, es iluminador lo que escribe el apóstol Pablo: «¿Es que no sabéis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el Bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rm 6, 3-4). Por lo tanto, no es una formalidad. Es un acto que toca en profundidad nuestra existencia. Un niño bautizado o un niño no bautizado no es lo mismo. No es lo mismo una persona bautizada o una persona no bautizada. Nosotros, con el Bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia; y gracias a este amor podemos vivir una vida nueva, no ya en poder del mal, del pecado y de la muerte, sino en la comunión con Dios y con los hermanos.

Muchos de nosotros no tienen el mínimo recuerdo de la celebración de este Sacramento, y es obvio, si hemos sido bautizados poco después del nacimiento. He hecho esta pregunta dos o tres veces, aquí, en la plaza: quien de vosotros sepa la fecha del propio Bautismo, que levante la mano. Es importante saber el día que fui inmerso precisamente en esa corriente de salvación de Jesús. Y me permito daros un consejo. Pero más que un consejo, una tarea para hoy. Hoy, en casa, bus-

cad, preguntad la fecha del Bautismo y así sabréis bien el día tan hermoso del Bautismo. Conocer la fecha de nuestro Bautismo es conocer una fecha feliz. El riesgo de no conocerla es perder la memoria de lo que el Señor ha hecho con nosotros; la memoria del don que hemos recibido. Entonces acabamos por considerarlo sólo como un acontecimiento que tuvo lugar en el pasado —y ni siquiera por voluntad nuestra, sino de nuestros padres—, por lo cual no tiene ya ninguna incidencia en el presente. Debemos despertar la memoria de nuestro Bautismo. Estamos llamados a vivir cada día nuestro Bautismo, como realidad actual en nuestra existencia. Si logramos seguir a Jesús y permanecer en la Iglesia, incluso con nuestros límites, con nuestras fragilidades y nuestros pecados, es precisamente por el Sacramento en el cual hemos sido convertidos en nuevas criaturas y hemos sido revestidos de Cristo. Es en virtud del Bautismo, en efecto, que, liberados del pecado original, hemos sido injertados en la relación de Jesús con Dios Padre; que somos portadores de una esperanza nueva, porque el Bautismo nos da esta esperanza nueva: la esperanza de ir por el camino de la salvación, toda la vida. Esta esperanza que nada ni nadie puede apagar, porque, la esperanza no defrauda. Recordad: la esperanza en el Señor no decepciona. Gracias al Bautismo somos capaces de perdonar y amar incluso a quien nos ofende y nos causa el mal; logramos reconocer en los últimos y en los pobres el rostro del Señor que nos visita y se hace cercano. El Bautismo nos ayuda a reconocer en el rostro de las personas necesitadas, en los que sufren, incluso de nuestro prójimo, el rostro de Jesús. Todo esto es posible gracias a la fuerza del Bautismo.

Un último elemento, que es importante. Y hago una pregunta: ¿puede una persona bautizarse por sí sola? Nadie puede bautizarse por sí mismo. Nadie. Podemos pedirlo, desearlo, pero siempre necesitamos a alguien que nos confiera en el nombre del Señor este Sacramento. Porque el Bautismo es un don que viene dado en un contexto de solicitud y de compartir fraterno. En la historia, siempre uno bautiza a otro y el otro al otro... es una cadena. Una cadena de gracia. Pero yo no puedo bautizarme a mí mismo: debo pedir a otro el Bautismo. Es un acto de fraternidad, un acto de filiación en la Iglesia. En la celebración del Bautismo podemos reconocer las líneas más genuinas de la Iglesia, la cual como una madre sigue generando nuevos hijos en Cristo, en la fecundidad del Espíritu Santo.

Pidamos entonces de corazón al Señor poder experimentar cada vez más, en la vida de cada día, esta gracia que hemos recibido con el Bautismo. Que al encontrarnos, nuestros hermanos puedan hallar auténticos hijos de Dios, auténticos hermanos y hermanas de Jesucristo, auténticos miembros de la Iglesia. Y no olvidéis la tarea de hoy: buscar, preguntar la fecha del propio Bautismo. Como conozco la fecha de mi nacimiento, debo conocer también la fecha de mi Bautismo, porque es un día de fiesta.

Miércoles 15 de enero de 2014

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado hemos comenzado un breve ciclo de catequesis sobre los Sacramentos, comenzando por el Bautismo. Y en el Bautismo quisiera centrarme también hoy, para destacar un fruto muy importante de este Sacramento: el mismo nos convierte en miembros del Cuerpo de Cristo y del Pueblo de Dios. Santo Tomás de Aquino afirma que quien recibe el Bautismo es incorporado a Cristo casi como su mismo miembro y es agregado a la comunidad de los fieles (cf. *Summa Theologiae*, III, q. 69, a. 5; q. 70, a. 1), es decir, al Pueblo de Dios. En la escuela del Concilio Vaticano II, decimos hoy que el Bautismo nos hace *entrar en el Pueblo de Dios*, nos convierte en miembros de un *Pueblo en camino*, un Pueblo que peregrina en la historia.

En efecto, como de generación en generación se transmite la vida, así también de generación en generación, a través del renacimiento en la fuente bautismal, se transmite la gracia, y con esta gracia el Pueblo cristiano camina en el tiempo, como un río que irriga la tierra y difunde en el mundo la bendición de Dios. Desde el momento en que Jesús dijo lo que hemos escuchado en el Evangelio, los discípulos fueron a bautizar; y desde ese tiempo hasta hoy existe una cadena en la transmisión de la fe mediante el Bautismo. Y cada uno de nosotros es un eslabón de esa cadena: un paso adelante, siempre; como un río que irriga. Así es la gracia de Dios y así es nuestra fe, que debemos transmitir a nuestros hijos, transmitir a los niños, para que ellos, cuando sean adultos, puedan transmitirla a sus hijos. Así es el Bautismo. ¿Por qué? Porque el Bautismo nos hace entrar en este Pueblo de Dios que transmite la fe. Esto es muy importante. Un Pueblo de Dios que camina y transmite la fe.

En virtud del Bautismo nos convertimos en *discípulos misioneros*, llamados a llevar el Evangelio al mundo (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 120). «Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador... La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo» (*ibid.*) de todos, de todo el pueblo de Dios, un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. El Pueblo de Dios es *un Pueblo discípulo* —porque recibe la fe— y *misionero* —porque transmite la fe—. Y esto hace el Bautismo en nosotros: nos dona la Gracia y transmite la fe. Todos en la Iglesia somos discípulos, y lo somos siempre, para toda la vida; y todos

somos misioneros, cada uno en el sitio que el Señor le ha asignado. Todos: el más pequeño es también misionero; y quien parece más grande es discípulo. Pero alguno de vosotros dirá: «Los obispos no son discípulos, los obispos lo saben todo; el Papa lo sabe todo, no es discípulo». No, incluso los obispos y el Papa deben ser discípulos, porque si no son discípulos no hacen el bien, no pueden ser misioneros, no pueden transmitir la fe. Todos nosotros somos discípulos y misioneros.

Existe un vínculo indisoluble entre la dimensión *mística* y la dimensión *misionera* de la vocación cristiana, ambas radicadas en el Bautismo. «Al recibir la fe y el bautismo, los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo que lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios y a llamar a Dios “Abba”, Padre. Todos los bautizados y bautizadas... estamos llamados a vivir y transmitir la comunión con la Trinidad, pues la evangelización es un llamado a la participación de la comunión trinitaria» (*Documento conclusivo de Aparecida*, n. 157).

Nadie se salva solo. Somos comunidad de creyentes, somos Pueblo de Dios y en esta comunidad experimentamos la belleza de compartir la experiencia de un amor que nos precede a todos, pero que al mismo tiempo nos pide ser «canales» de la gracia los unos para los otros, a pesar de nuestros límites y nuestros pecados. La dimensión comunitaria no es sólo un «marco», un «contorno», sino que es parte integrante de la vida cristiana, del testimonio y de la evangelización. La fe cristiana nace y vive en la Iglesia, y en el Bautismo las familias y las parroquias celebran la incorporación de un nuevo miembro a Cristo y a su Cuerpo que es la Iglesia (cf. *ibid.*, n. 175 b).

A propósito de la importancia del Bautismo para el Pueblo de Dios, es ejemplar la historia de la *comunidad cristiana en Japón*. Ésta sufrió una dura persecución a inicios del siglo XVII. Hubo numerosos mártires, los miembros del clero fueron expulsados y miles de fieles fueron asesinados. No quedó ningún sacerdote en Japón, todos fueron expulsados. Entonces la comunidad se retiró a la clandestinidad, conservando la fe y la oración en el ocultamiento. Y cuando nacía un niño, el papá o la mamá, lo bautizaban, porque todos los fieles pueden bautizar en circunstancias especiales. Cuando, después de casi dos siglos y medio, 250 años más tarde, los misioneros regresaron a Japón, miles de cristianos salieron a la luz y la Iglesia pudo florecer. Habían sobrevivido con la gracia de su Bautismo. Esto es grande: el Pueblo de Dios transmite la fe, bautiza a sus hijos y sigue adelante. Y conservaron, incluso en lo secreto, un fuerte espíritu comunitario, porque el Bautismo los había convertido en un solo cuerpo en Cristo: estaban aislados y ocultos, pero eran siempre miembros del Pueblo de Dios, miembros de la Iglesia. Mucho podemos aprender de esta historia.

Miércoles 22 de enero de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El sábado pasado empezó la *Semana de oración por la unidad de los cristianos*, que concluirá el sábado próximo, fiesta de la Conversión de san Pablo apóstol. Esta iniciativa espiritual, como nunca valiosa, implica a las comunidades cristianas desde hace más de cien años. Se trata de un tiempo dedicado a la oración por la unidad de todos los bautizados, según la voluntad de Cristo: «Que todos sean uno» (*Jn 17, 21*). Cada año, un grupo ecuménico de una región del mundo, bajo la guía del Consejo mundial de Iglesias y del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, sugiere el tema y prepara materiales para la *Semana de oración*. Este año, tales materiales provienen de las Iglesias y comunidades eclesiales de Canadá, y hacen referencia a la pregunta dirigida por san Pablo a los cristianos de Corinto: «¿Es que Cristo está dividido?» (*1 Cor 1, 13*).

Ciertamente Cristo no estuvo dividido. Pero debemos reconocer sinceramente y con dolor que nuestras comunidades siguen viviendo divisiones que son un escándalo. Las divisiones entre nosotros cristianos son un escándalo. No hay otra palabra: un escándalo. «Cada uno de vosotros —escribía el Apóstol— dice: “Yo soy de Pablo”, “yo soy de Apolo”, “yo soy de Cefas”, “yo soy de Cristo”» (*1, 12*). Incluso quienes profesaban a Cristo como su líder no son aplaudidos por Pablo, porque usaban el nombre de Cristo para separarse de los demás dentro de la comunidad cristiana. El nombre de Cristo crea comunión y unidad, no división. Él vino para crear comunión entre nosotros, no para dividirnos. El Bautismo y la Cruz son elementos centrales del discipulado cristiano que tenemos en común. Las divisiones, en cambio, debilitan la credibilidad y la eficacia de nuestro compromiso de evangelización y amenazan con vaciar la Cruz de su poder (cf. *1, 17*).

Pablo reprende a los corintios por sus discusiones, pero también da gracias al Señor «por la gracia de Dios que se os ha dado en Cristo Jesús, pues en Él habéis sido enriquecidos en todo: en toda palabra y en toda ciencia» (*1, 4-5*). Estas palabras de Pablo no son una simple formalidad, sino el signo de que él ve ante todo —y de esto se alegra sinceramente— los dones de Dios en la comunidad. Esta actitud del Apóstol es un aliento, para nosotros y para cada comunidad cristiana, a reconocer con alegría los dones de Dios presentes en otras comunidades. A pesar del sufrimiento de las divisiones, que lamentablemente aún perma-

necen, acogemos las palabras de Pablo como una invitación a alegrarnos sinceramente por las gracias que Dios concede a otros cristianos. Tenemos el mismo Bautismo, el mismo Espíritu Santo que nos dio la Gracia: reconozcámoslo y alegrémonos.

Es hermoso reconocer la gracia con la que Dios nos bendice y, aún más, encontrar en otros cristianos algo de lo que necesitamos, algo que podemos recibir como un don de nuestros hermanos y de nuestras hermanas. El grupo canadiense que ha preparado los materiales de esta *Semana de oración* no ha invitado a las comunidades a pensar en lo que podrían dar a sus vecinos cristianos, sino que les ha exhortado a encontrarse para comprender lo que *todas* pueden recibir a su vez de las demás. Esto requiere algo más. Requiere mucha oración, requiere humildad, requiere reflexión y continua conversión. Sigamos adelante por este camino, rezando por la unidad de los cristianos, para que este escándalo disminuya y ya no tenga lugar entre nosotros.

Miércoles 29 de enero de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En esta tercera catequesis sobre los sacramentos nos detenemos en la Confirmación, que se entiende en continuidad con el Bautismo, al cual está vinculado de modo inseparable. Estos dos sacramentos, juntamente con la Eucaristía, forman un único evento salvífico, que se llama —«iniciación cristiana»—, en el que somos introducidos en Jesucristo muerto y resucitado, y nos convertimos en nuevas creaturas y miembros de la Iglesia. He aquí por qué en los orígenes estos tres sacramentos se celebraban en un único momento, al término del camino catecumenal, normalmente en la Vigilia pascual. Así se sellaba el itinerario de formación y de inserción gradual en la comunidad cristiana que podía durar incluso algunos años. Se hacía paso a paso para llegar al Bautismo, luego a la Confirmación y a la Eucaristía.

Comúnmente [en italiano] se habla de sacramento de la «Cresima», palabra que significa «unción». Y, en efecto, a través del óleo llamado «sagrado Crisma» somos conformados, con el poder del Espíritu, a Jesucristo, quien es el único auténtico «ungido», el «Mesías», el Santo de Dios. El término «Confirmación» nos recuerda luego que este sacramento aporta un crecimiento de la gracia bautismal: nos une más firmemente a Cristo; conduce a su realización nuestro vínculo con la Iglesia; nos concede una fuerza especial del Espíritu Santo para difundir y defender la fe, para confesar el nombre de Cristo y para no avergonzarnos nunca de su cruz (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1303).

Por esto es importante estar atentos para que nuestros niños, nuestros muchachos, reciban este sacramento. Todos nosotros estamos atentos de que sean bautizados y esto es bueno, pero tal vez no estamos muy atentos a que reciban la Confirmación. De este modo quedarán a mitad de camino y no recibirán el Espíritu Santo, que es tan importante en la vida cristiana, porque nos da la fuerza para seguir adelante. Pensemos un poco, cada uno de nosotros: ¿tenemos de verdad la preocupación de que nuestros niños, nuestros chavales reciban la Confirmación? Esto es importante, es importante. Y si vosotros, en vuestra casa, tenéis niños, muchachos, que aún no la han recibido y tienen la edad para recibirla, haced todo lo posible para que lleven a término su iniciación cristiana y reciban la fuerza del Espíritu Santo. ¡Es importante!

Naturalmente es importante ofrecer a los confirmandos una buena preparación, que debe estar orientada a conducirlos hacia una adhesión personal a la fe en Cristo y a despertar en ellos el sentido de pertenencia a la Iglesia.

La Confirmación, como cada sacramento, no es obra de los hombres, sino de Dios, quien se ocupa de nuestra vida para modelarnos a imagen de su Hijo, para hacernos capaces de amar como Él. Lo hace infundiendo en nosotros su Espíritu Santo, cuya acción impregna a toda la persona y toda la vida, como se trasluce de los siete dones que la Tradición, a la luz de la Sagrada Escritura, siempre ha evidenciado. Estos siete dones: no quiero preguntaros si os recordáis de los siete dones. Tal vez todos los sabéis... Pero los digo en vuestro nombre. ¿Cuáles son estos dones? Sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Y estos dones nos han sido dados precisamente con el Espíritu Santo en el sacramento de la Confirmación. A estos dones quiero dedicar las catequisis que seguirán luego de los sacramentos.

Cuando acogemos el Espíritu Santo en nuestro corazón y lo dejamos obrar, Cristo mismo se hace presente en nosotros y toma forma en nuestra vida; a través de nosotros, será Él, Cristo mismo, quien reza, perdona, infunde esperanza y consuelo, sirve a los hermanos, se hace cercano a los necesitados y a los últimos, crea comunión, siembra paz. Pensad cuán importante es esto: por medio del Espíritu Santo, Cristo mismo viene a hacer todo esto entre nosotros y por nosotros. Por ello es importante que los niños y los muchachos reciban el sacramento de la Confirmación.

Queridos hermanos y hermanas, recordemos que hemos recibido la Confirmación. ¡Todos nosotros! Recordémoslo ante todo para dar gracias al Señor por este don, y, luego, para pedirle que nos ayude a vivir como cristianos auténticos, a caminar siempre con alegría conforme al Espíritu Santo que se nos ha dado.

Miércoles 5 de febrero de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy os hablaré de la Eucaristía. La Eucaristía se sitúa en el corazón de la «iniciación cristiana», juntamente con el Bautismo y la Confirmación, y constituye la fuente de la vida misma de la Iglesia. De este sacramento del amor, en efecto, brota todo auténtico camino de fe, de comunión y de testimonio.

Lo que vemos cuando nos reunimos para celebrar la Eucaristía, la misa, nos hace ya intuir lo que estamos por vivir. En el centro del espacio destinado a la celebración se encuentra el altar, que es una mesa, cubierta por un mantel, y esto nos hace pensar en un banquete. Sobre la mesa hay una cruz, que indica que sobre ese altar se ofrece el sacrificio de Cristo: es Él el alimento espiritual que allí se recibe, bajo los signos del pan y del vino. Junto a la mesa está el ambón, es decir, el lugar desde el que se proclama la Palabra de Dios: y esto indica que allí se reúnen para escuchar al Señor que habla mediante las Sagradas Escrituras, y, por lo tanto, el alimento que se recibe es también su Palabra.

Palabra y pan en la misa se convierten en una sola cosa, como en la Última Cena, cuando todas las palabras de Jesús, todos los signos que realizó, se condensaron en el gesto de partir el pan y ofrecer el cáliz, anticipo del sacrificio de la cruz, y en aquellas palabras: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo... Tomad, bebed, ésta es mi sangre».

El gesto de Jesús realizado en la Última Cena es la gran acción de gracias al Padre por su amor, por su misericordia. «Acción de gracias» en griego se dice «eucaristía». Y por ello el sacramento se llama Eucaristía: es la suprema acción de gracias al Padre, que nos ha amado tanto que nos dio a su Hijo por amor. He aquí por qué el término Eucaristía resume todo ese gesto, que es gesto de Dios y del hombre juntamente, gesto de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Por lo tanto, la celebración eucarística es mucho más que un simple banquete: es precisamente el memorial de la Pascua de Jesús, el misterio central de la salvación. «Memorial» no significa sólo un recuerdo, un simple recuerdo, sino que quiere decir que cada vez que celebramos este sacramento participamos en el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. La Eucaristía constituye la cumbre de la acción de salvación de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan partido por nosotros, vuelca, en efecto, sobre nosotros toda su misericordia y su amor, de

tal modo que renueva nuestro corazón, nuestra existencia y nuestro modo de relacionarnos con Él y con los hermanos. Es por ello que comúnmente, cuando nos acercamos a este sacramento, decimos «recibir la Comunión», «comulgar»: esto significa que en el poder del Espíritu Santo, la participación en la mesa eucarística nos conforma de modo único y profundo a Cristo, haciéndonos pregustar ya ahora la plena comunión con el Padre que caracterizará el banquete celestial, donde con todos los santos tendremos la alegría de contemplar a Dios cara a cara.

Queridos amigos, no agradeceremos nunca bastante al Señor por el don que nos ha hecho con la Eucaristía. Es un don tan grande y, por ello, es tan importante ir a misa el domingo. Ir a misa no sólo para rezar, sino para recibir la Comunión, este pan que es el cuerpo de Jesucristo que nos salva, nos perdona, nos une al Padre. ¡Es hermoso hacer esto! Y todos los domingos vamos a misa, porque es precisamente el día de la resurrección del Señor. Por ello el domingo es tan importante para nosotros. Y con la Eucaristía sentimos precisamente esta pertenencia a la Iglesia, al Pueblo de Dios, al Cuerpo de Dios, a Jesucristo. No acabaremos nunca de entender todo su valor y riqueza. Pidámosle, entonces, que este sacramento siga manteniendo viva su presencia en la Iglesia y que plasme nuestras comunidades en la caridad y en la comunión, según el corazón del Padre. Y esto se hace durante toda la vida, pero se comienza a hacerlo el día de la primera Comunión. Es importante que los niños se preparen bien para la primera Comunión y que cada niño la reciba, porque es el primer paso de esta pertenencia fuerte a Jesucristo, después del Bautismo y la Confirmación.

Miércoles 12 de febrero de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la última catequesis destacué cómo la Eucaristía nos introduce en la comunión real con Jesús y su misterio. Ahora podemos plantearnos algunas preguntas respecto a la relación entre la Eucaristía que celebramos y nuestra vida, como Iglesia y como cristianos. *¿Cómo vivimos la Eucaristía?* Cuando vamos a misa el domingo, ¿cómo la vivimos? ¿Es sólo un momento de fiesta, es una tradición consolidada, es una ocasión para encontrarnos o para sentirnos bien, o es algo más?

Hay indicadores muy concretos para comprender cómo vivimos todo esto, cómo vivimos la Eucaristía; indicadores que nos dicen si vivimos bien la Eucaristía o no la vivimos tan bien. El primer indicio es nuestro *modo de mirar y considerar a los demás*. En la Eucaristía Cristo vive siempre de nuevo el don de sí realizado en la Cruz. Toda su vida es un acto de total entrega de sí por amor; por ello, a Él le gustaba estar con los discípulos y con las personas que tenía ocasión de conocer. Esto significaba para Él compartir sus deseos, sus problemas, lo que agitaba su alma y su vida. Ahora, nosotros, cuando participamos en la santa misa, nos encontramos con hombres y mujeres de todo tipo: jóvenes, ancianos, niños; pobres y acomodados; originarios del lugar y extranjeros; acompañados por familiares y solos... ¿Pero la Eucaristía que celebro, me lleva a sentirles a todos, verdaderamente, como hermanos y hermanas? ¿Hace crecer en mí la capacidad de alegrarme con quien se alegra y de llorar con quien llora? ¿Me impulsa a ir hacia los pobres, los enfermos, los marginados? ¿Me ayuda a reconocer en ellos el rostro de Jesús? Todos nosotros vamos a misa porque amamos a Jesús y queremos compartir, en la Eucaristía, su pasión y su resurrección. ¿Pero amamos, como quiere Jesús, a aquellos hermanos y hermanas más necesitados? Por ejemplo, en Roma en estos días hemos visto muchos malestares sociales o por la lluvia, que causó numerosos daños en barrios enteros, o por la falta de trabajo, consecuencia de la crisis económica en todo el mundo. Me pregunto, y cada uno de nosotros se pregunte: Yo, que voy a misa, ¿cómo vivo esto? ¿Me preocupo por ayudar, acercarme, rezar por quienes tienen este problema? ¿O bien, soy un poco indiferente? ¿O tal vez me preocupo de murmurar: Has visto cómo está vestida aquella, o cómo está vestido aquél? A veces se hace esto después de la misa, y no se debe hacer. Debemos preocuparnos de nuestros hermanos y de nuestras hermanas que pasan necesidad por una enfermedad, por un problema. Hoy, nos hará bien pensar en estos hermanos y hermanas nuestros que tienen estos problemas aquí en Roma: problemas por la tragedia provocada por la lluvia y pro-

blemas sociales y del trabajo. Pidamos a Jesús, a quien recibimos en la Eucaristía, que nos ayude a ayudarles.

Un segundo indicio, muy importante, es la gracia de *sentirse perdonados y dispuestos a perdonar*. A veces alguien pregunta: «¿Por qué se debe ir a la iglesia, si quien participa habitualmente en la santa misa es pecador como los demás?». ¡Cuántas veces lo hemos escuchado! En realidad, quien celebra la Eucaristía no lo hace porque se considera o quiere aparentar ser mejor que los demás, sino precisamente porque se reconoce siempre necesitado de ser acogido y regenerado por la misericordia de Dios, hecha carne en Jesucristo. Si cada uno de nosotros no se siente necesitado de la misericordia de Dios, no se siente pecador, es mejor que no vaya a misa. Nosotros vamos a misa porque somos pecadores y queremos recibir el perdón de Dios, participar en la redención de Jesús, en su perdón. El «yo confieso» que decimos al inicio no es un «*pro forma*», es un auténtico acto de penitencia. Yo soy pecador y lo confieso, así empieza la misa. No debemos olvidar nunca que la Última Cena de Jesús tuvo lugar «en la noche en que iba a ser entregado» (1 Cor 11, 23). En ese pan y en ese vino que ofrecemos y en torno a los cuales nos reunimos se renueva cada vez el don del cuerpo y de la sangre de Cristo para la remisión de nuestros pecados. Debemos ir a misa humildemente, como pecadores, y el Señor nos reconcilia.

Un último indicio precioso nos ofrece la relación entre la celebración eucarística y *la vida de nuestras comunidades cristianas*. Es necesario tener siempre presente que la Eucaristía no es algo que hacemos nosotros; no es una conmemoración nuestra de lo que Jesús dijo e hizo. No. Es precisamente una acción de Cristo. Es Cristo quien actúa allí, que está en el altar. Es un don de Cristo, quien se hace presente y nos reúne en torno a sí, para nutrirnos con su Palabra y su vida. Esto significa que la misión y la identidad misma de la Iglesia brotan de allí, de la Eucaristía, y allí siempre toman forma. Una celebración puede resultar incluso impecable desde el punto de vista exterior, bellísima, pero si no nos conduce al encuentro con Jesucristo, corre el riesgo de no traer ningún sustento a nuestro corazón y a nuestra vida. A través de la Eucaristía, en cambio, Cristo quiere entrar en nuestra existencia e impregnarla con su gracia, de tal modo que en cada comunidad cristiana exista esta coherencia entre liturgia y vida.

El corazón se llena de confianza y esperanza pensando en las palabras de Jesús citadas en el Evangelio: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6, 54). Vivamos la Eucaristía con espíritu de fe, de oración, de perdón, de penitencia, de alegría comunitaria, de atención hacia los necesitados y hacia las necesidades de tantos hermanos y hermanas, con la certeza de que el Señor cumplirá lo que nos ha prometido: la vida eterna. Que así sea.

Miércoles 19 de febrero de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

A través de los sacramentos de iniciación cristiana, el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, el hombre recibe la vida nueva en Cristo. Ahora, todos lo sabemos, llevamos esta vida «en vasijas de barro» (2 Cor 4, 7), estamos aún sometidos a la tentación, al sufrimiento, a la muerte y, a causa del pecado, podemos incluso perder la nueva vida. Por ello el Señor Jesús quiso que la Iglesia continúe su obra de salvación también hacia los propios miembros, en especial con el sacramento de la Reconciliación y la Unción de los enfermos, que se pueden unir con el nombre de «sacramentos de curación». El sacramento de la Reconciliación es un sacramento de curación. Cuando yo voy a confesarme es para sanarme, curar mi alma, sanar el corazón y algo que hice y no funciona bien. La imagen bíblica que mejor los expresa, en su vínculo profundo, es el episodio del perdón y de la curación del parálítico, donde el Señor Jesús se revela al mismo tiempo médico de las almas y los cuerpos (cf. *Mc* 2, 1-12; *Mt* 9, 1-8; *Lc* 5, 17-26).

El sacramento de la Penitencia y de la Reconciliación brota directamente del misterio pascual. En efecto, la misma tarde de la Pascua el Señor se aparece a los discípulos, encerrados en el cenáculo, y, tras dirigirles el saludo «Paz a vosotros», sopló sobre ellos y dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (*Jn* 20, 21-23). Este pasaje nos descubre la dinámica más profunda contenida en este sacramento. Ante todo, el hecho de que el perdón de nuestros pecados no es algo que podamos darnos nosotros mismos. Yo no puedo decir: me perdono los pecados. El perdón se pide, se pide a otro, y en la Confesión pedimos el perdón a Jesús. El perdón no es fruto de nuestros esfuerzos, sino que es un regalo, es un don del Espíritu Santo, que nos llena de la purificación de misericordia y de gracia que brota incesantemente del corazón abierto de par en par de Cristo crucificado y resucitado. En segundo lugar, nos recuerda que sólo si nos dejamos reconciliar en el Señor Jesús con el Padre y con los hermanos podemos estar verdaderamente en la paz. Y esto lo hemos sentido todos en el corazón cuando vamos a confesarnos, con un peso en el alma, un poco de tristeza; y cuando recibimos el perdón de Jesús estamos en paz, con esa paz del alma tan bella que sólo Jesús puede dar, sólo Él.

A lo largo del tiempo, la celebración de este sacramento pasó de una forma pública —porque al inicio se hacía públicamente— a la forma personal, a la forma reservada de la Confesión. Sin embargo, esto no debe hacer perder la fuente ecle-

sial, que constituye el contexto vital. En efecto, es la comunidad cristiana el lugar donde se hace presente el Espíritu, quien renueva los corazones en el amor de Dios y hace de todos los hermanos una cosa sola, en Cristo Jesús. He aquí, entonces, por qué no basta pedir perdón al Señor en la propia mente y en el propio corazón, sino que es necesario confesar humilde y confiadamente los propios pecados al ministro de la Iglesia. En la celebración de este sacramento, el sacerdote no representa sólo a Dios, sino a toda la comunidad, que se reconoce en la fragilidad de cada uno de sus miembros, que escucha conmovida su arrepentimiento, que se reconcilia con Él, que le alienta y le acompaña en el camino de conversión y de maduración humana y cristiana. Uno puede decir: yo me confieso sólo con Dios. Sí, tú puedes decir a Dios «perdóname», y decir tus pecados, pero nuestros pecados son también contra los hermanos, contra la Iglesia. Por ello es necesario pedir perdón a la Iglesia, a los hermanos, en la persona del sacerdote. «Pero padre, yo me avergüenzo...». Incluso la vergüenza es buena, es salud tener un poco de vergüenza, porque avergonzarse es saludable. Cuando una persona no tiene vergüenza, en mi país decimos que es un «sinvergüenza». Pero incluso la vergüenza hace bien, porque nos hace humildes, y el sacerdote recibe con amor y con ternura esta confesión, y en nombre de Dios perdona. También desde el punto de vista humano, para desahogarse, es bueno hablar con el hermano y decir al sacerdote estas cosas, que tanto pesan a mi corazón. Y uno siente que se desahoga ante Dios, con la Iglesia, con el hermano. No tener miedo de la Confesión. Uno, cuando está en la fila para confesarse, siente todas estas cosas, incluso la vergüenza, pero después, cuando termina la Confesión sale libre, grande, hermoso, perdonado, blanco, feliz. ¡Esto es lo hermoso de la Confesión! Quisiera preguntaros —pero no lo digáis en voz alta, que cada uno responda en su corazón—: ¿cuándo fue la última vez que te confesaste? Cada uno piense en ello... ¿Son dos días, dos semanas, dos años, veinte años, cuarenta años? Cada uno haga cuentas, pero cada uno se pregunte: ¿cuándo fue la última vez que me confesé? Y si pasó mucho tiempo, no perder un día más, ve, que el sacerdote será bueno. Jesús está allí, y Jesús es más bueno que los sacerdotes, Jesús te recibe, te recibe con mucho amor. Sé valiente y ve a la Confesión.

Queridos amigos, celebrar el sacramento de la Reconciliación significa ser envueltos en un abrazo caluroso: es el abrazo de la infinita misericordia del Padre. Recordemos la hermosa, hermosa parábola del hijo que se marchó de su casa con el dinero de la herencia; gastó todo el dinero, y luego, cuando ya no tenía nada, decidió volver a casa, no como hijo, sino como siervo. Tenía tanta culpa y tanta vergüenza en su corazón. La sorpresa fue que cuando comenzó a hablar, a pedir perdón, el padre no le dejó hablar, le abrazó, le besó e hizo fiesta. Pero yo os digo: cada vez que nos confesamos, Dios nos abraza, Dios hace fiesta. Sigamos adelante por este camino. Que Dios os bendiga.

Miércoles 26 de febrero de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy quisiera hablaros del sacramento de la Unción de los enfermos, que nos permite tocar con la mano la compasión de Dios por el hombre. Antiguamente se le llamaba «Extrema unción», porque se entendía como un consuelo espiritual en la inminencia de la muerte. Hablar, en cambio, de «Unción de los enfermos» nos ayuda a ampliar la mirada a la experiencia de la enfermedad y del sufrimiento, en el horizonte de la misericordia de Dios.

Hay una imagen bíblica que expresa en toda su profundidad el misterio que trasluce en la Unción de los enfermos: es la parábola del «buen samaritano», en el Evangelio de Lucas (10, 30-35). Cada vez que celebramos ese sacramento, el Señor Jesús, en la persona del sacerdote, se hace cercano a quien sufre y está gravemente enfermo, o es anciano. Dice la parábola que el buen samaritano se hace cargo del hombre que sufre, derramando sobre sus heridas aceite y vino. El aceite nos hace pensar en el que bendice el obispo cada año, en la misa crismal del Jueves Santo, precisamente en vista de la Unción de los enfermos. El vino, en cambio, es signo del amor y de la gracia de Cristo que brotan del don de su vida por nosotros y se expresan en toda su riqueza en la vida sacramental de la Iglesia. Por último, se confía a la persona que sufre a un hotelero, a fin de que pueda seguir cuidando de ella, sin preocuparse por los gastos. Bien, ¿quién es este hotelero? Es la Iglesia, la comunidad cristiana, somos nosotros, a quienes el Señor Jesús, cada día, confía a quienes tienen aflicciones, en el cuerpo y en el espíritu, para que podamos seguir derramando sobre ellos, sin medida, toda su misericordia y la salvación.

Este mandato se recalca de manera explícita y precisa en la Carta de Santiago, donde se dice: «¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que recen por él y lo unjan con el óleo en el nombre del Señor. La oración hecha con fe salvará al enfermo y el Señor lo restablecerá; y si hubiera cometido algún pecado, le será perdonado» (5, 14-15). Se trata, por lo tanto, de una praxis ya en uso en el tiempo de los Apóstoles. Jesús, en efecto, enseñó a sus discípulos a tener su misma predilección por los enfermos y por quienes sufren y les transmitió la capacidad y la tarea de seguir dispensando en su nombre y según su corazón alivio y paz, a través de la gracia especial de ese sacramen-

to. Esto, sin embargo, no nos debe hacer caer en la búsqueda obsesiva del milagro o en la presunción de poder obtener siempre y de todos modos la curación. Sino que es la seguridad de la cercanía de Jesús al enfermo y también al anciano, porque cada anciano, cada persona de más de 65 años, puede recibir este sacramento, mediante el cual es Jesús mismo quien se acerca a nosotros.

Pero cuando hay un enfermo muchas veces se piensa: «llamemos al sacerdote para que venga». «No, después trae mala suerte, no le llamemos», o bien «luego se asusta el enfermo». ¿Por qué se piensa esto? Porque existe un poco la idea de que después del sacerdote llega el servicio fúnebre. Y esto no es verdad. El sacerdote viene para ayudar al enfermo o al anciano; por ello es tan importante la visita de los sacerdotes a los enfermos. Es necesario llamar al sacerdote junto al enfermo y decir: «vaya, le dé la unción, bendígale». Es Jesús mismo quien llega para aliviar al enfermo, para darle fuerza, para darle esperanza, para ayudarle; también para perdonarle los pecados. Y esto es hermoso. No hay que pensar que esto es un *tabú*, porque es siempre hermoso saber que en el momento del dolor y de la enfermedad no estamos solos: el sacerdote y quienes están presentes durante la Unción de los enfermos representan, en efecto, a toda la comunidad cristiana que, como un único cuerpo nos reúne alrededor de quien sufre y de los familiares, alimentando en ellos la fe y la esperanza, y sosteniéndolos con la oración y el calor fraterno. Pero el consuelo más grande deriva del hecho de que quien se hace presente en el sacramento es el Señor Jesús mismo, que nos toma de la mano, nos acaricia como hacía con los enfermos y nos recuerda que le pertenecemos y que nada —ni siquiera el mal y la muerte— podrá jamás separarnos de Él. ¿Tenemos esta costumbre de llamar al sacerdote para que venga a nuestros enfermos —no digo enfermos de gripe, de tres-cuatro días, sino cuando es una enfermedad seria— y también a nuestros ancianos, y les dé este sacramento, este consuelo, esta fuerza de Jesús para seguir adelante? ¡Hagámoslo!

Miércoles de Ceniza, 5 de marzo de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Comienza hoy, miércoles de Ceniza, el itinerario cuaresmal de cuarenta días que nos conducirá al Triduo pascual, memoria de la pasión, muerte y resurrección del Señor, corazón del misterio de nuestra salvación. La Cuaresma nos prepara para este momento tan importante, por ello es un tiempo «fuerte», un momento decisivo que puede favorecer en cada uno de nosotros el cambio, la conversión. Todos nosotros necesitamos mejorar, cambiar para mejor. La Cuaresma nos ayuda y así salimos de las costumbres cansadas y de la negligente adicción al mal que nos acecha. En el tiempo cuaresmal la Iglesia nos dirige dos importantes invitaciones: tomar más viva conciencia de la obra redentora de Cristo y vivir con mayor compromiso el propio Bautismo.

La conciencia de las maravillas que el Señor actuó para nuestra salvación dispone nuestra mente y nuestro corazón a una actitud de gratitud hacia Dios, por lo que Él nos ha donado, por todo lo que realiza en favor de su pueblo y de toda la humanidad. De aquí parte nuestra conversión: ella es la *respuesta agradecida al misterio estupendo del amor de Dios*. Cuando vemos este amor que Dios tiene por nosotros, sentimos ganas de acercarnos a Él: esto es la conversión.

Vivir en profundidad el Bautismo —he aquí la segunda invitación— significa también *no acostumbrarnos a las situaciones de degradación y de miseria* que encontramos caminando por las calles de nuestras ciudades y de nuestros países. Existe el riesgo de aceptar pasivamente ciertos comportamientos y no asombrarnos ante las tristes realidades que nos rodean. Nos acostumbramos a la violencia, como si fuese una noticia cotidiana descontada; nos acostumbramos a los hermanos y hermanas que duermen en la calle, que no tienen un techo para cobijarse. Nos acostumbramos a los refugiados en busca de libertad y dignidad, que no son acogidos como se debiera. Nos acostumbramos a vivir en una sociedad que pretende dejar de lado a Dios, donde los padres ya no enseñan a los hijos a rezar ni a santiguarse. Yo os pregunto: vuestros hijos, vuestros niños, ¿saben hacer la señal de la cruz? Pensadlo. Vuestros nietos, ¿saben hacer la señal de la cruz? ¿Se lo habéis enseñado? Pensad y responded en vuestro corazón. ¿Saben rezar el Padrenuestro? ¿Saben rezar a la Virgen con el Ave María? Pensad y respondeos. Este habituarse a comportamientos no cristianos y de comodidad nos narcotiza el corazón.

La Cuaresma llega a nosotros como tiempo providencial para cambiar de rumbo, para recuperar la capacidad de reaccionar ante la realidad del mal que siempre nos desafía. La Cuaresma es para vivirla como tiempo de conversión, de renovación personal y comunitaria mediante el acercamiento a Dios y la adhesión confiada al Evangelio. De este modo nos permite también mirar con ojos nuevos a los hermanos y sus necesidades. Por ello la Cuaresma es un momento favorable para convertirse al amor a Dios y al prójimo; un amor que sepa hacer propia la actitud de gratuidad y de misericordia del Señor, que «se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (cf. *2 Cor* 8, 9). Al meditar los misterios centrales de la fe, la pasión, la cruz y la resurrección de Cristo, nos daremos cuenta de que el don sin medida de la Redención se nos ha dado por iniciativa gratuita de Dios.

Acción de gracias a Dios por el misterio de su amor crucificado; fe auténtica, conversión y apertura del corazón a los hermanos: son elementos esenciales para vivir el tiempo de Cuaresma. En este camino, queremos invocar con especial confianza la protección y la ayuda de la Virgen María: que sea Ella, la primera creyente en Cristo, quien nos acompañe en los días de oración intensa y de penitencia, para llegar a celebrar, purificados y renovados en el espíritu, el gran misterio de la Pascua de su Hijo.

Miércoles, 19 de marzo de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, 19 de marzo, celebramos la fiesta solemne de san José, esposo de María y patrono de la Iglesia universal. Dedicamos, por lo tanto, esta catequesis a él, que se merece todo nuestro reconocimiento y nuestra devoción por el modo en que supo *custodiar* a la Virgen Santa y al Hijo Jesús. Ser *custodio* es la característica de san José: es su gran misión, ser *custodio*.

Hoy quisiera retomar el tema de la custodia según una perspectiva especial: la dimensión *educativa*. Miremos a José como el modelo del educador, que *custodia y acompaña a Jesús en su camino de crecimiento «en sabiduría, edad y gracia»*, como dice el Evangelio. Él no era el padre de Jesús: el padre de Jesús era Dios, pero él hacía de papá de Jesús, hacía de padre de Jesús para ayudarlo a crecer. ¿Cómo le ayudó a crecer? En sabiduría, edad y gracia.

Partamos de la *edad*, que es la dimensión más natural, el crecimiento físico y psicológico. José, junto con María, se ocupó de Jesús ante todo desde este punto de vista, es decir, lo «crió», preocupándose de que no le faltase lo necesario para un desarrollo sano. No olvidemos que la custodia atenta de la vida del Niño comportó también el exilio en Egipto, la dura experiencia de vivir como refugiados—José fue un refugiado, con María y Jesús— para escapar de la amenaza de Herodes. Después, una vez que volvieron a su patria y se establecieron en Nazaret, está todo el largo periodo de la vida de Jesús en su familia. En esos años José enseñó a Jesús incluso su trabajo, y Jesús aprendió a ser carpintero con su padre José. Así, José ayudó a crecer a Jesús.

Pasemos a la segunda dimensión de la educación: la «*sabiduría*». José fue para Jesús ejemplo y maestro de esta sabiduría, que se alimenta de la Palabra de Dios. Podemos pensar en cómo José educó al pequeño Jesús en la escucha de las Sagradas Escrituras, sobre todo acompañándolo el sábado a la sinagoga de Nazaret. Y José lo acompañaba para que Jesús escuchase la Palabra de Dios en la sinagoga.

Y, por último, la dimensión de la «*gracia*». Dice san Lucas refiriéndose a Jesús: «La gracia de Dios estaba con Él» (2, 40). Aquí ciertamente la parte reservada a san José es más limitada respecto a los ámbitos de la edad y de la sabidu-

ría. Pero sería un grave error pensar que un padre y una madre no pueden hacer nada para educar a los hijos en el crecimiento en la gracia de Dios. Crecer en edad, crecer en sabiduría, crecer en gracia: éste es el trabajo que hizo José con Jesús, ayudarle a crecer en estas tres dimensiones, ayudarle a crecer.

Queridos hermanos y hermanas, la misión de san José es ciertamente única e irrepetible, porque absolutamente único es Jesús. Y, sin embargo, al custodiar a Jesús, educándolo en el crecimiento en edad, sabiduría y gracia, él es modelo para todo educador, en especial para todo padre. San José es el modelo del educador y del papá, del padre. Encomiendo, por lo tanto, a su protección a todos los padres, a los sacerdotes —que son padres—, y a quienes tienen una tarea educativa en la Iglesia y en la sociedad. De modo especial, quiero saludar hoy, día del padre, a todos los padres, a todos los papás: os saludo de corazón. Veamos: ¿hay algunos padres en la plaza? ¡Levanten la mano los papás! ¡Pero cuántos papás! ¡Felicidades, felicidades en vuestro día! Pido para vosotros la gracia de estar siempre muy cerca de vuestros hijos, ayudándoles a crecer, pero cercanos, cercanos. Ellos necesitan de vosotros, de vuestra presencia, de vuestra cercanía, de vuestro amor. Sed para ellos como san José: custodios de su crecimiento en edad, sabiduría y gracia. Custodios de su camino; educadores, y caminad con ellos. Y con esta cercanía seréis auténticos educadores. Gracias por todo lo que hacéis por vuestros hijos: gracias. A vosotros, muchas felicidades y feliz fiesta del padre a todos los papás que están aquí, a todos los padres. Que san José os bendiga y os acompañe. Y algunos de nosotros hemos perdido al papá, se marchó, el Señor lo llamó; muchos de los que están en la plaza no tienen papá. Podemos rezar por todos los padres del mundo, por los papás vivos y también por los difuntos y por los nuestros, y podemos hacerlo juntos, cada uno recordando a su padre, si está vivo o si está muerto. Y recemos al gran Papá de todos nosotros, el Padre. Un «*Padrenuestro*» por nuestros padres: Padrenuestro...

¡Y muchas felicidades a los papás!

Miércoles, 26 de marzo de 2014

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos tenido ya ocasión de destacar que los tres sacramentos: Bautismo, Confirmación y Eucaristía constituyen juntos el misterio de la «iniciación cristiana», un único y gran acontecimiento de gracia que nos regenera en Cristo. Es esta la vocación fundamental que une a todos en la Iglesia, como discípulos del Señor Jesús. Hay luego dos sacramentos que corresponden a dos vocaciones específicas: se trata del Orden y del Matrimonio. Ellos constituyen dos grandes caminos a través de los cuales el cristiano puede hacer de la propia vida un don de amor, siguiendo el ejemplo y en el nombre de Cristo, y así cooperar en la edificación de la Iglesia.

El Orden, constituido por los tres grados de episcopado, presbiterado y diaconado, es el sacramento que habilita para el ejercicio del ministerio, confiado por el Señor Jesús a los Apóstoles, de apacentar su rebaño, con el poder de su Espíritu y según su corazón. Apacentar el rebaño de Jesús no con el poder de la fuerza humana o con el propio poder, sino con el poder del Espíritu y según su corazón, el corazón de Jesús que es un corazón de amor. El sacerdote, el obispo, el diácono debe apacentar el rebaño del Señor con amor. Si no lo hace con amor no sirve. Y en ese sentido, los ministros que son elegidos y consagrados para este servicio prolongan en el tiempo la presencia de Jesús, si lo hacen con el poder del Espíritu Santo en nombre de Dios y con amor.

Un primer aspecto. Aquellos que son ordenados son puestos *al frente de la comunidad*. Están «al frente» sí, pero para Jesús significa poner la propia autoridad al servicio, como Él mismo demostró y enseñó a los discípulos con estas palabras: «Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros; el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (*Mt 20, 25-28 / Mc 10, 42-45*). Un obispo que no está al servicio de la comunidad no hace bien; un sacerdote, un presbítero que no está al servicio de su comunidad no hace bien, se equivoca.

Otra característica que deriva siempre de esta unión sacramental con Cristo es *el amor apasionado por la Iglesia*. Pensemos en ese pasaje de la Carta a los

Efesios donde san Pablo dice que Cristo «amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada» (5, 25-27). En virtud del Orden el ministro se entrega por entero a la propia comunidad y la ama con todo el corazón: es su familia. El obispo, el sacerdote aman a la Iglesia en la propia comunidad, la aman fuertemente. ¿Cómo? Como Cristo ama a la Iglesia. Lo mismo dirá san Pablo del matrimonio: el esposo ama a su esposa como Cristo ama a la Iglesia. Es un misterio grande de amor: el ministerio sacerdotal y el del matrimonio, dos sacramentos que son el camino por el cual las personas van habitualmente al Señor.

Un último aspecto. El apóstol Pablo recomienda al discípulo Timoteo que no descuide, es más, que *reavive siempre el don que está en él*. El don que le fue dado por la imposición de las manos (cf. *1 Tm* 4, 14; *2 Tm* 1, 6). Cuando no se alimenta el ministerio, el ministerio del obispo, el ministerio del sacerdote, con la oración, con la escucha de la Palabra de Dios y con la celebración cotidiana de la Eucaristía, y también con una frecuentación al Sacramento de la Penitencia, se termina inevitablemente por perder de vista el sentido auténtico del propio servicio y la alegría que deriva de una profunda comunión con Jesús.

El obispo que no reza, el obispo que no escucha la Palabra de Dios, que no celebra todos los días, que no se confiesa regularmente, y el sacerdote mismo que no hace estas cosas, a la larga pierde la unión con Jesús y se convierte en una mediocridad que no hace bien a la Iglesia. Por ello debemos ayudar a los obispos y a los sacerdotes a rezar, a escuchar la Palabra de Dios, que es el alimento cotidiano, a celebrar cada día la Eucaristía y a confesarse habitualmente. Esto es muy importante porque concierne precisamente a la santificación de los obispos y los sacerdotes.

Quisiera terminar con algo que me viene a la mente: pero, ¿cómo se debe hacer para llegar a ser sacerdote? ¿Dónde se venden las entradas al sacerdocio? No. No se venden. Es una iniciativa que toma el Señor. El Señor llama. Llama a cada uno de los que Él quiere que lleguen a ser sacerdotes. Tal vez aquí hay algunos jóvenes que han sentido en su corazón esta llamada, el deseo de llegar a ser sacerdotes, las ganas de servir a los demás en las cosas que vienen de Dios, las ganas de estar toda la vida al servicio para catequizar, bautizar, perdonar, celebrar la Eucaristía, atender a los enfermos... y toda la vida así. Si alguno de vosotros ha sentido esto en el corazón es Jesús quien lo ha puesto allí. Cuidad esta invitación y rezad para que crezca y dé fruto en toda la Iglesia.

Miércoles, 2 de abril de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy concluimos el ciclo de catequesis sobre los sacramentos hablando del matrimonio. Este sacramento nos conduce al corazón del designio de Dios, que es un designio de alianza con su pueblo, con todos nosotros, un designio de comunión. Al inicio del libro del Génesis, el primer libro de la Biblia, como coronación del relato de la creación se dice: «Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó... Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne» (*Gn* 1, 27; 2, 24). La imagen de Dios es la pareja matrimonial: el hombre y la mujer; no sólo el hombre, no sólo la mujer, sino los dos. Esta es la imagen de Dios: el amor, la alianza de Dios con nosotros está representada en esa alianza entre el hombre y la mujer. Y esto es hermoso. Somos creados para amar, como reflejo de Dios y de su amor. Y en la unión conyugal el hombre y la mujer realizan esta vocación en el signo de la reciprocidad y de la comunión de vida plena y definitiva.

Cuando un hombre y una mujer celebran el sacramento del matrimonio, Dios, por decirlo así, se «refleja» en ellos, imprime en ellos los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor. El matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros. También Dios, en efecto, es comunión: las tres Personas del Padre, Hijo y Espíritu Santo viven desde siempre y para siempre en unidad perfecta. Y es precisamente este el misterio del matrimonio: Dios hace de los dos esposos una sola existencia. La Biblia usa una expresión fuerte y dice «una sola carne», tan íntima es la unión entre el hombre y la mujer en el matrimonio. Y es precisamente este el misterio del matrimonio: el amor de Dios que se refleja en la pareja que decide vivir juntos. Por esto el hombre deja su casa, la casa de sus padres y va a vivir con su mujer y se une tan fuertemente a ella que los dos se convierten —dice la Biblia— en una sola carne.

San Pablo, en la Carta a los Efesios, pone de relieve que en los esposos cristianos se refleja un misterio grande: la relación instaurada por Cristo con la Iglesia, una relación nupcial (cf. *Ef* 5, 21-33). La Iglesia es la esposa de Cristo. Esta es la relación. Esto significa que el matrimonio responde a una vocación específica y debe considerarse como una consagración (cf. *Gaudium et spes*, 48; *Familiaris consortio*, 56). Es una consagración: el hombre y la mujer son consa-

grados en su amor. Los esposos, en efecto, en virtud del sacramento, son investidos de una auténtica misión, para que puedan hacer visible, a partir de las cosas sencillas, ordinarias, el amor con el que Cristo ama a su Iglesia, que sigue entregando la vida por ella, en la fidelidad y en el servicio.

Es verdaderamente un designio estupendo lo que es connatural en el sacramento del matrimonio. Y se realiza en la sencillez y también en la fragilidad de la condición humana. Sabemos bien cuántas dificultades y pruebas tiene la vida de dos esposos... Lo importante es mantener viva la relación con Dios, que es el fundamento del vínculo conyugal. Y la relación auténtica es siempre con el Señor. Cuando la familia reza, el vínculo se mantiene. Cuando el esposo reza por la esposa y la esposa reza por el esposo, ese vínculo llega a ser fuerte; uno reza por el otro. Es verdad que en la vida matrimonial hay muchas dificultades, muchas; que el trabajo, que el dinero no es suficiente, que los niños tienen problemas. Muchas dificultades. Y muchas veces el marido y la mujer llegan a estar un poco nerviosos y riñen entre ellos. Pelean, es así, siempre se pelea en el matrimonio, algunas veces vuelan los platos. Pero no debemos ponernos tristes por esto, la condición humana es así. Y el secreto es que el amor es más fuerte que el momento en que se riñe, por ello aconsejo siempre a los esposos: no terminar la jornada en la que habéis peleado sin hacer las paces. ¡Siempre! Y para hacer las paces no es necesario llamar a las Naciones Unidas a que vengan a casa a hacer las paces. Es suficiente un pequeño gesto, una caricia, y adiós. Y ¡hasta mañana! Y mañana se comienza otra vez. Esta es la vida, llevarla adelante así, llevarla adelante con el valor de querer vivirla juntos. Y esto es grande, es hermoso. La vida matrimonial es algo hermoso y debemos custodiarla siempre, custodiar a los hijos. Otras veces he dicho en esta plaza una cosa que ayuda mucho en la vida matrimonial. Son tres palabras que se deben decir siempre, tres palabras que deben estar en la casa: permiso, gracias y perdón. Las tres palabras mágicas. *Permiso*: para no ser entrometido en la vida del cónyuge. Permiso, ¿qué te parece? Permiso, ¿puedo? *Gracias*: dar las gracias al cónyuge; gracias por lo que has hecho por mí, gracias por esto. Esa belleza de dar las gracias. Y como todos nosotros nos equivocamos, esa otra palabra que es un poco difícil de pronunciar, pero que es necesario decir: *Perdona*. Permiso, gracias y perdón. Con estas tres palabras, con la oración del esposo por la esposa y viceversa, con hacer las paces siempre antes de que termine la jornada, el matrimonio irá adelante. Las tres palabras mágicas, la oración y hacer las paces siempre. Que el Señor os bendiga y rezad por mí.

HOMILÍAS

SANTA MISA EN LA SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

XLVII JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

Miércoles 1 de enero de 2014

La primera lectura que hemos escuchado nos propone una vez más las antiguas palabras de bendición que Dios sugirió a Moisés para que las enseñara a Aarón y a sus hijos: «Que el Señor te bendiga y te proteja. Que el Señor haga brillar su rostro sobre ti y te muestre su gracia. Que el Señor te descubra su rostro y te conceda la paz» (Nm 6,24-25). Es muy significativo escuchar de nuevo esta bendición precisamente al comienzo del nuevo año: ella acompañará nuestro camino durante el tiempo que ahora nos espera. Son palabras de fuerza, de valor, de esperanza. No de una esperanza ilusoria, basada en frágiles promesas humanas; ni tampoco de una esperanza ingenua, que imagina un futuro mejor sólo porque es futuro. Esta esperanza tiene su razón de ser precisamente en la bendición de Dios, una bendición que contiene el mejor de los deseos, el deseo de la Iglesia para todos nosotros, impregnado de la protección amorosa del Señor, de su ayuda providente.

El deseo contenido en esta bendición se ha realizado plenamente en una mujer, María, por haber sido destinada a ser la Madre de Dios, y se ha cumplido en ella antes que en ninguna otra criatura.

Madre de Dios. Este es el título principal y esencial de la Virgen María. Es una cualidad, un cometido, que la fe del pueblo cristiano siempre ha experimentado, en su tierna y genuina devoción por nuestra madre celestial.

Recordemos aquel gran momento de la historia de la Iglesia antigua, el Concilio de Éfeso, en el que fue definida con autoridad la divina maternidad de la Virgen. La verdad sobre la divina maternidad de María encontró eco en Roma, donde poco después se construyó la Basílica de Santa María «la Mayor», primer santuario mariano de Roma y de todo occidente, y en el cual se venera la imagen de la Madre de Dios —la *Theotokos*— con el título de *Salus populi romani*. Se dice que, durante el Concilio, los habitantes de Éfeso se congregaban a ambos lados de la puerta de la basílica donde se reunían los Obispos, gritando: «¡Madre de Dios!».

Los fieles, al pedir que se definiera oficialmente este título mariano, demostraban reconocer ya la divina maternidad. Es la actitud espontánea y sincera de los hijos, que conocen bien a su madre, porque la aman con inmensa ternura. Pero es algo más: es el *sensus fidei* del santo pueblo fiel de Dios, que nunca, en su unidad, nunca se equivoca.

María está desde siempre presente en el corazón, en la devoción y, sobre todo, en el camino de fe del pueblo cristiano. «La Iglesia... camina en el tiempo... Pero en este camino —deseo destacarlo enseguida— procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María» (Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris Mater*, 2). Nuestro itinerario de fe es igual al de María, y por eso la sentimos particularmente cercana a nosotros. Por lo que respecta a la fe, que es el quicio de la vida cristiana, la Madre de Dios ha compartido nuestra condición, ha debido caminar por los mismos caminos que recorreremos nosotros, a veces difíciles y oscuros, ha debido avanzar en «la peregrinación de la fe» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Lumen gentium*, 58).

Nuestro camino de fe está unido de manera indisoluble a María desde el momento en que Jesús, muriendo en la cruz, nos la ha dado como Madre diciendo: «He ahí a tu madre» (*Jn* 19,27). Estas palabras tienen un valor de testamento y dan al mundo una Madre. Desde ese momento, la Madre de Dios se ha convertido también en nuestra Madre. En aquella hora en la que la fe de los discípulos se agrietaba por tantas dificultades e incertidumbres, Jesús les confió a aquella que fue la primera en creer, y cuya fe no decaería jamás. Y la «mujer» se convierte en nuestra Madre en el momento en el que pierde al Hijo divino. Y su corazón herido se ensancha para acoger a todos los hombres, buenos y malos, a todos, y los ama como los amaba Jesús. La mujer que en las bodas de Caná de Galilea había cooperado con su fe a la manifestación de las maravillas de Dios en el mundo, en el Calvario mantiene encendida la llama de la fe en la resurrección de su Hijo, y la comunica con afecto materno a los demás. María se convierte así en fuente de esperanza y de verdadera alegría.

La Madre del Redentor nos precede y continuamente nos confirma en la fe, en la vocación y en la misión. Con su ejemplo de humildad y de disponibilidad a la voluntad de Dios nos ayuda a traducir nuestra fe en un anuncio del Evangelio alegre y sin fronteras. De este modo nuestra misión será fecunda, porque está modelada sobre la maternidad de María. A ella confiamos nuestro itinerario de fe, los deseos de nuestro corazón, nuestras necesidades, las del mundo entero, especialmente el hambre y la sed de justicia y de paz y de Dios; y la invocamos todos juntos ; y os invito a invocarla tres veces, imitando a aquellos hermanos de Éfeso, diciéndole: ¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios! Amén.

SANTA MISA EN LA SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Lunes 6 de enero de 2014

«*Lumen requirunt lumine*». Esta sugerente expresión de un himno litúrgico de la Epifanía se refiere a la experiencia de los Magos: siguiendo *una* luz, buscan *la* Luz. La estrella que aparece en el cielo enciende en su mente y en su corazón una luz que los lleva a buscar la gran Luz de Cristo. Los Magos siguen fielmente aquella luz que los ilumina interiormente y encuentran al Señor.

En este recorrido que hacen los Magos de Oriente está simbolizado el destino de todo hombre: nuestra vida es un camino, iluminados por luces que nos permiten entrever el sendero, hasta encontrar la plenitud de la verdad y del amor, que nosotros cristianos reconocemos en Jesús, Luz del mundo. Y todo hombre, como los Magos, tiene a disposición dos grandes “libros” de los que sacar los signos para orientarse en su peregrinación: el libro de la creación y el libro de las Sagradas Escrituras. Lo importante es estar atentos, vigilantes, escuchar a Dios que nos habla, siempre nos habla. Como dice el Salmo, refiriéndose a la Ley del Señor: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, / luz en mi sendero» (Sal 119,105). Sobre todo, escuchar el Evangelio, leerlo, meditarlo y convertirlo en alimento espiritual nos permite encontrar a Jesús vivo, hacer experiencia de Él y de su amor.

En la primera Lectura resuena, por boca del profeta Isaías, el llamado de Dios a Jerusalén: «¡Levántate, brilla!» (60,1). Jerusalén está llamada a ser la ciudad de la luz, que refleja en el mundo la luz de Dios y ayuda a los hombres a seguir sus caminos. Ésta es la vocación y la misión del Pueblo de Dios en el mundo. Pero Jerusalén puede desatender esta llamada del Señor. Nos dice el Evangelio que los Magos, cuando llegaron a Jerusalén, de momento perdieron de vista la estrella. No la veían. En especial, su luz falta en el palacio del rey Herodes: aquella mansión es tenebrosa, en ella reinan la oscuridad, la desconfianza, el miedo, la envidia. De hecho, Herodes se muestra receloso e inquieto por el nacimiento de un frágil Niño, al que ve como un rival. En realidad, Jesús no ha veni-

do a derrocarlo a él, ridículo fanteche, sino al Príncipe de este mundo. Sin embargo, el rey y sus consejeros sienten que el entramado de su poder se resquebraja, temen que cambien las reglas de juego, que las apariencias queden desenmascaradas. Todo un mundo edificado sobre el poder, el prestigio, el tener, la corrupción, entra en crisis por un Niño. Y Herodes llega incluso a matar a los niños: «Tú matas el cuerpo de los niños, porque el temor te ha matado a ti el corazón» - escribe san Quodvultdeus (*Sermón 2 sobre el Símbolo: PL 40, 655*). Es así: tenía temor, y por este temor pierde el juicio.

Los Magos consiguieron superar aquel momento crítico de oscuridad en el palacio de Herodes, porque creyeron en las Escrituras, en la palabra de los profetas que señalaba Belén como el lugar donde había de nacer el Mesías. Así escaparon al letargo de la noche del mundo, reemprendieron su camino y de pronto vieron nuevamente la estrella, y el Evangelio dice que se llenaron de «inmensa alegría» (*Mt 2,10*). Esa estrella que no se veía en la oscuridad de la mundanidad de aquel palacio.

Un aspecto de la luz que nos guía en el camino de la fe es también la santa «astucia». Es también una virtud, la santa «astucia». Se trata de esa sagacidad espiritual que nos permite reconocer los peligros y evitarlos. Los Magos supieron usar esta luz de «astucia» cuando, de regreso a su tierra, decidieron no pasar por el palacio tenebroso de Herodes, sino marchar por otro camino. Estos sabios venidos de Oriente nos enseñan a no caer en las asechanzas de las tinieblas y a defendernos de la oscuridad que pretende cubrir nuestra vida. Ellos, con esta santa «astucia», han protegido la fe. Y también nosotros debemos proteger la fe. Protegerla de esa oscuridad. Esa oscuridad que a menudo se disfraza incluso de luz. Porque el demonio, dice san Pablo, muchas veces se viste de ángel de luz. Y entonces es necesaria la santa «astucia», para proteger la fe, protegerla de los cantos de las sirenas, que te dicen: «Mira, hoy debemos hacer esto, aquello...» Pero la fe es una gracia, es un don. Y a nosotros nos corresponde protegerla con la santa «astucia», con la oración, con el amor, con la caridad. Es necesario acoger en nuestro corazón la luz de Dios y, al mismo tiempo, practicar aquella astucia espiritual que sabe armonizar la sencillez con la sagacidad, como Jesús pide a sus discípulos: «Sean sagaces como serpientes y simples como palomas» (*Mt 10,16*).

En esta fiesta de la Epifanía, que nos recuerda la manifestación de Jesús a la humanidad en el rostro de un Niño, sintamos cerca a los Magos, como sabios compañeros de camino. Su ejemplo nos anima a levantar los ojos a la estrella y a seguir los grandes deseos de nuestro corazón. Nos enseñan a no contentarnos con

una vida mediocre, de “poco calado”, sino a dejarnos fascinar siempre por la bondad, la verdad, la belleza... por Dios, que es todo eso en modo siempre mayor. Y nos enseñan a no dejarnos engañar por las apariencias, por aquello que para el mundo es grande, sabio, poderoso. No nos podemos quedar ahí. Es necesario proteger la fe. Es muy importante en este tiempo: proteger la fe. Tenemos que ir más allá, más allá de la oscuridad, más allá de la atracción de las sirenas, más allá de la mundanidad, más allá de tantas modernidades que existen hoy, ir hacia Belén, allí donde en la sencillez de una casa de la periferia, entre una mamá y un papá llenos de amor y de fe, resplandece el Sol que nace de lo alto, el Rey del universo. A ejemplo de los Magos, con nuestras pequeñas luces busquemos la Luz y protejamos la fe. Así sea.

CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS EN LA SOLEMNIDAD DE LA CONVERSIÓN DEL APÓSTOL SAN PABLO

Sábado 25 de enero de 2014

«¿Está dividido Cristo?» (1 Co 1,13). La enérgica llamada de atención de san Pablo al comienzo de su Primera carta a los Corintios, que resuena en la liturgia de esta tarde, ha sido elegida por un grupo de hermanos cristianos de Canadá como guión para nuestra meditación durante la Semana de Oración de este año.

El Apóstol ha recibido con gran tristeza la noticia de que los cristianos de Corinto están divididos en varias facciones. Hay quien afirma: «Yo soy de Pablo»; otros, sin embargo, declaran: «Yo soy de Apolo»; y otros añaden: «Yo soy de Cefas». Finalmente, están también los que proclaman: «Yo soy de Cristo» (cf. v. 12). Pero ni siquiera los que se remiten a Cristo merecen el elogio de Pablo, pues usan el nombre del único Salvador para distanciarse de otros hermanos en la comunidad. En otras palabras, la experiencia particular de cada uno, la referencia a algunas personas importantes de la comunidad, se convierten en el criterio para juzgar la fe de los otros.

En esta situación de división, Pablo exhorta a los cristianos de Corinto, «en nombre de nuestro Señor Jesucristo», a ser unánimes en el hablar, para que no haya divisiones entre ellos, sino que estén perfectamente unidos en un mismo pensar y un mismo sentir (cf. v. 10). Pero la comunión que el Apóstol reclama no puede ser fruto de estrategias humanas. En efecto, la perfecta unión entre los hermanos sólo es posible cuando se remiten al pensar y al sentir de Cristo (cf. *Flp* 2,5). Esta tarde, mientras estamos aquí reunidos en oración, nos damos cuenta de que Cristo, que no puede estar dividido, quiere atraernos hacia sí, hacia los sentimientos de su corazón, hacia su abandono total y confiado en las manos del Padre, hacia su despojo radical por amor a la humanidad. Sólo él puede ser el principio, la causa, el motor de nuestra unidad.

Cuando estamos en su presencia, nos hacemos aún más conscientes de que no podemos considerar las divisiones en la Iglesia como un fenómeno en cierto

modo natural, inevitable en cualquier forma de vida asociativa. Nuestras divisiones hieren su cuerpo, dañan el testimonio que estamos llamados a dar en el mundo. El Decreto sobre el ecumenismo del Vaticano II, refiriéndose al texto de san Pablo que hemos meditado, afirma de manera significativa: «Con ser una y única la Iglesia fundada por Cristo Señor, son muchas, sin embargo, las Comuniones cristianas que se presentan a los hombres como la verdadera herencia de Jesucristo; ciertamente, todos se confiesan discípulos del Señor, pero sienten de modo distinto y marchan por caminos diferentes, como si Cristo mismo estuviera dividido». Y, por tanto, añade: «Esta división contradice clara y abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y perjudica a la causa santísima de predicar el Evangelio a toda criatura» (*Unitatis redintegratio*, 1). Las divisiones nos han hecho daño a todos. Ninguno de nosotros desea ser causa de escándalo. Por eso, todos caminamos juntos, fraternalmente, por el camino de la unidad, construyendo la unidad al caminar, esa unidad que viene del Espíritu Santo y que se caracteriza por una singularidad especial, que sólo el Espíritu santo puede lograr: la diversidad reconciliada. El Señor nos espera a todos, nos acompaña a todos, está con todos nosotros en este camino de la unidad.

Queridos amigos, Cristo no puede estar dividido. Esta certeza debe animarnos y sostenernos para continuar con humildad y confianza en el camino hacia el restablecimiento de la plena unidad visible de todos los creyentes en Cristo. Me es grato recordar en este momento la obra del beato Juan XXIII y del beato Juan Pablo II. Tanto uno como otro fueron madurando durante su vida la conciencia de la urgencia de la causa de la unidad y, una vez elegidos Obispos de Roma, han guiado con determinación a la grey católica por el camino ecuménico. El papa Juan, abriendo nuevas vías, antes casi impensables. El papa Juan Pablo, proponiendo el diálogo ecuménico como dimensión ordinaria e imprescindible de la vida de cada Iglesia particular. Junto a ellos, menciono también al papa Pablo VI, otro gran protagonista del diálogo, del que recordamos precisamente en estos días el quincuagésimo aniversario del histórico abrazo en Jerusalén con el Patriarca de Constantinopla, Atenágoras.

La obra de estos Pontífices ha conseguido que el aspecto del diálogo ecuménico se haya convertido en una dimensión esencial del ministerio del Obispo de Roma, hasta el punto de que hoy no se entendería plenamente el servicio petriño sin incluir en él esta apertura al diálogo con todos los creyentes en Cristo. También podemos decir que el camino ecuménico ha permitido profundizar la comprensión del ministerio del Sucesor de Pedro, y debemos confiar en que seguirá actuando en este sentido en el futuro. Mientras consideramos con gratitud los avances que el Señor nos ha permitido hacer, y sin ocultar las dificultades

por las que hoy atraviesa el diálogo ecuménico, pidamos que todos seamos impregnados de los sentimientos de Cristo, para poder caminar hacia la unidad que él quiere. Y caminar juntos es ya construir la unidad.

En este ambiente de oración por el don de la unidad, quisiera saludar cordial y fraternalmente a Su Eminencia el Metropolitano Gennadios, representante del Patriarcado Ecuménico, a Su Gracia David Moxon, representante del arzobispo de Canterbury en Roma, y a todos los representantes de las diversas Iglesias y Comunidades Eclesiales que esta tarde han venido aquí. Con estos dos hermanos, en representación de todos, hemos rezado ante el Sepulcro de Pablo y hemos dicho entre nosotros: “Pidamos para que él nos ayude en este camino, en este camino de la unidad, del amor, haciendo camino de unidad”. La unidad no vendrá como un milagro al final: la unidad viene en el camino, la construye el Espíritu Santo en el camino. Si no caminamos juntos, si no rezamos los unos por los otros, si no colaboramos en tantas cosas como podemos hacer en este mundo por el Pueblo de Dios, la unidad no se dará. Se construye en este camino, a cada paso, y no la hacemos nosotros: la hace el Espíritu Santo, que ve nuestra buena voluntad.

Queridos hermanos y hermanas, oremos al Señor Jesús, que nos ha hecho miembros vivos de su Cuerpo, para que nos mantenga profundamente unidos a él, nos ayude a superar nuestros conflictos, nuestras divisiones, nuestros egoísmos; y recordemos que la unidad es siempre superior al conflicto. Y nos ayude a estar unidos unos a otros por una sola fuerza, la del amor, que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones (cf. *Rm 5,5*). Amén.

FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR XVIII JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA

Domingo 2 de febrero de 2014

La fiesta de la Presentación de Jesús en el templo es llamada también fiesta del *encuentro*: en la liturgia, se dice al inicio que Jesús va al encuentro de su pueblo, es el encuentro *entre Jesús y su pueblo*; cuando María y José llevaron a su niño al Templo de Jerusalén, tuvo lugar el primer encuentro entre Jesús y su pueblo, representado por los dos ancianos Simeón y Ana.

Ese fue un encuentro en el seno de la historia del pueblo, un encuentro *entre los jóvenes y los ancianos*: los jóvenes eran María y José, con su recién nacido; y los ancianos eran Simeón y Ana, dos personajes que frecuentaban siempre el Templo.

Observemos lo que el evangelista Lucas nos dice de ellos, cómo les describe. De la Virgen y san José repite cuatro veces que *querían cumplir lo que estaba prescrito por la Ley del Señor* (cf. *Lc 2, 22.23.24.27*). Se entiende, casi se percibe, que los padres de Jesús tienen la alegría de observar los preceptos de Dios, sí, la alegría de caminar en la Ley del Señor. Son dos recién casados, apenas han tenido a su niño, y están totalmente animados por el deseo de realizar lo que está prescrito. Esto no es un hecho exterior, no es para sentirse bien, ¡no! Es un deseo fuerte, profundo, lleno de alegría. Es lo que dice el Salmo: «Mi alegría es el camino de tus preceptos... Tu ley será mi delicia (119, 14.77).

¿Y qué dice san Lucas de los ancianos? Destaca más de una vez que *eran conducidos por el Espíritu Santo*. De Simeón afirma que era un hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel, y que «el Espíritu Santo estaba con él» (2, 25); dice que «el Espíritu Santo le había revelado» que antes de morir vería al Cristo, al Mesías (v. 26); y por último que fue al Templo «impulsado por el Espíritu» (v. 27). De Ana dice luego que era una «profetisa» (v. 36), es decir, inspirada por Dios; y que estaba siempre en el Templo «sirviendo a Dios con ayunos y oraciones» (v. 37). En definitiva, estos dos ancianos están llenos de vida.

Están llenos de vida porque están animados por el Espíritu Santo, dóciles a su acción, sensibles a sus peticiones...

He aquí el encuentro entre la Sagrada Familia y estos dos representantes del pueblo santo de Dios. En el centro está Jesús. Es Él quien mueve a todos, quien atrae a unos y a otros al Templo, que es la casa de su Padre.

Es un encuentro entre los jóvenes llenos de alegría al cumplir la Ley del Señor y los ancianos llenos de alegría por la acción del Espíritu Santo. Es un singular encuentro entre observancia y profecía, donde los jóvenes son los observantes y los ancianos son los proféticos. En realidad, si reflexionamos bien, la observancia de la Ley está animada por el Espíritu mismo, y la profecía se mueve por la senda trazada por la Ley. ¿Quién está más lleno del Espíritu Santo que María? ¿Quién es más dócil que ella a su acción?

A la luz de esta escena evangélica miremos a la vida consagrada como un encuentro con Cristo: es Él quien viene a nosotros, traído por María y José, y somos nosotros quienes vamos hacia Él, conducidos por el Espíritu Santo. Pero en el centro está Él. Él lo mueve todo, Él nos atrae al Templo, a la Iglesia, donde podemos encontrarle, reconocerle, acogerle y abrazarle.

Jesús viene a nuestro encuentro en la Iglesia a través del carisma fundacional de un Instituto: ¡es hermoso pensar así nuestra vocación! Nuestro encuentro con Cristo tomó su forma en la Iglesia mediante el carisma de un testigo suyo, de una testigo suya. Esto siempre nos asombra y nos lleva a dar gracias.

Y también en la vida consagrada se vive el encuentro entre los jóvenes y los ancianos, entre observancia y profecía. No lo veamos como dos realidades contrarias. Dejemos más bien que el Espíritu Santo anime a ambas, y el signo de ello es la alegría: la alegría de observar, de caminar en la regla de vida; y la alegría de ser conducidos por el Espíritu, nunca rígidos, nunca cerrados, siempre abiertos a la voz de Dios que habla, que abre, que conduce, que nos invita a ir hacia el horizonte.

Hace bien a los ancianos comunicar la sabiduría a los jóvenes; y hace bien a los jóvenes recoger este patrimonio de experiencia y de sabiduría, y llevarlo adelante, no para custodiarlo en un museo, sino para llevarlo adelante afrontando los desafíos que la vida nos presenta, llevarlo adelante por el bien de las respectivas familias religiosas y de toda la Iglesia.

Que la gracia de este misterio, el misterio del encuentro, nos ilumine y nos consuele en nuestro camino. Amén.

CELEBRACIÓN DE LA PENITENCIA

RITO PARA LA RECONCILIACIÓN CON LA CONFESIÓN Y LA ABSOLUCIÓN INDIVIDUAL

Viernes 28 de marzo de 2014

En el período de la Cuaresma, la Iglesia, en nombre de Dios, renueva la llamada a la conversión. Es la llamada a cambiar de vida. Convertirse no es cuestión de un momento o de un período del año, es un compromiso que dura toda la vida. ¿Quién entre nosotros puede presumir de no ser pecador? Nadie. Todos lo somos. Escribe el apóstol Juan: «Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, Él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia» (1 Jn 1, 8-9). Es lo que sucede también en esta celebración y en toda esta jornada penitencial. La Palabra de Dios que hemos escuchado nos introduce en dos elementos esenciales de la vida cristiana.

El primero: *Revestirnos del hombre nuevo*. El hombre nuevo, «creado a imagen de Dios» (Ef 4, 24), nace en el Bautismo, donde se recibe la vida misma de Dios, que nos hace sus hijos y nos incorpora a Cristo y a su Iglesia. Esta vida nueva permite mirar la realidad con ojos distintos, sin dejarse distraer por las cosas que no cuentan y que no pueden durar mucho, por las cosas que se acaban con el tiempo. Por eso estamos llamados a abandonar los comportamientos del pecado y fijar la mirada en lo esencial. «El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene» (*Gaudium et spes*, 35). He aquí la diferencia entre la vida deformada por el pecado y la vida iluminada de la gracia. Del corazón del hombre renovado según Dios proceden los comportamientos buenos: hablar siempre con verdad y evitar toda mentira; no robar, sino más bien compartir lo que se posee con los demás, especialmente con quien pasa necesidad; no ceder a la ira, al rencor y a la venganza, sino ser dóciles, magnánimos y dispuestos al perdón; no caer en la murmuración que arruina la buena fama de las personas, sino mirar en mayor medida el lado positivo de cada uno. Se trata de revestirnos del hombre nuevo, con estas actitudes nuevas.

El segundo elemento: *Permanecer en el amor*. El amor de Jesucristo dura para siempre, jamás tendrá fin porque es la vida misma de Dios. Este amor vence el pecado y dona la fuerza de volver a levantarse y recomenzar, porque con el perdón el corazón se renueva y rejuvenece. Todos lo sabemos: nuestro Padre no se cansa jamás de amar y sus ojos no se cansan de mirar el camino que conduce a casa, para ver si regresa el hijo que se marchó y se perdió. Podemos hablar de la esperanza de Dios: nuestro Padre nos espera siempre, no nos deja sólo la puerta abierta, sino que nos espera. Él está implicado en este esperar a los hijos. Y este Padre no se cansa ni siquiera de amar al otro hijo que, incluso permaneciendo siempre en casa con él, no es partícipe, sin embargo, de su misericordia, de su compasión. Dios no está solamente en el origen del amor, sino que en Jesucristo nos llama a imitar su modo mismo de amar: «Como yo os he amado, amaos también unos a otros» (Jn 13, 34). En la medida en que los cristianos viven este amor, se convierten en el mundo en discípulos creíbles de Cristo. El amor no puede soportar el hecho de permanecer encerrado en sí mismo. Por su misma naturaleza es abierto, se difunde y es fecundo, genera siempre nuevo amor.

Queridos hermanos y hermanas, después de esta celebración, muchos de vosotros serán misioneros que propondrán a otros la experiencia de la reconciliación con Dios. «24 horas para el Señor» es la iniciativa a la que se han sumado muchas diócesis en todas las partes del mundo. A quienes encontraréis, podréis comunicar la alegría de recibir el perdón del Padre y de reencontrar la amistad plena con Él. Y les diréis que nuestro Padre nos espera, nuestro Padre nos perdona, es más, hace fiesta. Si tú vas a Él con toda tu vida, incluso con muchos pecados, en lugar de recriminarte hace fiesta: este es nuestro Padre. Esto debéis decirlo vosotros, decirlo a mucha gente, hoy. Quien experimenta la misericordia divina, se siente impulsado a ser artífice de misericordia entre los últimos y los pobres. En estos «hermanos más pequeños» Jesús nos espera (cf. Mt 25, 40); recibamos misericordia y demos misericordia. Vayamos a su encuentro y celebremos la Pascua en la alegría de Dios.

MENSAJES

XLVII JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

LA FRATERNIDAD, FUNDAMENTO Y CAMINO PARA LA PAZ

1 de enero de 2014

1. En este mi primer Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, quisiera desear a todos, a las personas y a los pueblos, una vida llena de alegría y de esperanza. El corazón de todo hombre y de toda mujer alberga en su interior el deseo de una vida plena, de la que forma parte un anhelo indeleble de fraternidad, que nos invita a la comunión con los otros, en los que encontramos no enemigos o contrincantes, sino hermanos a los que acoger y querer.

De hecho, la fraternidad es una dimensión esencial del hombre, que es un ser relacional. La viva conciencia de este carácter relacional nos lleva a ver y a tratar a cada persona como una verdadera hermana y un verdadero hermano; sin ella, es imposible la construcción de una sociedad justa, de una paz estable y duradera. Y es necesario recordar que normalmente la fraternidad se empieza a aprender en el seno de la familia, sobre todo gracias a las responsabilidades complementarias de cada uno de sus miembros, en particular del padre y de la madre. La familia es la fuente de toda fraternidad, y por eso es también el fundamento y el camino primordial para la paz, pues, por vocación, debería contagiar al mundo con su amor.

El número cada vez mayor de interdependencias y de comunicaciones que se entrecruzan en nuestro planeta hace más palpable la conciencia de que todas las naciones de la tierra forman una unidad y comparten un destino común. En los dinamismos de la historia, a pesar de la diversidad de etnias, sociedades y culturas, vemos sembrada la vocación de formar una comunidad compuesta de hermanos que se acogen recíprocamente y se preocupan los unos de los otros. Sin

embargo, a menudo los hechos, en un mundo caracterizado por la “globalización de la indiferencia”, que poco a poco nos “habitúa” al sufrimiento del otro, cerrándonos en nosotros mismos, contradicen y desmienten esa vocación.

En muchas partes del mundo, continuamente se lesionan gravemente los derechos humanos fundamentales, sobre todo el derecho a la vida y a la libertad religiosa. El trágico fenómeno de la trata de seres humanos, con cuya vida y desesperación especulan personas sin escrúpulos, representa un ejemplo inquietante. A las guerras hechas de enfrentamientos armados se suman otras guerras menos visibles, pero no menos crueles, que se combaten en el campo económico y financiero con medios igualmente destructivos de vidas, de familias, de empresas.

La globalización, como ha afirmado Benedicto XVI, nos acerca a los demás, pero no nos hace hermanos¹. Además, las numerosas situaciones de desigualdad, de pobreza y de injusticia revelan no sólo una profunda falta de fraternidad, sino también la ausencia de una cultura de la solidaridad. Las nuevas ideologías, caracterizadas por un difuso individualismo, egocentrismo y consumismo materialista, debilitan los lazos sociales, fomentando esa mentalidad del “descarte”, que lleva al desprecio y al abandono de los más débiles, de cuantos son considerados “inútiles”. Así la convivencia humana se parece cada vez más a un mero *do ut des* pragmático y egoísta.

Al mismo tiempo, es claro que tampoco las éticas contemporáneas son capaces de generar vínculos auténticos de fraternidad, ya que una fraternidad privada de la referencia a un Padre común, como fundamento último, no logra subsistir². Una verdadera fraternidad entre los hombres supone y requiere una paternidad trascendente. A partir del reconocimiento de esta paternidad, se consolida la fraternidad entre los hombres, es decir, ese hacerse «prójimo» que se preocupa por el otro.

«¿Dónde está tu hermano?» (Gn4,9)

2. Para comprender mejor esta vocación del hombre a la fraternidad, para conocer más adecuadamente los obstáculos que se interponen en su realización y descubrir los caminos para superarlos, es fundamental dejarse guiar por el conocimiento del designio de Dios, que nos presenta luminosamente la Sagrada Escritura.

Según el relato de los orígenes, todos los hombres proceden de unos padres comunes, de Adán y Eva, pareja creada por Dios a su imagen y semejanza (cf. *Gn*

1,26), de los cuales nacen Caín y Abel. En la historia de la primera familia leemos la génesis de la sociedad, la evolución de las relaciones entre las personas y los pueblos.

Abel es pastor, Caín es labrador. Su identidad profunda y, a la vez, su vocación, es ser hermanos, en la diversidad de su actividad y cultura, de su modo de relacionarse con Dios y con la creación. Pero el asesinato de Abel por parte de Caín deja constancia trágicamente del rechazo radical de la vocación a ser hermanos. Su historia (cf. *Gn* 4,1-16) pone en evidencia la dificultad de la tarea a la que están llamados todos los hombres, vivir unidos, preocupándose los unos de los otros. Caín, al no aceptar la predilección de Dios por Abel, que le ofrecía lo mejor de su rebaño —«el Señor se fijó en Abel y en su ofrenda, pero no se fijó en Caín ni en su ofrenda» (*Gn* 4,4-5)—, mata a Abel por envidia. De esta manera, se niega a reconocerlo como hermano, a relacionarse positivamente con él, a vivir ante Dios asumiendo sus responsabilidades de cuidar y proteger al otro. A la pregunta «¿Dónde está tu hermano?», con la que Dios interpela a Caín pidiéndole cuentas por lo que ha hecho, él responde: «No lo sé; ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?» (*Gn* 4,9). Después —nos dice el Génesis—«Caín salió de la presencia del Señor» (4,16).

Hemos de preguntarnos por los motivos profundos que han llevado a Caín a dejar de lado el vínculo de fraternidad y, junto con él, el vínculo de reciprocidad y de comunión que lo unía a su hermano Abel. Dios mismo denuncia y recrimina a Caín su connivencia con el mal: «El pecado acecha a la puerta» (*Gn* 4,7). No obstante, Caín no lucha contra el mal y decide igualmente alzar la mano «contra su hermano Abel» (*Gn* 4,8), rechazando el proyecto de Dios. Frustra así su vocación originaria de ser hijo de Dios y a vivir la fraternidad.

El relato de Caín y Abel nos enseña que la humanidad lleva inscrita en sí una vocación a la fraternidad, pero también la dramática posibilidad de su traición. Da testimonio de ello el egoísmo cotidiano, que está en el fondo de tantas guerras e injusticias: muchos hombres y mujeres mueren a manos de hermanos y hermanas que no saben reconocerse como tales, es decir, como seres hechos para la reciprocidad, para la comunión y para el don.

«Y todos ustedes son hermanos» (Mt 23,8)

3. Surge espontánea la pregunta: ¿los hombres y las mujeres de este mundo podrán corresponder alguna vez plenamente al anhelo de fraternidad, que Dios

Padre imprimió en ellos? ¿Conseguirán, sólo con sus fuerzas, vencer la indiferencia, el egoísmo y el odio, y aceptar las legítimas diferencias que caracterizan a los hermanos y hermanas?

Parafraseando sus palabras, podríamos sintetizar así la respuesta que nos da el Señor Jesús: Ya que hay un solo Padre, que es Dios, todos ustedes son hermanos (cf. *Mt 23,8-9*). La fraternidad está enraizada en la paternidad de Dios. No se trata de una paternidad genérica, indiferenciada e históricamente ineficaz, sino de un amor personal, puntual y extraordinariamente concreto de Dios por cada ser humano (cf. *Mt 6,25-30*). Una paternidad, por tanto, que genera eficazmente fraternidad, porque el amor de Dios, cuando es acogido, se convierte en el agente más asombroso de transformación de la existencia y de las relaciones con los otros, abriendo a los hombres a la solidaridad y a la reciprocidad.

Sobre todo, la fraternidad humana ha sido regenerada *en y por* Jesucristo con su muerte y resurrección. La cruz es el “lugar” definitivo donde se *funda* la fraternidad, que los hombres no son capaces de generar por sí mismos. Jesucristo, que ha asumido la naturaleza humana para redimirla, amando al Padre hasta la muerte, y una muerte de cruz (cf. *Flp 2,8*), mediante su resurrección nos constituye en *humanidad nueva*, en total comunión con la voluntad de Dios, con su proyecto, que comprende la plena realización de la vocación a la fraternidad.

Jesús asume desde el principio el proyecto de Dios, concediéndole el primado sobre todas las cosas. Pero Cristo, con su abandono a la muerte por amor al Padre, se convierte en *principio nuevo y definitivo* para todos nosotros, llamados a reconocernos hermanos en Él, *hijos* del mismo Padre. Él es la misma Alianza, el lugar personal de la reconciliación del hombre con Dios y de los hermanos entre sí. En la muerte en cruz de Jesús también queda superada la *separación* entre pueblos, entre el pueblo de la Alianza y el pueblo de los Gentiles, privado de esperanza porque hasta aquel momento era ajeno a los pactos de la Promesa. Como leemos en la Carta a los Efesios, Jesucristo reconcilia en sí a todos los hombres. Él es la paz, porque de los dos pueblos ha hecho uno solo, derribando el muro de separación que los dividía, la enemistad. Él ha creado en sí mismo un solo pueblo, un solo hombre nuevo, una sola humanidad (cf. 2,14-16).

Quien acepta la vida de Cristo y vive en Él reconoce a Dios como Padre y se entrega totalmente a Él, amándolo sobre todas las cosas. El hombre reconciliado ve en Dios al Padre de todos y, en consecuencia, siente el llamado a vivir una fraternidad abierta a todos. En Cristo, el otro es aceptado y amado como hijo o

hija de Dios, como hermano o hermana, no como un extraño, y menos aún como un contrincante o un enemigo. En la familia de Dios, donde todos son hijos de un mismo Padre, y todos están injertados en Cristo, *hijos en el Hijo*, no hay “vidas descartables”. Todos gozan de igual e intangible dignidad. Todos son amados por Dios, todos han sido rescatados por la sangre de Cristo, muerto en cruz y resucitado por cada uno. Ésta es la razón por la que no podemos quedarnos indiferentes ante la suerte de los hermanos.

La fraternidad, fundamento y camino para la paz

4. Teniendo en cuenta todo esto, es fácil comprender que la fraternidad es *fundamento y camino* para la paz. Las Encíclicas sociales de mis Predecesores aportan una valiosa ayuda en este sentido. Bastaría recuperar las definiciones de paz de la *Populorum progressio* de Pablo VI o de la *Sollicitudo rei socialis* de Juan Pablo II. En la primera, encontramos que el desarrollo integral de los pueblos es el nuevo nombre de la paz³. En la segunda, que la paz es *opus solidaritatis*⁴.

Pablo VI afirma que no sólo entre las personas, sino también entre las naciones, debe reinar un espíritu de fraternidad. Y explica: «En esta comprensión y amistad mutuas, en esta comunión sagrada, debemos [...] actuar a una para edificar el porvenir común de la humanidad»⁵. Este deber concierne en primer lugar a los más favorecidos. Sus obligaciones hunden sus raíces en la fraternidad humana y sobrenatural, y se presentan bajo un triple aspecto: el *deber de solidaridad*, que exige que las naciones ricas ayuden a los países menos desarrollados; el *deber de justicia social*, que requiere el cumplimiento en términos más correctos de las relaciones defectuosas entre pueblos fuertes y pueblos débiles; el *deber de caridad universal*, que implica la promoción de un mundo más humano para todos, en donde todos tengan algo que dar y recibir, sin que el progreso de unos sea un obstáculo para el desarrollo de los otros⁶.

Asimismo, si se considera la paz como *opus solidaritatis*, no se puede soslayar que la fraternidad es su principal fundamento. La paz –afirma Juan Pablo II– es un bien indivisible. O es de todos o no es de nadie. Sólo es posible alcanzarla realmente y gozar de ella, como mejor calidad de vida y como desarrollo más humano y sostenible, si se asume en la práctica, por parte de todos, una «determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común»⁷. Lo cual implica no dejarse llevar por el «afán de ganancia» o por la «sed de poder». Es necesario estar dispuestos a ‘perderse’ por el otro en lugar de explotarlo, y a ‘servirlo’ en lugar de oprimirlo para el propio provecho. [...] El ‘otro’ –persona, pueblo o

nación– no [puede ser considerado] como un instrumento cualquiera para explotar a bajo coste su capacidad de trabajo y resistencia física, abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un ‘semejante’ nuestro, una ‘ayuda’»⁸.

La *solidaridad cristiana* entraña que el prójimo sea amado no sólo como «un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos», sino como «la *imagen viva* de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo»⁹, como un *hermano*. «Entonces la conciencia de la paternidad común de Dios, de la hermandad de todos los hombres en Cristo, ‘hijos en el Hijo’, de la presencia y acción vivificadora del Espíritu Santo, conferirá –recuerda Juan Pablo II– a nuestra mirada sobre el mundo un *nuevo criterio* para interpretarlo»¹⁰, para transformarlo.

La fraternidad, premisa para vencer la pobreza

5. En la *Caritas in veritate*, mi Predecesor recordaba al mundo entero que la falta de fraternidad entre los pueblos y entre los hombres es una causa importante de la *pobreza*¹¹. En muchas sociedades experimentamos una profunda *pobreza relacional* debida a la carencia de sólidas relaciones familiares y comunitarias. Asistimos con preocupación al crecimiento de distintos tipos de descontento, de marginación, de soledad y a variadas formas de dependencia patológica. Una pobreza como ésta sólo puede ser superada redescubriendo y valorando las relaciones *fraternas* en el seno de las familias y de las comunidades, compartiendo las alegrías y los sufrimientos, las dificultades y los logros que forman parte de la vida de las personas.

Además, si por una parte se da una reducción de la *pobreza absoluta*, por otra parte no podemos dejar de reconocer un grave aumento de la *pobreza relativa*, es decir, de las desigualdades entre personas y grupos que conviven en una determinada región o en un determinado contexto histórico-cultural. En este sentido, se necesitan también políticas eficaces que promuevan el principio de la *fraternidad*, asegurando a las personas –iguales en su dignidad y en sus derechos fundamentales– el acceso a los «capitales», a los servicios, a los recursos educativos, sanitarios, tecnológicos, de modo que todos tengan la oportunidad de expresar y realizar su proyecto de vida, y puedan desarrollarse plenamente como personas.

También se necesitan políticas dirigidas a atenuar una excesiva desigualdad de la renta. No podemos olvidar la enseñanza de la Iglesia sobre la llamada *hipoteca social*, según la cual, aunque es lícito, como dice Santo Tomás de Aquino, e

incluso necesario, «que el hombre posea cosas propias»¹², en cuanto al uso, no las tiene «como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás»¹³.

Finalmente, hay una forma más de promover la fraternidad –y así vencer la pobreza– que debe estar en el fondo de todas las demás. Es el desprendimiento de quien elige vivir estilos de vida sobrios y esenciales, de quien, compartiendo las propias riquezas, consigue así experimentar la comunión fraterna con los otros. Esto es fundamental para seguir a Jesucristo y ser auténticamente cristianos. No se trata sólo de personas consagradas que hacen profesión del voto de pobreza, sino también de muchas familias y ciudadanos responsables, que creen firmemente que la relación fraterna con el prójimo constituye el bien máspreciado.

El redescubrimiento de la fraternidad en la economía

6. Las graves crisis financieras y económicas –que tienen su origen en el progresivo alejamiento del hombre de Dios y del prójimo, en la búsqueda insaciable de bienes materiales, por un lado, y en el empobrecimiento de las relaciones interpersonales y comunitarias, por otro– han llevado a muchos a buscar el bienestar, la felicidad y la seguridad en el consumo y la ganancia más allá de la lógica de una economía sana. Ya en 1979 Juan Pablo II advertía del «peligro real y perceptible de que, mientras avanza enormemente el dominio por parte del hombre sobre el mundo de las cosas, pierda los hilos esenciales de este dominio suyo, y de diversos modos su humanidad quede sometida a ese mundo, y él mismo se haga objeto de múltiple manipulación, aunque a veces no directamente perceptible, a través de toda la organización de la vida comunitaria, a través del sistema de producción, a través de la presión de los medios de comunicación social»¹⁴.

El hecho de que las crisis económicas se sucedan una detrás de otra debería llevarnos a las oportunas revisiones de los modelos de desarrollo económico y a un cambio en los estilos de vida. La crisis actual, con graves consecuencias para la vida de las personas, puede ser, sin embargo, una ocasión propicia para recuperar las virtudes de la prudencia, de la templanza, de la justicia y de la fortaleza. Estas virtudes nos pueden ayudar a superar los momentos difíciles y a redescubrir los vínculos fraternos que nos unen unos a otros, con la profunda confianza de que el hombre tiene necesidad y es capaz de algo más que desarrollar al máximo su interés individual. Sobre todo, estas virtudes son necesarias para construir y mantener una sociedad a medida de la dignidad humana.

La fraternidad extingue la guerra

7. Durante este último año, muchos de nuestros hermanos y hermanas han sufrido la experiencia denigrante de la guerra, que constituye una grave y profunda herida infligida a la fraternidad.

Muchos son los conflictos armados que se producen en medio de la indiferencia general. A todos cuantos viven en tierras donde las armas imponen terror y destrucción, les aseguro mi cercanía personal y la de toda la Iglesia. Ésta tiene la misión de llevar la caridad de Cristo también a las víctimas inermes de las guerras olvidadas, mediante la oración por la paz, el servicio a los heridos, a los que pasan hambre, a los desplazados, a los refugiados y a cuantos viven con miedo. Además la Iglesia alza su voz para hacer llegar a los responsables el grito de dolor de esta humanidad sufriente y para hacer cesar, junto a las hostilidades, cualquier atropello o violación de los derechos fundamentales del hombre¹⁵.

Por este motivo, deseo dirigir una encarecida exhortación a cuantos siembran violencia y muerte con las armas: Redescubran, en quien hoy consideran sólo un enemigo al que exterminar, a su hermano y no alcen su mano contra él. Renuncien a la vía de las armas y vayan al encuentro del otro con el diálogo, el perdón y la reconciliación para reconstruir a su alrededor la justicia, la confianza y la esperanza. «En esta perspectiva, parece claro que en la vida de los pueblos los conflictos armados constituyen siempre la deliberada negación de toda posible concordia internacional, creando divisiones profundas y heridas lacerantes que requieren muchos años para cicatrizar. Las guerras constituyen el rechazo práctico al compromiso por alcanzar esas grandes metas económicas y sociales que la comunidad internacional se ha fijado»¹⁶.

Sin embargo, mientras haya una cantidad tan grande de armamentos en circulación como hoy en día, siempre se podrán encontrar nuevos pretextos para iniciar las hostilidades. Por eso, hago mío el llamamiento de mis Predecesores a la no proliferación de las armas y al desarme de parte de todos, comenzando por el desarme nuclear y químico.

No podemos dejar de constatar que los acuerdos internacionales y las leyes nacionales, aunque son necesarias y altamente deseables, no son suficientes por sí solas para proteger a la humanidad del riesgo de los conflictos armados. Se necesita una conversión de los corazones que permita a cada uno reconocer en el otro un hermano del que preocuparse, con el que colaborar para construir una vida

plena para todos. Éste es el espíritu que anima muchas iniciativas de la sociedad civil a favor de la paz, entre las que se encuentran las de las organizaciones religiosas. Espero que el empeño cotidiano de todos siga dando fruto y que se pueda lograr también la efectiva aplicación en el derecho internacional del derecho a la paz, como un derecho humano fundamental, pre-condición necesaria para el ejercicio de todos los otros derechos.

La corrupción y el crimen organizado se oponen a la fraternidad

8. El horizonte de la fraternidad prevé el desarrollo integral de todo hombre y mujer. Las justas ambiciones de una persona, sobre todo si es joven, no se pueden frustrar y ultrajar, no se puede defraudar la esperanza de poder realizarlas. Sin embargo, no podemos confundir la ambición con la prevaricación. Al contrario, debemos competir en la estima mutua (cf. *Rm* 12,10). También en las disputas, que constituyen un aspecto ineludible de la vida, es necesario recordar que somos hermanos y, por eso mismo, educar y educarse en no considerar al prójimo un enemigo o un adversario al que eliminar.

La fraternidad genera paz social, porque crea un equilibrio entre libertad y justicia, entre responsabilidad personal y solidaridad, entre el bien de los individuos y el bien común. Y una comunidad política debe favorecer todo esto con transparencia y responsabilidad. Los ciudadanos deben sentirse representados por los poderes públicos sin menoscabo de su libertad. En cambio, a menudo, entre ciudadano e instituciones, se infiltran intereses de parte que deforman su relación, propiciando la creación de un clima perenne de conflicto.

Un auténtico espíritu de fraternidad vence el egoísmo individual que impide que las personas puedan vivir en libertad y armonía entre sí. Ese egoísmo se desarrolla socialmente tanto en las múltiples formas de corrupción, hoy tan capilarmente difundidas, como en la formación de las organizaciones criminales, desde los grupos pequeños a aquellos que operan a escala global, que, minando profundamente la legalidad y la justicia, hieren el corazón de la dignidad de la persona. Estas organizaciones ofenden gravemente a Dios, perjudican a los hermanos y dañan a la creación, más todavía cuando tienen connotaciones religiosas.

Pienso en el drama lacerante de la droga, con la que algunos se lucran despreciando las leyes morales y civiles, en la devastación de los recursos naturales y en la contaminación, en la tragedia de la explotación laboral; pienso en el blan-

queo ilícito de dinero así como en la especulación financiera, que a menudo asume rasgos perjudiciales y demoleedores para enteros sistemas económicos y sociales, exponiendo a la pobreza a millones de hombres y mujeres; pienso en la prostitución que cada día cosecha víctimas inocentes, sobre todo entre los más jóvenes, robándoles el futuro; pienso en la abominable trata de seres humanos, en los delitos y abusos contra los menores, en la esclavitud que todavía difunde su horror en muchas partes del mundo, en la tragedia frecuentemente desatendida de los emigrantes con los que se especula indignamente en la ilegalidad. Juan XXIII escribió al respecto: «Una sociedad que se apoye sólo en la razón de la fuerza ha de calificarse de inhumana. En ella, efectivamente, los hombres se ven privados de su libertad, en vez de sentirse estimulados, por el contrario, al progreso de la vida y al propio perfeccionamiento»¹⁷. Sin embargo, el hombre se puede convertir y nunca se puede excluir la posibilidad de que cambie de vida. Me gustaría que esto fuese un mensaje de confianza para todos, también para aquellos que han cometido crímenes atroces, porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. Ez 18,23).

En el contexto amplio del carácter social del hombre, por lo que se refiere al delito y a la pena, también hemos de pensar en las condiciones inhumanas de muchas cárceles, donde el recluso a menudo queda reducido a un estado infrahumano y humillado en su dignidad humana, impedido también de cualquier voluntad y expresión de redención. La Iglesia hace mucho en todos estos ámbitos, la mayor parte de las veces en silencio. Exhorto y animo a hacer cada vez más, con la esperanza de que dichas iniciativas, llevadas a cabo por muchos hombres y mujeres audaces, sean cada vez más apoyadas leal y honestamente también por los poderes civiles.

La fraternidad ayuda a proteger y a cultivar la naturaleza

9. La familia humana ha recibido del Creador un don en común: la naturaleza. La visión cristiana de la creación conlleva un juicio positivo sobre la licitud de las intervenciones en la naturaleza para sacar provecho de ello, a condición de obrar responsablemente, es decir, acatando aquella “gramática” que está inscrita en ella y usando sabiamente los recursos en beneficio de todos, respetando la belleza, la finalidad y la utilidad de todos los seres vivos y su función en el ecosistema. En definitiva, la naturaleza está a nuestra disposición, y nosotros estamos llamados a administrarla responsablemente. En cambio, a menudo nos dejamos llevar por la codicia, por la soberbia del dominar, del tener, del manipular, del explotar; no custodiamos la naturaleza, no la respetamos, no la consideramos un

don gratuito que tenemos que cuidar y poner al servicio de los hermanos, también de las generaciones futuras.

En particular, el sector *agrícola* es el sector primario de producción con la vocación vital de cultivar y proteger los recursos naturales para alimentar a la humanidad. A este respecto, la persistente vergüenza del hambre en el mundo me lleva a compartir con ustedes la pregunta: *¿cómo usamos los recursos de la tierra?* Las sociedades actuales deberían reflexionar sobre la jerarquía en las prioridades a las que se destina la producción. De hecho, es un deber de obligado cumplimiento que se utilicen los recursos de la tierra de modo que nadie pase hambre. Las iniciativas y las soluciones posibles son muchas y no se limitan al aumento de la producción. Es de sobra sabido que la producción actual es suficiente y, sin embargo, millones de personas sufren y mueren de hambre, y eso constituye un verdadero escándalo. Es necesario encontrar los modos para que todos se puedan beneficiar de los frutos de la tierra, no sólo para evitar que se amplíe la brecha entre quien más tiene y quien se tiene que conformar con las migajas, sino también, y sobre todo, por una exigencia de justicia, de equidad y de respeto hacia el ser humano. En este sentido, quisiera recordar a todos el necesario *destino universal de los bienes*, que es uno de los principios clave de la doctrina social de la Iglesia. Respetar este principio es la condición esencial para posibilitar un efectivo y justo acceso a los bienes básicos y primarios que todo hombre necesita y a los que tiene derecho.

Conclusión

10. La fraternidad tiene necesidad de ser descubierta, amada, experimentada, anunciada y testimoniada. Pero sólo el amor dado por Dios nos permite acoger y vivir plenamente la fraternidad.

El necesario realismo de la política y de la economía no puede reducirse a un tecnicismo privado de ideales, que ignora la dimensión trascendente del hombre. Cuando falta esta apertura a Dios, toda actividad humana se vuelve más pobre y las personas quedan reducidas a objetos de explotación. Sólo si aceptan moverse en el amplio espacio asegurado por esta apertura a Aquel que ama a cada hombre y a cada mujer, la política y la economía conseguirán estructurarse sobre la base de un auténtico espíritu de caridad fraterna y podrán ser instrumento eficaz de desarrollo humano integral y de paz.

Los cristianos creemos que en la Iglesia somos miembros los unos de los

otros, que todos nos necesitamos unos a otros, porque a cada uno de nosotros se nos ha dado una gracia según la medida del don de Cristo, para la utilidad común (cf. *Ef 4,7.25; 1 Co 12,7*). Cristo ha venido al mundo para traernos la gracia divina, es decir, la posibilidad de participar en su vida. Esto lleva consigo tejer un entramado de relaciones fraternas, basadas en la reciprocidad, en el perdón, en el don total de sí, según la amplitud y la profundidad del amor de Dios, ofrecido a la humanidad por Aquel que, crucificado y resucitado, atrae a todos a sí: «Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros; como yo les he amado, ámense también entre ustedes. La señal por la que conocerán todos que son discípulos míos será que se aman unos a otros» (*Jn 13,34-35*). Ésta es la buena noticia que reclama de cada uno de nosotros un paso adelante, un ejercicio perenne de empatía, de escucha del sufrimiento y de la esperanza del otro, también del más alejado de mí, poniéndonos en marcha por el camino exigente de aquel amor que se entrega y se gasta gratuitamente por el bien de cada hermano y hermana.

Cristo se dirige al hombre en su integridad y no desea que nadie se pierda. «Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él» (*Jn 3,17*). Lo hace sin forzar, sin obligar a nadie a abrirle las puertas de su corazón y de su mente. «El primero entre ustedes pórtese como el menor, y el que gobierna, como el que sirve» —dice Jesucristo—, «yo estoy en medio de ustedes como el que sirve» (*Lc 22,26-27*). Así pues, toda actividad debe distinguirse por una actitud de servicio a las personas, especialmente a las más lejanas y desconocidas. El servicio es el alma de esa fraternidad que edifica la paz.

Que María, la Madre de Jesús, nos ayude a comprender y a vivir cada día la fraternidad que brota del corazón de su Hijo, para llevar paz a todos los hombres en esta querida tierra nuestra.

Vaticano, 8 de diciembre de 2013.

FRANCISCUS

NOTAS

- ¹ Cf. Carta enc. *Caritas in veritate I* (29 junio 2009), 19: AAS 101 (2009), 654-655.
- ² Cf. Francisco, Carta enc. *Lumen fidei* (29 junio 2013), 54: AAS 105 (2013), 591-592.
- ³ Cf. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 87: AAS 59 (1967), 299.
- ⁴ Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis* (30 diciembre 1987), 39: AAS 80 (1988), 566-568.
- ⁵ Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 43: AAS 59 (1967), 278-279.
- ⁶ Cf. *ibid.*, 44: AAS 59 (1967), 279.
- ⁷ Carta enc. *Sollicitudo rei socialis* (30 diciembre 1987), 38: AAS 80 (1988), 566.
- ⁸ *Íbid.*, 38-39: AAS 80 (1988), 566-567.
- ⁹ *Íbid.*, 40: AAS 80 (1988), 569.
- ¹⁰ *Íbid.*
- ¹¹ Cf. Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 19: AAS 101 (2009), 654-655.
- ¹² *Summa Theologiae* II-II, q.66, art. 2.
- ¹³ Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 69. Cf. León XIII, Carta enc. *Rerum novarum* (15 mayo 1891), 19: AAS 23 (1890-1891), 651; Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis* (30 diciembre 1987), 42: AAS 80 (1988), 573-574; Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, n. 178.
- ¹⁴ Carta enc. *Redemptor hominis* (4 marzo 1979), 16: AAS 61 (1979), 290.
- ¹⁵ Cf. Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, n. 159.
- ¹⁶ Francisco, Carta al Presidente de la Federación Rusa, *Vladimir Putin* (4 septiembre 2013): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (6 septiembre 2013), 1.
- ¹⁷ Carta enc. *Pacem in terris* (11 abril 1963), 34: AAS 55 (1963), 256.

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2014

*Se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza
(cfr. 2 Cor 8,9)*

Vaticano 26 de diciembre de 2013

Queridos hermanos y hermanas:

Con ocasión de la Cuaresma os propongo algunas reflexiones, a fin de que os sirvan para el camino personal y comunitario de conversión. Comienzo recordando las palabras de san Pablo: «Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza» (2 Cor 8, 9). El Apóstol se dirige a los cristianos de Corinto para alentarlos a ser generosos y ayudar a los fieles de Jerusalén que pasan necesidad. ¿Qué nos dicen, a los cristianos de hoy, estas palabras de san Pablo? ¿Qué nos dice hoy, a nosotros, la invitación a la pobreza, a una vida pobre en sentido evangélico?

La gracia de Cristo

Ante todo, nos dicen cuál es el estilo de Dios. Dios no se revela mediante el poder y la riqueza del mundo, sino mediante la debilidad y la pobreza: «*Siendo rico, se hizo pobre por vosotros...*». Cristo, el Hijo eterno de Dios, igual al Padre en poder y gloria, se hizo pobre; descendió en medio de nosotros, se acercó a cada uno de nosotros; se desnudó, se “vacío”, para ser en todo semejante a nosotros (cfr. Flp 2, 7; Heb 4, 15). ¡Qué gran misterio la encarnación de Dios! La razón de todo esto es el amor divino, un amor que es gracia, generosidad, deseo de proximidad, y que no duda en darse y sacrificarse por las criaturas a las que ama. La caridad, el amor es compartir en todo la suerte del amado. El amor nos hace semejantes, crea igualdad, derriba los muros y las distancias. Y Dios hizo esto con nosotros. Jesús, en efecto, «trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia

de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros excepto en el pecado» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22).

La finalidad de Jesús al hacerse pobre no es la pobreza en sí misma, sino — dice san Pablo— «...*para enriqueceros con su pobreza*». No se trata de un juego de palabras ni de una expresión para causar sensación. Al contrario, es una síntesis de la lógica de Dios, la lógica del amor, la lógica de la Encarnación y la Cruz. Dios no hizo caer sobre nosotros la salvación desde lo alto, como la limosna de quien da parte de lo que para él es superfluo con aparente piedad filantrópica. ¡El amor de Cristo no es esto! Cuando Jesús entra en las aguas del Jordán y se hace bautizar por Juan el Bautista, no lo hace porque necesita penitencia, conversión; lo hace para estar en medio de la gente, necesitada de perdón, entre nosotros, pecadores, y cargar con el peso de nuestros pecados. Este es el camino que ha elegido para consolarnos, salvarnos, liberarnos de nuestra miseria. Nos sorprende que el Apóstol diga que fuimos liberados no por medio de la riqueza de Cristo, sino *por medio de su pobreza*. Y, sin embargo, san Pablo conoce bien la «riqueza insondable de Cristo» (*Ef* 3, 8), «heredero de todo» (*Heb* 1, 2).

¿Qué es, pues, esta pobreza con la que Jesús nos libera y nos enriquece? Es precisamente su modo de amarnos, de estar cerca de nosotros, como el buen samaritano que se acerca a ese hombre que todos habían abandonado medio muerto al borde del camino (cfr. *Lc* 10, 25ss). Lo que nos da verdadera libertad, verdadera salvación y verdadera felicidad es su amor lleno de compasión, de ternura, que quiere compartir con nosotros. La pobreza de Cristo que nos enriquece consiste en el hecho que se hizo carne, cargó con nuestras debilidades y nuestros pecados, comunicándonos la misericordia infinita de Dios. La pobreza de Cristo es la mayor riqueza: la riqueza de Jesús es su confianza ilimitada en Dios Padre, es encomendarse a Él en todo momento, buscando siempre y solamente su voluntad y su gloria. Es rico como lo es un niño que se siente amado por sus padres y los ama, sin dudar ni un instante de su amor y su ternura. La riqueza de Jesús radica en el hecho de ser *el Hijo*, su relación única con el Padre es la prerrogativa soberana de este Mesías pobre. Cuando Jesús nos invita a tomar su “yugo llevadero”, nos invita a enriquecernos con esta “rica pobreza” y “pobre riqueza” suyas, a compartir con Él su espíritu filial y fraterno, a convertirnos en hijos en el Hijo, hermanos en el Hermano Primogénito (cfr. *Rom* 8, 29).

Se ha dicho que la única verdadera tristeza es no ser santos (L. Bloy); podríamos decir también que hay una única verdadera miseria: no vivir como hijos de Dios y hermanos de Cristo.

Nuestro testimonio

Podríamos pensar que este “camino” de la pobreza fue el de Jesús, mientras que nosotros, que venimos después de Él, podemos salvar el mundo con los medios humanos adecuados. No es así. En toda época y en todo lugar, Dios sigue salvando a los hombres y salvando el mundo *mediante la pobreza de Cristo*, el cual se hace pobre en los Sacramentos, en la Palabra y en su Iglesia, que es un pueblo de pobres. La riqueza de Dios no puede pasar a través de nuestra riqueza, sino siempre y solamente a través de nuestra pobreza, personal y comunitaria, animada por el Espíritu de Cristo.

A imitación de nuestro Maestro, los cristianos estamos llamados a mirar las miserias de los hermanos, a tocarlas, a hacernos cargo de ellas y a realizar obras concretas a fin de aliviarlas. La *miseria* no coincide con la *pobreza*; la miseria es la pobreza sin confianza, sin solidaridad, sin esperanza. Podemos distinguir tres tipos de miseria: la miseria material, la miseria moral y la miseria espiritual. La miseria material es la que habitualmente llamamos pobreza y toca a cuantos viven en una condición que no es digna de la persona humana: privados de sus derechos fundamentales y de los bienes de primera necesidad como la comida, el agua, las condiciones higiénicas, el trabajo, la posibilidad de desarrollo y de crecimiento cultural. Frente a esta miseria la Iglesia ofrece su servicio, su *diakonia*, para responder a las necesidades y curar estas heridas que desfiguran el rostro de la humanidad. En los pobres y en los últimos vemos el rostro de Cristo; amando y ayudando a los pobres amamos y servimos a Cristo. Nuestros esfuerzos se orientan asimismo a encontrar el modo de que cesen en el mundo las violaciones de la dignidad humana, las discriminaciones y los abusos, que, en tantos casos, son el origen de la miseria. Cuando el poder, el lujo y el dinero se convierten en ídolos, se anteponen a la exigencia de una distribución justa de las riquezas. Por tanto, es necesario que las conciencias se conviertan a la justicia, a la igualdad, a la sobriedad y al compartir.

No es menos preocupante la *miseria moral*, que consiste en convertirse en esclavos del vicio y del pecado. ¡Cuántas familias viven angustiadas porque algu-

no de sus miembros —a menudo joven— tiene dependencia del alcohol, las drogas, el juego o la pornografía! ¡Cuántas personas han perdido el sentido de la vida, están privadas de perspectivas para el futuro y han perdido la esperanza! Y cuántas personas se ven obligadas a vivir esta miseria por condiciones sociales injustas, por falta de un trabajo, lo cual les priva de la dignidad que da llevar el pan a casa, por falta de igualdad respecto de los derechos a la educación y la salud. En estos casos la miseria moral bien podría llamarse casi suicidio incipiente. Esta forma de miseria, que también es causa de ruina económica, siempre va unida a la *miseria espiritual*, que nos golpea cuando nos alejamos de Dios y rechazamos su amor. Si consideramos que no necesitamos a Dios, que en Cristo nos tiende la mano, porque pensamos que nos bastamos a nosotros mismos, nos encaminamos por un camino de fracaso. Dios es el único que verdaderamente salva y libera.

El Evangelio es el verdadero antídoto contra la miseria espiritual: en cada ambiente el cristiano está llamado a llevar el anuncio liberador de que existe el perdón del mal cometido, que Dios es más grande que nuestro pecado y nos ama gratuitamente, siempre, y que estamos hechos para la comunión y para la vida eterna. ¡El Señor nos invita a anunciar con gozo este mensaje de misericordia y de esperanza! Es hermoso experimentar la alegría de extender esta buena nueva, de compartir el tesoro que se nos ha confiado, para consolar los corazones afligidos y dar esperanza a tantos hermanos y hermanas sumidos en el vacío. Se trata de seguir e imitar a Jesús, que fue en busca de los pobres y los pecadores como el pastor con la oveja perdida, y lo hizo lleno de amor. Unidos a Él, podemos abrir con valentía nuevos caminos de evangelización y promoción humana.

Queridos hermanos y hermanas, que este tiempo de Cuaresma encuentre a toda la Iglesia dispuesta y solícita a la hora de testimoniar a cuantos viven en la miseria material, moral y espiritual el mensaje evangélico, que se resume en el anuncio del amor del Padre misericordioso, listo para abrazar en Cristo a cada persona. Podremos hacerlo en la medida en que nos conformemos a Cristo, que se hizo pobre y nos enriqueció con su pobreza. La Cuaresma es un tiempo adecuado para despojarse; y nos hará bien preguntarnos de qué podemos privarnos a fin de ayudar y enriquecer a otros con nuestra pobreza. No olvidemos que la verdadera pobreza duele: no sería válido un despojo sin esta dimensión penitencial. Desconfío de la limosna que no cuesta y no duele.

Que el Espíritu Santo, gracias al cual «[somos] como pobres, pero que enriquecen a muchos; como necesitados, pero poseyéndolo todo» (2 Cor 6, 10), sos-

tenga nuestros propósitos y fortalezca en nosotros la atención y la responsabilidad ante la miseria humana, para que seamos misericordiosos y agentes de misericordia. Con este deseo, aseguro mi oración por todos los creyentes. Que cada comunidad eclesial recorra provechosamente el camino cuaresmal. Os pido que recéis por mí. Que el Señor os bendiga y la Virgen os guarde.

Fiesta de San Esteban, diácono y protomártir

FRANCISCUS